

A close-up, high-angle photograph of a woman's face, focusing on her closed eyes and the bridge of her nose. Her skin is fair and smooth. The lighting is soft and warm, creating a serene and intimate atmosphere. The top and bottom of the image are framed by a decorative white wavy border.

SÉ QUE ESTÁS
AQUÍ

CLÉLIE AVIT

Lectulandia

Elsa está postrada en una cama de hospital, en coma a causa de un accidente en la montaña. Thibault, que ha entrado por primera vez a su habitación por error, ahora la visita a diario y le cuenta sus cosas, pese a que todo indica que la joven está en coma profundo.

¿Y Elsa? Oye todo, pero no puede responder. No puede pedir a ese joven amable que vuelva al día siguiente, no puede decirle que reconoce el sonido de su risa en el pasillo, y que ahora casi puede sentir en la mejilla el calor de su beso.

Thibault no sabe que Elsa no volverá a despertar, porque en breve la desconectarán de las máquinas que la mantienen con vida. Los médicos así lo han decidido, y la familia ha aceptado. Todos piensan que es imposible que Elsa despierte. No obstante, cada vez que Thibault entra en la habitación, ella siente que se le acelera el corazón...

Lectulandia

Clélie Avit

Sé que estás aquí

ePub r1.0

Titivillus 06.02.16

Título original: *Je suis là*
Clélie Avit, 2015
Traducción: Rosa Alapont

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

Elsa

Tengo frío. Tengo hambre. Tengo miedo.

Al menos eso creo.

Hace veinte semanas que estoy en coma e imagino que debo de tener frío, hambre y miedo. Parece absurdo, porque si alguien debe saber lo que experimento, sin duda ese alguien soy yo, pero ahora... solo puedo imaginarlo.

Sé que estoy en coma porque los he oído hablar de ello. Vagamente. Debe de hacer unas seis semanas que «oí» por primera vez. Si he contado bien.

Cuento como puedo. He dejado de contar las visitas del médico. Ya no viene casi nunca. Prefiero basarme en las rondas de las enfermeras, el problema es que son bastante irregulares. Lo más sencillo es contar las apariciones de la mujer de la limpieza. Entra en mi habitación todas las noches hacia la una de la madrugada. Lo sé porque oigo el *jingle* de la radio que lleva enganchada al carrito. Y eso lo he oído cuarenta y dos veces.

Hace seis semanas que estoy despierta.

Hace seis semanas que nadie se da cuenta.

De todos modos, no van a someterme a un TAC las veinticuatro horas del día. Si el sensor que hace «bip» a mi lado no ha querido mostrar que mi cerebro es de nuevo capaz de hacer funcionar su zona auditiva, no van a arriesgarse a introducir mi cabeza en el escáner por un coste de ochocientos mil euros.

Todos me creen desahuciada.

Hasta mis padres empiezan a rendirse. Mi madre ya no viene tan a menudo. Y al parecer, mi padre lo dejó al cabo de diez días. Solo mi hermana pequeña acude con regularidad, todos los miércoles, en ocasiones acompañada de su pareja de turno.

Mi hermana parece una adolescente. Tiene veinticinco años y cambia de tío casi cada semana. Me gustaría alborotarle el pelo, pero como no puedo, me limito a escucharla.

Si hay algo que los médicos saben decir es: «Háblele.» Siempre que oigo a uno repetirlo (cierto, es poco frecuente, dado que cada vez se dejan caer menos por aquí), me entran ganas de hacerle tragar la bata verde. No sé si es verde, por cierto, pero así es como la imagino.

Me imagino muchas cosas.

A decir verdad, no tengo otra cosa que hacer. Porque oír a mi hermana hablar sin parar de sus asuntos del corazón llega a cansarme.

Mi hermana no se anda con tapujos, pero se repite un poco. Siempre el mismo comienzo, el mismo desarrollo y el mismo final. Lo único que cambia es la cara del

tipo en cuestión. Todos son estudiantes. Todos son moteros. Todos tienen un toque ambiguo, pero de eso no se da cuenta. Nunca se lo he dicho. Si algún día salgo del coma, tendré que hacerlo. Podría serle útil.

Al menos con mi hermana hay una ventaja. Siempre me describe lo que me rodea. Le lleva justo cinco minutos. Los cinco primeros minutos después de entrar en mi habitación. Me habla del color de las paredes, del tiempo que hace fuera, de la falda que lleva la enfermera debajo de la bata y de la pinta de gruñón del camillero con el que se ha cruzado al llegar. Mi hermanita estudia Bellas Artes. De manera que cuando me describe todo eso tengo la sensación de leer un poema en imágenes. Pero solo dura cinco minutos. Después se pasa una hora metida en una novela romántica.

Al parecer, hoy el día está gris, lo cual hace que las paredes lechosas de mi habitación sean aún más horribles que de costumbre. La enfermera lleva una falda beis, como para alegrar el ambiente. Y el último tío de turno se llama Adrien. Después de lo de Adrien he desconectado. He vuelto a sumirme en mi entorno una vez cerrada la puerta.

De nuevo estoy sola.

Hace veinte semanas que estoy sola, únicamente seis que soy consciente de ello. Y sin embargo, tengo la impresión de que hace una eternidad. Sin duda el tiempo pasaría más deprisa si durmiera más a menudo. Quiero decir, si mi mente desconectase. Pero no me gusta dormir.

Ignoro si tengo alguna influencia sobre mi cuerpo. Más bien estoy «en marcha» o «apagada», como un aparato eléctrico. Mi mente hace lo que le da la gana. Soy una inquilina de mi propio cuerpo. Y no me gusta dormir.

No me gusta dormir porque, cuando lo hago, ni siquiera soy ya una inquilina, sino que me convierto en espectadora. Veo desfilar un montón de imágenes ante mí y no tengo manera alguna de ahuyentarlas con rapidez despertándome, transpirando o debatiéndome. Solo puedo verlas pasar y esperar el final.

Todas las noches pasa lo mismo. Todas las noches el mismo sueño. Todas las noches vuelvo a ver el suceso que me trajo aquí, a este hospital. Y lo peor del caso es que yo solita me puse en este estado. Nadie más que yo. Yo y mi estúpida pasión glaciara, como decía mi padre. De hecho, por eso ha dejado de venir a verme. Debe de pensar que yo me lo he buscado. Nunca ha entendido por qué me gusta tanto la montaña. Solía decirme que me dejaría en ella la piel. Sin duda tiene la impresión de haber ganado la batalla con mi accidente. Yo no tengo la impresión de haber perdido ni de haber ganado. No tengo ninguna impresión en absoluto. Lo único que quiero es salir del coma.

Quiero tener frío, hambre y miedo de verdad.

Es increíble lo que uno puede comprender sobre su cuerpo cuando está en coma. Comprendes realmente que el miedo es una reacción química. De hecho, podría

sentirme aterrorizada cuando reveo todas las noches mi pesadilla, pero no, me limito a mirar. Me miro levantarme a las tres de la madrugada en el dormitorio común del refugio y despertar a mis compañeros de cordada. Me miro desayunar vacilante, dudando como siempre si tomar un té o no para evitar tener la vejiga llena en el glaciar. Me miro ponerme metódicamente capa tras capa de ropa desde los pies hasta la cabeza. Me miro abrocharme la chaqueta cortavientos, ponerme los guantes, ajustar la linterna frontal y sujetarme los crampones. Me miro reír con mis compañeros, también ellos despiertos a medias pero inundados de alegría y de adrenalina. Me miro ajustarme el arnés, lanzar la cuerda a Steve, hacer el nudo de ocho.

El jodido nudo de ocho.

Un nudo que he hecho innumerables veces.

Esa mañana olvidé pedir a Steve que lo comprobase porque estaba contando un chiste.

Y sin embargo parecía estar bien hecho.

Pero no me es posible avisarme. De manera que me miro arrollar la cuerda sobrante en una mano, coger el piolet con la otra e iniciar el recorrido.

Me miro resollar, sonreír, temblar, caminar, caminar, caminar y seguir caminando. Me miro avanzar a pasos cautelosos. Me miro diciendo a Steve que tenga cuidado con el puente de nieve sobre la grieta de más arriba. Me miro apretar los dientes al pasar a mi vez por ese punto difícil y resoplar de alivio una vez llegada al otro lado. Me miro bromear sobre la facilidad del asunto.

Y miro cómo las piernas dejan de sostenerme.

La continuación me la sé de memoria. El puente de nieve era una inmensa placa. Yo era la única que seguía sobre él. La nieve se desliza bajo mis pies y salgo despedida con ella. Noto el impacto de la tensa cuerda que me une a Steve, como gemelos conectados a un cordón umbilical. Primero noto el alivio que me invade, y luego el miedo cuando la cuerda se alarga varios centímetros. Oigo la voz de Steve, que se aferra al hielo con crampones y piolets. Percibo vagamente unas órdenes, pero la nieve sigue pasándome por encima, haciendo fuerza contra mi cuerpo. De forma progresiva, la tensión alrededor de mi cintura cede, el nudo se deshace y allá que voy.

No llego muy lejos. Unos doscientos metros tal vez. La nieve me cubre por todas partes. Me duele terriblemente la pierna derecha y mis muñecas parecen describir ángulos extraños.

Tengo la impresión de dormirme unos instantes para luego despertar, más alerta que nunca. El corazón me late a toda velocidad. Me invade el pánico. Intento calmarme pero resulta difícil. No puedo mover ninguna parte del cuerpo. La presión es demasiado intensa.

Apenas consigo respirar, pese a tener delante de la cara varios centímetros cúbicos de vacío. Abro un poco la boca y a duras penas encuentro la fuerza para toser. La saliva me cae sobre la mejilla derecha. Debo de estar de lado. Cierro los ojos

y trato de imaginarme en mi cama. Es sencillamente imposible.

Oigo pasos por encima de mí. Oigo la voz de Steve. Tengo ganas de gritar. De decirle que estoy ahí, justo debajo de sus pies. Oigo asimismo otras voces. Sin duda los alpinistas a los que hemos adelantado hace un rato. Desearía soplar el silbato, pero para eso debería mover la cabeza y no lo consigo. De manera que espero, helada, petrificada. Poco a poco los ruidos se atenúan. No sé si es porque se alejan o porque me duermo, pero todo se vuelve negro.

Y después de eso, lo único que recuerdo es la voz del médico diciéndole a mi madre que hay nuevos papeles que rellenar puesto que acaban de cambiarme de habitación, porque, compréndalo, señora, más allá de catorce semanas el equipo médico ya no puede hacer gran cosa.

Fue entonces cuando comprendí que solo podía oír. Mi mente se preparó para llorar, pero obviamente no lo conseguí. Ni siquiera me embargó la tristeza. Sigo sin sentirla. Soy un capullo vacío. No, vivo en un capullo vacío.

Una crisálida inquilina de un capullo tal vez quede más bonito. Me gustaría mucho poder salir de él, lo que equivaldría a decir que también soy la propietaria.

Thibault

—¡Te digo que me dejes tranquilo!

—No irás a ninguna parte hasta que no vengas a verlo.

—¡Déjame! Ya lo he intentado quince veces, y eso no cambia nada en absoluto. Es abominable, infecto, vulgar y grosero. Parece un dibujo animado mal hecho. No me interesa.

—¡Es tu hermano, joder!

—Era mi hermano antes de que atropellara a esas dos crías. Al menos el destino no lo ha esquivado. Tal vez habría sido mejor que la palmase como ellas, pero a fin de cuentas ha recibido un merecido castigo.

—¡Hostia, Thibault, escúchate un poco! No es posible que pienses todo eso que dices.

Me quedo de piedra. Hace un mes que repito el mismo discurso a todo el mundo y mi primo sigue creyendo que solo se debe a la preocupación. Ya no estoy preocupado. Lo estuve al principio, cuando llamaron del hospital, cuando mi madre se desplomó sobre las baldosas de la cocina, cuando circulábamos con el viejo 206 de mi primo sobrepasando los límites de velocidad. Lo estuve hasta que vi a un policía a la puerta de la habitación de mi hermano. A partir de ese momento, sencillamente monté en cólera.

—Sí, pienso cada una de mis palabras.

He pronunciado la última frase en tono glacial. Aparentemente, mi primo no se lo esperaba. También él se queda plantado en el pasillo. Sé que mi madre está ya en la habitación 55.

Unas enfermeras nos adelantan, imperturbables. Lanzo una mirada a mi primo. Está petrificado de vergüenza.

—Ya basta de soltarme el rollo, déjame en paz. Inventa lo que quieras de cara a mi madre. Nos vemos a la salida.

Me doy la vuelta, empujo el picaporte de la puerta de mi derecha, que lleva a la escalera, y la cierro de un portazo a mi espalda. Nadie utiliza jamás la escalera en un hospital, de manera que cierro los ojos, me apoyo en la pared y, lentamente, me dejo resbalar hasta el suelo.

El frío del hormigón encerado me atraviesa los vaqueros, pero me trae sin cuidado. Ya tengo los pies helados tras el trayecto en coche sin calefacción y mis manos deben de estar azules. Hasta me atrevo a imaginar el color que tendrán este invierno si sigo olvidándome los guantes cada vez que salgo. Aún estamos en otoño, al menos oficialmente, pero hay un aroma a invierno en el aire. Yo solo noto la bilis

que me sube hasta el fondo de la garganta, como siempre que pongo los pies en este hospital. Querría vomitar a mi hermano, vomitar su accidente y vomitar el alcohol cuyo exceso durmió al día siguiente, tras haber atropellado a las dos niñas. Pero mi garganta se limita a cerrarse con espasmos sin que salga nada. Genial. Vomito aire.

El olor del hospital se me cuela por las ventanas de la nariz. Es curioso. Por lo general no huele tan fuerte en la escalera. Abro los ojos para ver si por casualidad algún médico ha dejado caer algo y suelto un taco.

Vaya patinazo, estoy en una habitación. He debido de confundir el símbolo de la salida de socorro con un cartel cualquiera colgado en la puerta. Más vale que me largue antes de que la persona que ocupa la cama se despierte.

Desde donde estoy solo veo la parte inferior de las piernas. Bueno, veo la sábana rosa que las cubre. En efecto, huele a química de hospital, pero otra cosa retiene mi atención. Hay un olor adicional, algo que no tiene nada que ver con los medicamentos ni con la asepsia constante del lugar. Cierro los ojos a fin de concentrarme.

Jazmín. Huele a jazmín. No es un olor corriente. Pero estoy seguro, huele igual que el té que toma mi madre todas las mañanas.

Es curioso, el ruido de la puerta no ha despertado al paciente. Tal vez todavía duerma. No consigo saber si se trata de un hombre o de una mujer, pero, solo por el olor, me inclino por una mujer. No conozco a ningún tío que se perfume con jazmín.

Avanzo lentamente, ocultándome como un chiquillo tras la pared del pequeño cuarto de ducha. El olor a jazmín se vuelve más intenso. Asomo la cabeza.

Una mujer. Nada sorprendente, en definitiva, pero tenía la impresión de que necesitaba confirmarlo. Duerme. Perfecto. Podré hacer mutis por el foro sin haber provocado ningún incidente.

Al volver hacia la puerta, percibo mi reflejo en el espejito colgado en la pared. Tengo la mirada extraviada y el cabello alborotado. Mi madre siempre dice que podría parecer más elegante si me tomase la molestia de arreglármelo. Yo siempre replico que no tengo tiempo. A lo que ella objeta que a las mujeres les gustaría más si consiguiera domar mi negra pelambreira. En tales casos, paso de explicarle que tengo cosas mejores que hacer que ligar con chicas, pero de todos modos por lo general lo deja ahí.

Desde mi ruptura con Cindy, hace un año, me vuelco en el trabajo. Cabe decir que seis años de vida en común ejercen su impacto en la personalidad de la gente. Me llevé un disgusto brutal cuando se fue, pero desde entonces me voy recuperando. De manera que mi cabello constituye sin duda la última de mis preocupaciones.

También voy mal afeitado. Sin afeitar desde hace dos días, de hecho. No es que quede muy mal, pero una vez más mi madre diría que puedo hacerlo mejor. Oyéndome se diría que vivo en su casa. Sin embargo, no es así, tengo mi propio apartamento, un pequeño piso de dos habitaciones en una tercera planta sin ascensor. Una cosa bastante simpática y sobre todo asequible. Lo que pasa es que mi madre se

preocupa tanto desde hace un mes que bastante a menudo acampo en su sala. Desde que mi padre la abandonó, también ella se ha mudado, así que ya no dispone de habitación de invitados. De todos modos, fui yo quien compró el sofá. Intuía que algún día podría necesitarlo. Fue dos meses antes de que Cindy se largase.

Me froto vigorosamente las mejillas, con la intención de calentarme los dedos. Atrapo el cuello de la camisa debajo del jersey y tiro hacia arriba para intentar darle un simulacro de forma. Me cuesta creer que me he pasado todo el día en el trabajo así vestido sin que nadie me dijera nada. Deben de haber comprendido que estábamos a miércoles y era día de visita. Habrán visto mi mirada y sin duda han preferido poner punto en boca. Por cortesía. Por indiferencia. O porque solo esperan una cosa, que me despidan y poder ocupar mi puesto.

Obviamente, cuando insulté a Cindy por los pasillos vociferando que se acostaba con el jefe, me llamaron la atención, pero después ella cambió de sucursal y yo soy uno de sus mejores elementos, de manera que no desean perderme.

En el espejo, mis ojos grises me miran. Comparados con mi pelo negro parecen insulsos. Me paso la mano por el cuero cabelludo como para tratar de contentar a mi madre e instantes después abandono. Con qué objeto. No estoy buscando pareja.

Un repiqueteo desvía mi atención hacia la ventana. Mierda. Ha empezado a llover. Y no me apetece nada quedarme helado a la intemperie mientras espero a mi madre y a mi primo. Miro a mi alrededor. Al menos, en esta habitación hace más bien calor. La paciente sigue durmiendo y, vistos los muebles absolutamente despejados, no da la impresión de que la visiten con frecuencia. Reflexiono un momento sobre lo juicioso del asunto.

Si se despierta, siempre puedo farfullar algo así como que acabo de entrar y he visto que me había equivocado. Si alguien se presenta para visitarla, puedo alegar que soy un viejo amigo y luego eclipsarme. Lo único que necesitaría es saber antes su nombre.

El bloc colgado a los pies de la cama indica: «Elsa Bilier, veintinueve años, traumatismo craneal, traumatismos severos en las muñecas y en la rodilla derecha. Contusiones múltiples, fractura del peroné en remisión.» La lista continúa así hasta llegar a una de las palabras más horribles jamás oídas en este planeta.

«Coma.»

Está claro, no corría el menor riesgo de despertarla.

Dejo caer el bloc y miro a la mujer. Veintinueve años. En esa postura, con goteros y cables en todas direcciones, se diría más bien una mamá de cuarenta años atrapada en una telaraña. No obstante, al acercarme un poco le devuelvo sus veintinueve primaveras. Un bonito rostro de facciones delicadas, cabello castaño, algunas pecas desperdigadas aquí y allá, un lunar cerca de la oreja derecha. Solo la delgadez de los brazos, que asoman de las sábanas, y las mejillas hundidas podrían hacerme pensar de otro modo.

Consulto de nuevo el bloc y se me corta la respiración.

Fecha del accidente: 10 de julio.

Lleva cinco meses en semejante estado. Debería soltar el bloc, pero me puede la curiosidad.

Causa del accidente: alud en alpinismo.

En todas partes hay locos. Nunca he entendido por qué la gente tiene que adentrarse en los glaciares, esas cosas heladas llenas de agujeros y grietas donde puedes morir cada vez que das un paso. Ahora debe de arrepentirse mortalmente. Bueno, es una manera de hablar. Sin duda no será consciente de lo que le ocurre. Es el principio del coma. Estás en otra parte y nadie sabe dónde.

De repente me entran unas ganas terribles de intercambiar el lugar de mi hermano por el de esa chica. Ella se ha metido en ese mal rollo por sí sola. No ha hecho daño a nadie, al menos eso creo. Mi hermano había bebido demasiado y pese a ello cogió el volante. Mató a dos chiquillas de catorce años. Es él quien debería estar en coma, no ella.

Consulto por última vez el bloc antes de dejarlo.

Elsa. Veintinueve años (nacida el 27 de noviembre).

Joder, hoy es su cumpleaños.

No sé por qué lo hago, pero agarro el lápiz con goma en la punta atado al bloc y borro el veintinueve. Queda un borrón pero tanto da.

—Hermosa mía, hoy cumples treinta años —murmuro escribiendo el nuevo número antes de colgar de nuevo el bloc.

La miro una vez más. Hay algo que me molesta y al cabo de un momento comprendo lo que es. Tantas cosas conectadas a su cuerpo consiguen afearla. Si lo desconectara todo, casi parecería una flor de jazmín, con el aroma que persiste en la habitación. En la actualidad existe una polémica sobre el «conectar» o «no desconectar». Ahora querría librarla de todo ello solo por devolverle la naturalidad.

—Hala, como eres muy bonita, te mereces un beso por tu cumpleaños.

Hasta a mí me sorprenden mis palabras, pero me aplico ya a apartar los diversos tubos que obstaculizan mi acceso a su mejilla. A tan ínfima distancia, el jazmín resulta claramente identificable. Poso mis labios en su cálido rostro y recibo una especie de descarga eléctrica.

Hace un año que no beso a una mujer, aparte del besito de saludo a las colegas. No hay nada sensual ni sexual en lo que acabo de hacer, pero qué caray, acabo de robar un beso en la mejilla a una mujer. La idea me hace sonreír y me aparto.

—Tienes suerte, fuera está lloviendo. Voy a hacerte un poco de compañía, flor de jazmín.

Tiro de la silla hacia mí y me siento en ella. No debo de tardar ni dos minutos en dormirme.

3

Elsa

Me gustaría mucho sentir algo, pero no hay manera. Nada que hacer. No siento absolutamente nada.

Y eso que, de creer en lo que oigo, hace diez minutos que alguien ha entrado en mi habitación. Un hombre. Le echo unos treinta y pico. No fumador a juzgar por su voz. Pero eso es cuanto puedo decir.

Y solo me es posible fiarme de su palabra cuando dice que me ha besado en la mejilla.

¿Qué esperaba? ¿Creerme Blancanieves? Llega el príncipe encantador, me besa, ¡y hop! «Hola, Elsa, soy Fulanito, bla bla bla, te he despertado, hala, vamos a casarnos.»

De haber creído en ello, me habría llevado una cruel decepción, porque no ha ocurrido nada semejante. Resulta mucho menos interesante. Lo resumo más bien con: «Soy un tío que se ha equivocado de habitación (bueno, eso supongo, de lo contrario no veo por qué iba a aterrizar aquí) y me instalo como okupa a la espera de que pase el chaparrón» (que empecé a percibir hace unos instantes). Y de hecho ya respira profundamente.

Siento curiosidad. La curiosidad no tiene nada que ver con la química, aún puedo identificar ese deseo. Así pues, siento curiosidad por saber quién está sentado en la silla a mi lado. No tengo manera alguna de dar con la respuesta, de modo que me contento con imaginar. Solo que no tardo en dejarlo correr. Hasta el momento, aparte de los médicos, las enfermeras y la mujer de la limpieza, solo gente a la que conozco entraba en la habitación. Eventualmente tenía que imaginar su indumentaria, pero eso era todo. Ahora me siento bastante molesta, no dispongo de un solo indicio aparte de su voz.

Por lo demás, la encuentro más bien agradable. De hecho, supone todo un cambio. Es la primera voz nueva desde hace seis semanas y creo que aunque hubiera sido ronca o banal me habría gustado. Los amigos de mi hermana nunca hablan, lo único que percibo de ellos es llegado el caso un intercambio de saliva con ella, o bien se quedan en el pasillo. Sin embargo, esta nueva voz tiene realmente un timbre especial, algo que denota a un tiempo ligereza y pasión.

Sus palabras me han permitido confirmar la fecha de hoy con toda facilidad.

Hace en efecto cinco meses que estoy aquí, y al parecer, es mi cumpleaños.

Lo único que me sorprende es por qué mi hermana no me ha felicitado. Tal vez lo haya considerado inútil. O quizá sencillamente es que se ha olvidado. Desearía echárselo en cara, pero no puedo. No obstante, los treinta años hay que celebrarlos,

¿no?

Algo se remueve en la silla que tengo al lado. Oigo el roce de una tela y reconozco el ruido de alguien que se quita un jersey. Lo oigo aguantar la respiración lo justo para sacárselo por la cabeza, las breves sacudidas de su aliento para quitarse las mangas y dejar libre el busto. Oigo cómo deja el suéter en alguna parte, y luego otra vez la respiración regular.

Estoy en tensión. Al menos me complazco en imaginar que lo estoy. Todas las partes de mi ser que permanecen activas, a saber, únicamente la audición, se aferran a esa novedad como a una boya de salvamento. De manera que escucho, escucho, escucho. Y poco a poco voy dibujando en mi cabeza.

Su respiración es apacible. Ha debido de dormirse. El repiqueteo del agua en la ventana es ligero y puedo distinguir el roce de su camiseta contra el plástico de la silla. No debe de ser muy corpulento, de lo contrario no respiraría así. Intento compararlo con gente a la que conozco, pero rara vez se oye a la gente respirar. Yo solía hacerlo a veces, con mis ex, cuando me despertaba antes que ellos. Algunos decían que era ridículo y, por lo general, esos no duraban mucho. Recuerdo a un tipo que respiraba en tres tiempos, en ese momento me entró la risa, pero me contuve a fin de no despertarlo. Tampoco ese duró demasiado.

De todos modos, mis historias del corazón son más bien caóticas. Mucho menos numerosas y regulares que las de mi hermana. Vendrán a ser unas diez, contando de memoria. Algunas breves, otras mucho más largas. En este momento estoy soltera y sin compromiso. Más vale así, porque ignoro cómo habría reaccionado el tío en relación con mi coma. ¿Me habría abandonado desde el principio? ¿Habría esperado? ¿Habría seguido adelante sin decirme nada? ¿Habría escuchado a los médicos y se habría acercado a mí para decirme que todo había terminado? No le habría costado mucho, sin duda estaría convencido de que no me enteraba de nada. Y durante las catorce primeras semanas de coma habría estado en lo cierto.

Así pues, soltera, y aliviada por estarlo. Ya resulta bastante duro oír a mi madre llorar cada vez que viene, ningunas ganas de repetir la experiencia con algún otro.

Mientras me invaden todos esos recuerdos, sigo concentrada en mi visitante ocasional. Su respiración se ha vuelto más profunda. Realmente se ha dormido como un tronco.

Centro toda mi atención en él. No quiero que pase el tiempo. Se trata de la única distracción, la única novedad, casi lo único que me recuerda que estoy definitivamente viva en alguna parte.

Lo cierto es que no cabe decir que la regularidad de mi hermana, de las enfermeras y del llanto de mi madre me colmen de júbilo. Lo de hoy viene a ser como arrojar un guijarro al agua. Supone un cambio en la situación. Me haría vibrar si pudiera moverme.

Quiero que el tiempo se detenga, pero el tiempo no se detiene. Solo dispongo de la breve siesta que él se permite en mi habitación. En cuanto se haya ido, todo

volverá a ser como antes. Sencillamente habré recibido un regalo el día de mi cumpleaños. Me gustaría poder sonreír por mis pensamientos.

De repente, el picaporte chirría. Oigo voces y todo mi ser se ilumina por dentro. Reconozco a Steve, Alex y Rebecca. Parecen en forma y charlan alegremente. De pronto me entran ganas de decirles que se callen, para que no despierten a mi visitante. Pero como de costumbre, nada puedo hacer, y en última instancia siento curiosidad por ver cómo mi desconocido explica su presencia.

El ruido de pasos y el volumen sonoro de las voces me indican que mis tres amigos se acercan, y luego se paran en seco.

—¡Mira, hay alguien! —exclama Rebecca.

—¿Lo conoces? —pregunta Alex.

Supongo que Rebecca niega con la cabeza. Los oigo rodear la silla y los imagino inclinados sobre mi visitante.

—Bueno, está durmiendo —dice Rebecca—. ¿Lo dejamos así?

—No, lo echamos —replica Steve.

—No molesta a nadie —observa Rebecca—. Y si es un amigo de Elsa, puede celebrar la ocasión con nosotros, ¿no te parece?

—Hummm..., pues vale.

Imagino la cara enfurruñada de Steve. Sé que hace unos años tenía debilidad por mí. Chicas que hagan alpinismo no se encuentran todos los días, aunque vivas en la montaña. Rebecca lo dejó hace tres años, empezaba a tener demasiado miedo. Tal vez debería haberla escuchado cuando intentó convencerme de que hiciera lo mismo. Pero no, me apasionaba demasiado. Por eso Steve no tardó en colarse por mí. Pero por entonces yo estaba en pareja, así que le dejé claro que solo buscaba un compañero de cordada. El resto de mis amigos eran demasiado altos para mí, necesitaba a alguien de mi complexión. Steve está notablemente bien proporcionado. Formábamos un equipo estupendo.

A partir del momento en que mi rechazo fue manifiesto, se limitó a ejercer el papel de hermano mayor. Cuando has sido siempre la mayor, resulta agradable sentirse protegida por alguien. Sobre todo porque Alex y Rebecca están juntos, de manera que Steve tuvo que currárselo a base de bien.

Y ahora esa es exactamente la actitud que está adoptando. La del hermano mayor que no quiere que toquen a su hermanita.

—Vamos, Steve —empieza Alex—. ¿Qué quieres que pase en un hospital? ¡Debe de ser un amigo de Elsa y nada más! Está dormido. No vamos a hacer un drama de eso. La cuestión es: ¿lo despertamos o empezamos la fiesta sin él?

—Creo que acaba de tomar la decisión por nosotros —interviene Rebecca.

En efecto, oigo a mi visitante despertarse. Visualizo sus ojos que se abren, que enfocan el entorno, y me entran ganas de reír cuando percibo su sorpresa al descubrir a las tres personas que lo miran.

—¿Quién eres?

Steve no ha perdido el tiempo. Apuesto a que está a diez centímetros del rostro del desconocido, con el ceño fruncido e imitando con los ojos el rayo láser de Superman. Cuento hasta cinco antes de que mi desconocido responda. Su voz sigue siendo melodiosa.

—Un amigo.

—Mmm..., ya veo.

—Te digo que soy un amigo.

Lo confirmo, debe de andar por la treintena. De lo contrario no habría tuteado a Steve.

—No te creo.

—Steve, déjalo estar —interviene Alex.

—No lo conozco y me gustaría saber qué hace aquí —replica el aludido—. Con lo que cuesta acceder a esta ala del hospital sin que te hagan pasar por un escáner... ¡Quiero saber quién es y qué hace aquí!

—¡Precisamente por esa razón no puede hacer ningún daño que esté aquí!

—Mmm, si tú lo dices...

Mi desconocido se incorpora y vuelve a ponerse el jersey.

—¿Solo sabes decir «mmm»?

¡Guau! El desconocido no sabe dónde acaba de meterse. Me gustaría avisarlo, pero es demasiado tarde. Comprendo que Steve lo ha agarrado por el cuello de la camisa y lo ha levantado de la silla.

—Pero ¿quién te crees que eres?

—¡Basta, Steve! —grita Rebecca.

—¡Joder!, ¿quién es este tío? —repite él.

—¡Suéltalo! —añade Alex—. Y tú discúlpate, de lo contrario esto será el cuento de nunca acabar.

Alex, el esforzado caballero. Comprendo por qué Rebecca se ha enamorado de él.

—Perdón —dice escuetamente mi visitante—. ¿Me soltarás ahora?

Oigo el gruñido de Steve y su movimiento cuando deja caer de nuevo al desconocido. Luego me doy cuenta de que se ha sentado en la cama, a mi lado. Las sábanas se arrugan cerca de mi oído.

—Lo siento, Elsa —murmura Steve acariciándome el cabello—. Vaya movida para ser tu cumpleaños, ¿eh?

Durante unos segundos oigo las lágrimas en su voz. Sigue reprochándose no haber comprobado mi nudo, y no haber tenido la suficiente fuerza para impedir que fuera arrastrada por el alud.

Según he creído entender, fue él quien me encontró bajo la nieve. El médico dijo que había sido un milagro. Yo solo sé que la conexión que tengo con él fue lo que nos ayudó. Un hermano mayor siempre está ahí para proteger.

No obstante, hoy reconozco que se pasa un poco.

—¡Bien! Elsa, te hemos traído una tarta, las treinta velitas que sin duda te

negarías a soplar, cosa que nos la suda porque de todos modos yo te habría obligado a hacerlo, y para rematar, un regalito.

El tono de Rebecca me caldea el corazón (bueno, imagino que lo hace). Saca algo de una bolsa de plástico y sin duda es Alex quien la ayuda a colocar las velitas. Durante ese tiempo mi visitante se levanta.

—¿Seguro que eres un amigo de Elsa?

Ya está Steve a vueltas con lo mismo. ¡Si salgo del coma me va a oír!

—Sí.

—Entonces, ¿cómo se llama?

—Elsa. De todas formas, lo has dicho al menos tres veces.

—Su apellido.

—Bilier. Y hoy cumple treinta años.

—Rebecca acaba de dar esa información.

—¿Esto es un interrogatorio o qué?

—Eso parece.

Steve, el hermano mayor ultraprotector.

—¿Qué está estudiando?

Transcurren dos segundos antes de que mi desconocido conteste.

—No estudia. Trabaja.

—¿En qué sector?

Otros dos segundos.

—La montaña.

Estoy impresionada. Se marca faroles continuamente, pero se las arregla muy bien. Me pregunto si a fin de cuentas no me conoce de verdad.

—¿Y qué hace exactamente en relación con la montaña?

Llegados a ese punto, pierdo toda esperanza de que mi desconocido adivine. Tengo una profesión poco corriente.

Pasan diez largos segundos. Alex y Rebecca están encendiendo las velitas y los oigo murmurar entre ellos. El desconocido da unos pasos por la habitación y luego se para. Ha debido de volverse hacia Steve.

—Escucha —empieza—. Tienes razón. No conozco a Elsa. Cuanto acabo de decir lo he deducido de lo que está escrito en el bloc a los pies de su cama. Soy simplemente un visitante que se ha equivocado de habitación. Reinaba una gran calma y me he quedado un rato. No he molestado a nadie. Ahora voy a dejaros.

Curiosamente, Steve no dice nada. En cambio, es Rebecca quien toma la palabra.

—¿No quieres quedarte con nosotros para lo de las velitas?

Mi desconocido debe de estar claramente sorprendido. Rebecca es así, adorable y a veces demasiado ingenua. Por suerte, su príncipe encantador sigue ahí.

—Quédate un rato —lo anima Alex.

—No querría molestar —responde el desconocido.

—Tú mismo lo has dicho, no has molestado a nadie. Seremos cuatro, eso le

gustará a Elsa.

Noto que vacila.

—De acuerdo.

El desconocido se acerca de nuevo y empuja la silla. Tengo la impresión de que intenta ayudar a Alex con algo que hay en una bolsa mientras Rebecca coge el bloc de los pies de mi cama.

—No ha habido muchos progresos, al parecer —suelta dirigiéndose a los demás—. Ni siquiera novedades. Ah, sí. Alguien ha corregido su edad. Es impresionante que hayan prestado atención a eso.

—Esto... No, soy..., soy yo quien lo ha hecho —dice el desconocido—. He mirado las hojas para saber cómo se llamaba y he visto que hoy era su cumpleaños. Lamentaría haberos molestado. Tal vez no debería haberlo hecho.

—¿Estás de guasa? ¡Es un gesto supersimpático!

—¿De veras?

—A mí me parece guay que alguien que no conoce a Elsa se tome la molestia de corregir su edad en el bloc. ¿Y bien, sacas el condenado paquete o qué?

—Oh, perdón. Toma, aquí está.

—Pásaselo a Steve. Creo que le gustaría abrirlo. ¡Aunque sepa perfectamente lo que contiene!

Sin duda Steve alarga la mano y se vuelve de cara a mí. Rebecca deja la tarta en la mesita contigua. Imagino el olor de la fruta, la luz de las llamas y la sonrisa triste de mis amigos.

—Bien... Feliz cumpleaños, cariño —dice Rebecca antes de soplar sobre mis treinta velitas.

—Feliz cumpleaños, Elsa —dice Alex.

—Feliz cumpleaños, tú —añade Steve.

Desde lejos, el murmullo de mi desconocido llega pese a todo a mis oídos.

—Feliz cumpleaños.

Lo pronuncia con dulzura. No consigo discernir si se siente incómodo, triste u otra cosa. Pero resulta conmovedor. Profundamente conmovedor.

—Toma, tu regalo —dice Steve devolviéndome a cosas más palpables—. Es un anillo. Siempre decías que nunca te casarías y que no llevabas porque te resultaba molesto, por eso hemos optado por uno. Quizás eso te ayude a volver más deprisa si te entran ganas de darnos una patada en el culo.

Supongo que Steve me lo pone en un dedo. Ignoro en qué mano ni en qué dedo.

—¿No le dices qué aspecto tiene?

La intervención de mi desconocido parece sorprender a todos.

—Bueno, no sé —prosigue—. Si hay que hablarle, mejor decírselo todo, ¿no?

El silencio se prolonga unos instantes.

—Te cedo el honor —rezonga Steve, como si se sintiera decepcionado por no haberlo pensado antes.

—Esto...

—¡Anda, hazlo de una vez! ¡Tienes razón!

—Bien... De acuerdo.

Mi visitante se acerca.

—Pues... parece de plata.

—Es de oro blanco —lo interrumpe Steve.

—Oh, perdón. No noto la diferencia.

—Es más resistente.

—Okey. Pues eso, es de oro blanco. Han elegido ese material porque es más resistente, así, si te apetece darle un golpe con el piolet, ya verás, no pasará nada.

Me habría gustado reír, o al menos sonreír ante la breve alusión.

—Luego, hay como dos hebras que se entrelazan todo alrededor. Forman como lianas. O más bien como una especie de tallo de flor. ¡Ya está! ¡Como un ramito de jazmín, ya que parece gustarte ese olor!

Me quedo estupefacta. ¿Cómo ha podido adivinarlo?

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Steve, haciéndose eco de mis pensamientos.

—Al entrar en esta habitación te invade el olor a jazmín. Y procede de ella.

—¿Elaboras perfumes o qué?

—No, me dedico a la ecología, nada que ver. ¿Puedo continuar?

—Adelante.

Me doy cuenta de que estoy impaciente por saber la continuación.

—Brilla mucho, es realmente bonito. Y lo llevas en el anular derecho.

Me siento un poco decepcionada. Casi le guardo rencor a Steve por haberlo interrumpido.

—En cuanto a la tarta, es de pera —prosigue el desconocido—. Rebecca te ha mentado, ha puesto treinta y una velitas solo para fastidiarte, y puedo decir que tienes unos amigos increíbles por venir a desearte feliz cumpleaños después de llevar veinte semanas ausente.

Ahora el silencio se vuelve opresivo. Por un momento, casi temo haber perdido el oído. No obstante, el repiqueteo de las gotas de agua contra la ventana me tranquiliza. Oigo a alguien sonarse. Seguro que se trata de Rebecca. Alex debe de estar estrechándola entre sus brazos. Todos buscan algo que hacer, como para disipar la tristeza que debe de invadir la estancia. Las porciones de tarta circulan y las cucharitas raspan los platos de cartón.

—¿Nos cuentas más cosas de ti? —pide Rebecca al cabo de un momento.

—¿Y eso? —responde mi visitante.

—Al menos podrías empezar por presentarte, ¿no? Lo único que sabemos es cómo has llegado aquí. Yo siento curiosidad por saber más sobre un tipo capaz de aprender tanto sobre una desconocida en menos de cinco minutos.

—Me llamo Thibault. Tengo treinta y cuatro años. Y se supone que estoy en la habitación de mi hermano, que ha tenido un accidente de coche.

—Caray, espero que no sea muy grave —empatiza Rebecca.

—Pues sí, lo es un poco, pero se recuperará, aunque habría preferido que fuese al revés. De paso mató a dos adolescentes, porque estaba borracho. Realmente ya no tengo ganas de verlo.

—Ah.

Vuelve el silencio. Medito sobre lo que acabo de saber. El perfil de mi desconocido se precisa, pero aún me faltan algunos elementos esenciales. Dudo que ninguno de mis amigos lo anime a describirse.

Thibault. Debo retener ese nombre.

—¿Cómo ha llegado a este estado? —pregunta de repente—. Aparte de lo de «alud en alpinismo», quiero decir.

Steve se levanta. Va y viene por la habitación y empieza a contar lo que yo ya sé. Acto seguido escucho muy quietecita la continuación, a partir del momento en que me encontraron. Me entero de un detalle adicional: fui helitransportada. Una pena, siempre había soñado con sobrevolar en helicóptero el glaciar y, para una vez que lo hago, ni siquiera estoy consciente para verlo. Mi visitante hace varias preguntas, hasta llegar a mi favorita. Me habría gustado tanto responder por mí misma...

—¿Por qué hace eso? Quiero decir, ¿por qué practica alpinismo? Todas esas cosas no dejan de ser arriesgadas.

—Lo lleva en la sangre —dice Steve.

—Eso no me basta —replica Thibault.

—¿Sabes lo que es la felicidad?

—¿Se trata de una pregunta trampa?

—Pues bien, Elsa lo sabe —responde Steve haciendo caso omiso de la observación—. Cuando camina por allí arriba, es ella misma, se siente dichosa. Está radiante. En la montaña se encuentra en su elemento. Incluso la convirtió en su profesión además de su pasión.

—¿Qué es, guía?

—No, no podía. Trabaja para el instituto que elabora los mapas de senderismo. Está especializada en las zonas glaciares.

—Ignoraba que existiera tal cosa. Y eso que ya he tenido ocasión de utilizar ese tipo de mapas.

—Bien, pues ya lo sabes. La montaña es ella. Cuando caminas en su compañía por un glaciar, es como si la vieras desnuda. Vulnerable a más no poder. Todas sus emociones y sensaciones están en carne viva. Es un auténtico regalo el que te hace.

—Ya veo... ¿Estás enamorado de ella?

Thibault lo ha preguntado en tono serio. Y visto cuanto Steve acaba de decir, también yo aguardo la respuesta.

—Lo estuve. Hoy solo soy una especie de hermano mayor que ha fracasado en su misión.

—No digas eso. No pudiste evitarlo si su nudo de tocho no estaba bien hecho.

—De ocho —corrige Steve—. Pero debería haberlo comprobado.

Rebecca evita que vuelva a instalarse el silencio recuperando los platos y las cucharitas. Huele al final de mi pequeña fiesta de cumpleaños, mi visitante se dispone a marcharse.

—Bien, gracias por la tarta y gracias por haber permitido que me quedara.

—¿Estás seguro de que no quieres quedarte un rato más? —propone Alex.

—No, voy a buscar a mi madre y a mi primo. Deben de estar buscándome.

—De acuerdo. Ha estado muy bien conocerte.

—Lo mismo digo. ¿Le diréis hasta la vista de mi parte?

—Bueno, puedes hacerlo tú mismo —dice Rebecca.

Mi visitante parece vacilar, y luego lo oigo acercarse. Se sentía más cómodo hace un rato, cuando estaba a solas conmigo.

—Nosotros la besamos en la frente —precisa Rebecca—. Es la única zona donde no hay demasiados cables.

—Ah, vale.

Oigo el ruido del roce de sus labios sobre mi piel, pero, al igual que antes, no siento nada. Oigo también lo que me susurra al oído con la mayor discreción posible antes de incorporarse.

—Hasta la vista, Elsa.

Se aleja de mi cama. Los demás se ponen en movimiento para recoger sus cosas.

—Gracias otra vez, me voy.

—Puedes pasarte de nuevo a verla cuando quieras.

Por supuesto, es Alex quien hace el ofrecimiento.

—Ah. Qué amable. Gracias. Aunque no sé si...

—No lo dudes —añade Rebecca—. Le encantará que vengan otras personas a verla. Estoy segura.

—Muy bien. Hasta la vista.

La puerta se cierra. Mi visitante ha salido. La poca alegría que me embargaba se ha marchado con él.

—¿Steve? —lo llama Alex—. Llevas un rato sin decir nada. ¿Te molesta que le haya propuesto que se pase por aquí?

—No, está bien.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Acaba de empezar a nevar y a ella le encantaba.

La tristeza lastra cada una de sus palabras. Me digo que prefería cuando solo estaba Thibault. No había tanta emoción en el ambiente. Escucho a mis amigos recoger sus cosas y ponerse las prendas de abrigo. Los oigo besarme en la frente uno tras otro, sin que tenga posibilidad alguna de responder.

Cuando la puerta se cierra con suavidad, de nuevo reina un silencio total. Ni siquiera se oye ya la lluvia contra el cristal de la ventana. Ni siquiera una respiración aparte de la mía.

Me gustaría que volviera.

Thibault

Mi madre mira por la ventanilla del coche y mi primo está al teléfono en el asiento trasero. Yo conduzco automáticamente para llevar a todos a buen puerto. Me sé el camino de memoria, pero debería prestar mayor atención a la carretera.

Imposible. Mi mente está en otra parte.

En esa habitación. La 52. Lo he mirado al salir. Había una foto de una montaña debajo del número, una imagen un tanto especial cubierta de hielo. He comprendido que eso era lo que me había inducido a error.

Cuando he llegado a la planta baja del hospital, mi primo ya me estaba esperando. Ha intentado averiguar lo que había hecho durante todo ese rato. En vano. No he dicho ni pío. Pocos minutos después ha salido mi madre, tenía los ojos rojos. Ahora está un poco más calmada. Es como si el hospital fuera un inmenso imán para las lágrimas, aunque a veces también haya sorpresas en casa.

Estoy impaciente por que se baje del coche. Cada vez me cuesta más soportar tantas emociones. No es que haga mal, nada más lejos de eso. Tiene derecho a estar triste, sin duda yo me hallaría en el mismo estado si fuera mi hijo el que yace en esa cama de hospital, pero, comparado con la situación de la habitación 52, mi hermano casi produce un efecto placebo.

Me ha trastornado más de lo que habría creído. Me había metido allí para dormir un poco y de pronto me encuentro con un montón de datos en la cabeza. Eran simpáticos esos tres. Incluso Steve, porque, tras sus aires de protector hermano mayor, sencillamente estaba preocupado. Y muy triste. Parecía mi madre. Es lo que más nervioso me ha puesto de él. También parecía celoso, pero ignoro de qué. Si efectivamente no está enamorado, no tiene nada que temer. Y por otra parte, si lo está, tampoco tiene nada que temer.

La chica, Rebecca, es guay. Un tanto ingenua pero agradable. Su pareja, Alex, es francamente simpático y muy sociable. Tal vez valga la pena verlos de nuevo por cambiar de aires. De todas formas, soy consciente de que no tengo modo de conseguirlo aparte de dejar una nota bien visible en la habitación 52 que ponga: «Hola, soy Thibault, el chico que se durmió el otro día. Os dejo mi número de teléfono por si queréis que volvamos a vernos.» Así que no vale la pena.

La única persona a la que a fin de cuentas puedo volver a ver es esa con la que no puedo hablar. Porque no me contestará.

Elsa. La flor de jazmín rodeada de cables. No he preguntado por qué había tantos. No entiendo ni jota de medicina. Y sin embargo me dedico a la «medicina de la Tierra», como dicen algunos. Pero en lo tocante al cuerpo humano, estoy fuera de

onda. Cuando el médico de mi hermano empezó a explicarme sus traumatismos, al cabo de cinco segundos ya había desconectado. Mi madre escuchó pacientemente, aunque tampoco se enterase de nada. Mi primo, profesor de gimnasia, nos hizo un símil de traducción, pero, francamente, el policía de detrás de la puerta me helaba la sangre, así que no escuché gran cosa.

Afortunadamente, el policía ya no está. Mi hermano hizo su declaración. El juicio tendrá lugar dentro de cuatro meses. Técnicamente hablando, es el plazo que necesita para recuperarse del accidente. Entre tanto, su piso permanece vacío. Mi primo y yo nos hemos pasado por allí para vaciar la nevera y hacer la limpieza, a fin de que no se convierta en una pocilga durante su ausencia. Si ya no era lo que se dice genial, no era cuestión de que tomase el aspecto de un cuchitril. Por otra parte, comprendimos que tenía una amiguita porque encontramos ropa interior desperdigada un poco por todas partes. La chica no se ha preocupado en ningún momento por averiguar nada de nada, o bien se trataba de un polvo de una noche, porque nadie ha llamado.

Aparco en el parking delante de casa de mi madre. La nieve ha empezado a cubrir los coches aparcados. En el asfalto no llega a cuajar, pero la hierba ya está cubierta por una fina capa. No puedo decir que me guste la nieve ni que no me guste. Está ahí, la tomo tal cual es. Para mí solo se trata de una respiración adicional del planeta.

Mis dos pasajeros se apean. Mi primo vive justo al lado de casa de mi madre. Fue él quien le encontró el piso cuando mi padre se largó. Noto cómo el coche se levanta, aligerado de su peso. Mi primo asoma la cabeza por la portezuela.

—¿No vienes?

—Esta noche no.

—Pues creo que a ella le gustaría.

—Y yo creo que soy incapaz.

—Qué duro eres.

—Escucha, mañana vendré. Pero ahora..., esta noche no.

Mi primo me mira, casi sorprendido de que haya hablado de mañana.

—Okey. Ve con cuidado en la carretera.

Cierra la puerta. Mi madre me mira a través del cristal de la ventanilla y hace una seña con la mano. Le envío un beso y vuelvo a poner en marcha el motor. Apenas han cruzado el portal de la residencia, la cosa va mejor. Tengo que dejar de pasar tanto tiempo con ellos, su depre se me contagia. Soy una auténtica esponja.

Conduzco sin pensar hasta que de pronto soy consciente de que no he tomado en absoluto el camino adecuado. Me estoy dirigiendo a la ciudad. Tal vez sea lo mejor que puedo hacer. Esta noche no me mola estar solo, pero tampoco me apetece tener compañía. La cabeza no me carbura. Por suerte, sé exactamente lo que me conviene hacer para remediarlo.

—Hola, ¿Ju?

La voz de mi mejor amigo resuena en el teléfono.

—Sí, ya lo sé, no debería hablar mientras conduzco. Dime, ¿qué haces esta

noche?... ¿Te apetece salir? ¿Nos encontramos en el pub?... ¿Cómo? ¿Antes no puedes? Bueno... ¡Hasta ahora!

Cuelgo. Julien, exfanático del trabajo, recientemente enganchado de su hija de cinco meses. Por suerte, su mujer es una de mis mejores colegas de la facultad, así que lo entenderá si él le explica que debe venir a verme. Según he creído entender, había una historia de baño, biberón y demás. Es verdad que el miércoles le toca a él. ¡Esos dos han dado con el ritmo perfecto! Me siento celoso de ellos, aunque no esté buscando pareja. Eso es lo que me gustaría conseguir. Ese equilibrio.

Con Cindy no había equilibrio, salíamos a agarrada diaria. Yo me defendía diciendo que se trataba de otra clase de equilibrio. Me equivocaba de medio a medio. Cuando veo lo que Julien y su mujer han logrado construir, me muero de envidia. Ahora bien, cuando sales de una relación como la mía, te preguntas si todavía eres capaz de amar.

De manera que, en el ínterin, amo mi trabajo, quiero a mis amigos, quiero a mi madre aunque siempre esté lloriqueando, pero ya no quiero a mi hermano. Desde hace cierto tiempo mi vida se reduce a eso. Identificar lo que me gusta y lo que no me gusta. No es fácil.

Ah, sí, no me gustan esos imbéciles que no saben aparcar en los parkings gratuitos porque por su culpa te ves obligado a pagar para encontrar una plaza adecuada. Y eso es lo que me toca hacer esta noche.

Puestos a tirar de cartera, elijo el parking más próximo al pub. Tendré que recorrer unos doscientos metros a pie, como mucho. Es perfecto, porque con la nieve aún habría tenido más frío. Aparco, correctamente, a fin de no molestar a nadie. Me guardo el tique en el bolsillo para no liarla como la última vez, cuando me pasé dos horas buscándolo y resulta que lo había olvidado en el salpicadero, y corro hasta el pub.

Una vez dentro, llega el alivio. Hace calor. La gente charla, ríe, hay buena música y una pequeña mesa todavía libre. Me instalo y coloco dos posavasos frente a mí para dejar claro que espero a alguien. Códigos como ese resultan tranquilizadores. No vendrá nadie a preguntarme si la silla está libre.

Pido un zumo de pera. El camarero me mira con perplejidad. Le digo que tengo que conducir y se da por satisfecho. Está a punto de felicitarme. Sé que Julien tomará cerveza. Tal vez me eche un poco en el zumo, por darme un gusto, pero no me gusta beber antes de conducir. Mi hermano debería haber sido igual de razonable.

No llevaré ni cinco minutos con el zumo de pera en la mano cuando una tía se planta ante mí.

—¿Está libre la silla?

Señalo el posavasos no ocupado.

—Ah, perdón, no lo había visto. ¿Esperas a alguien?

—Sí. A un amigo.

He dudado si responder «a mi chica», incluso «a mi chico», por divertirme,

porque la joven se comporta de forma extraña. Huele a ligona a un kilómetro. Y eso que este pub es más bien famoso por el buen rollito y no es en absoluto del tipo contactos-cita rápida. Sonríe al pensar en las observaciones de mi madre. Se diría que mi cabello alborotado no echa para atrás a todo el mundo. Ahora bien, esta solo debe de buscar que la invite a una copa. Detesto ese tipo de encuentros.

—¿Te apetece que te haga compañía hasta que llegue?

En mi mente, la decisión es fulminante, tengo una especie de libro «Tú eres el protagonista» que se dispone a ser abierto. Si quieres enfrentarte al dragón, ve a la página 62. Si prefieres esconderte, ve a la página 33. A ella acaba de corresponderle la opción definitiva. Página 0.

—La verdad es que estás muy buena, pero no tienes la suficiente inteligencia para captar si alguien está disponible o no. Se trata de algo bastante sutil, lo sé, y salta a la vista que la sutileza no es tu fuerte. Incluso me pregunto si sabes lo que significa. De manera que, lo siento, no me apetece en absoluto que me hagas compañía hasta que llegue mi amigo.

La chica está indignada, pero me pregunto sinceramente si ha entendido todo lo que he dicho. Viendo su reacción, es obvio que no está acostumbrada a que la rechacen, pero no estoy de humor.

Se diría que ha hecho circular el mensaje, o que el posavasos vacío bien visible sobre la mesa ha obrado su efecto, pues nadie más se acerca a molestarme hasta que llega Julien. Son casi las ocho. Lleva nieve en el pelo.

—¡Uf! ¡Menudo tiempcito! —exclama al sentarse frente a mí.

—No es más que nieve —le hago ver yo.

—Pero hace un frío que pela —contesta al tiempo que se quita los guantes.

—A quién se lo dices...

Julien se quita la chaqueta y hace una seña al camarero para pedir una cerveza. Yo levanto mi vaso de zumo de pera y el tío del mostrador asiente con la cabeza.

—Bueno, ¿qué pasa? —me pregunta Julien con semblante serio.

—Nada de particular. Estamos a miércoles.

—Ha sido la visita a tu hermano, ¿a que sí? También vas en otros momentos, ¿no?

—Llevo a mi madre, para ser exactos.

—¿Sigues negándote a verlo?

—Sí.

—Bien, entonces, ¿qué es lo que no va bien?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Thibault... Lo llevas escrito en la cara. Y si no fuera importante, no me habrías llamado a las seis cuando sabes que los miércoles por la noche soy yo quien se encarga de Clara.

—¿Qué tal está Clara? Confío en no haber provocado tensiones con Gaëlle...

—No te preocupes, Gaëlle ha tomado el relevo sin problemas, y Clara va

estupendamente. Goza de buena salud, el pediatra dijo que estaba en plena forma. Por lo demás, sigues estando de acuerdo en ser el padrino, ¿no?

—Claro que sí. La cría es un amor, ¿cómo iba a cambiar de opinión? Y si sigue así, ¡acabaré casándome con ella!

—Ja ja —se guasea Julien—. Bien, entonces, ¿se trata de una chica?

—No. Bueno..., puede ser. Pero no tiene nada que ver con lo que estás pensando.

Deposito el vaso y me arrellano en la silla.

—Tiene que ver con una chica, sus amigos, mi hermano, la policía, cables por todas partes, jazmín y trayectos en coche hasta el hospital.

—¡Uf! Para el carro, me he perdido.

Llega el camarero con una cerveza y mi zumo de pera. Le damos las gracias y lleno de nuevo mi vaso. Se vierte un poco en la mesa y lo seco con torpeza.

—¿Me aclaras un poco todo ese lío, por favor? —pide Julien.

—Voy... Espera un momento.

Tengo las manos pegajosas y necesito sacar un pañuelo de papel de la bolsa. Siempre llevo encima desde que empecé a acompañar a mi madre al hospital.

—Es algo que me ha pasado hace un rato.

Y le cuento mi azarosa tarde. Julien no dice ni mu, me escucha pacientemente. Cuando termino, sigue mirándome sin abrir la boca.

—¿No dices nada?

—¿Y qué quieres que diga? —replica—. ¡Es más bien divertido!

—¿Divertido? Yo no habría elegido esa palabra.

—Vale, pues curioso. ¿Te gusta más así? Ahora bien, lo que me intriga es por qué le das tantas vueltas a la cabeza. ¡Te has equivocado de habitación y ya está!

Mi amigo se queda esperando a que se lo explique. Seguro que él da con la respuesta a la pregunta que me obsesiona desde hace tres horas.

—¿Por qué tengo ganas de intercambiar el lugar de esa chica por el de mi hermano?

Julien parece preocupado. Lo leo en sus ojos.

—¿Quieres decir que querrías que ella estuviera despierta y que fuese tu hermano el que está en coma?

—Exactamente.

—Sabes muy bien por qué.

—Pues no, no lo sé.

—Basta, Thibault. Sigues sin digerir que tu hermano atropellase a esas dos chicas. Y francamente, nadie puede reprochártelo. Yo en tu lugar me sentiría igual. Esa chica, Elsa, parece buena tía y te gustaría que estuviera despierta, como a cualquiera que tenga corazón en este planeta. De manera que es normal que pienses eso.

—Corazón... Querría no volver a ver jamás a mi hermano ¿y sigues creyendo que tengo corazón?

—Todo el mundo tiene corazón, Thibault. Lo que cuenta es lo que hace con él. El

tuyo está roto en mil pedazos desde lo de Cindy. Y en un millón desde el accidente. Así que te dices que si haces algo por despertar a esa chica, tal vez eso te permita volver a pegar algunos. Con el fin de empezar a perdonarte por pensar así de tu hermano.

Me quedo pasmado, como siempre, pero precisamente por eso Julien es mi mejor amigo. Por primera vez en un año, noto que las lágrimas anegan mis ojos, pero no, no puedo. Aquí no. En este pub abarrotado no. No un miércoles por la noche.

—Ven, salgamos —me dice Julien.

—¿Qué?

—Estás a punto de venirte abajo.

Julien apura su vaso y me obliga a terminarme el mío a toda prisa. Dos minutos después nos encontramos en la acera cubierta de nieve. Yo estaba en lo cierto, hace un frío que pela. Mi amigo me agarra del brazo y me arrastra lejos de la puerta. No me entero de nada, tengo una especie de velo delante de los ojos y sé que no se debe a la nieve.

—Déjate ir.

Me derrumbo. Dos tíos abrazados es algo que rara vez se ve en la calle. Lo primero que piensas es que son gays. Si alguien pasa ahora, por mí que piense lo que le dé la gana. Solo quiero vaciar toda esa agua que me nubla la vista. Escupir toda la saliva que me llena la boca. Quiero gritar mi desesperación al mundo entero.

Me contento con llorar sobre el hombro de Julien, que me estrecha contra su pecho. Hace meses que no recibo el calor de nadie. El de mi mejor amigo resulta realmente reconfortante. La cosa dura unos minutos, pero el frío no tarda en imponerse. Julien me tiende un pañuelo, también él lleva siempre encima, pero en su caso se debe al nacimiento de su hija.

—Te vienes a casa —dice tajante.

—¿Perdón?

—Esta noche te vienes a dormir a casa, no voy a dejarte volver a la tuya en semejante estado.

—No he bebido, no atropellaré a nadie.

—¡Sé que no has bebido! Siempre estás sobrio, y desde hace un mes más que nunca, pero estás demasiado hecho polvo para quedarte solo esta noche. ¿Dónde tienes el coche?

—En un parking de pago aquí cerca.

—Okey, dame las llaves, conduzco yo.

Obedezco sin rechistar y sigo a Julien hasta el parking. Pago el tique de estacionamiento y me instalo en el asiento del copiloto. Algo que siempre resulta extraño en el coche de uno.

Julien conduce bien. Me dejo acunar. Realmente no vive lejos, así que el asunto queda pronto liquidado. De hecho, ha venido a pie. Cuando por fin entramos en su casa, su mujer se acerca con una sonrisa.

—¡Thibault! —exclama en voz baja, sin duda porque la pequeña duerme.

—Hola, Gaëlle —respondo sonriente—. Lamento la intrusión.

—No te disculpes —dice dándome dos besos—. Julien me ha avisado por teléfono. Incluso te he preparado la cama en la habitación de Clara. Lo único es que no podrás roncar muy fuerte, y, lo siento mucho, pero hacia las cuatro de la madrugada te despertarás cuando le toque el biberón.

—No importa, es mi princesita, no se lo tendré en cuenta. Pero... ¿cómo que Julien te ha avisado? ¿Cuándo lo has hecho? —pregunto a mi amigo volviéndome hacia él.

—Con un mensaje del móvil mientras llorabas en mis brazos.

—¡Cabrón, ni siquiera te has concentrado en mí!

—Me estabas estropeando la chaqueta, debía encontrar una solución a toda prisa.

—Cuando hayáis acabado de chincharos —interrumpe Gaëlle—, queda algo de comer en la cocina. Thibault, te he sacado una toalla, por si quieres tomar una ducha.

—Gracias, Gaëlle, eres muy amable.

—Tú harías lo mismo por nosotros —responde.

—Gracias de todas formas.

Me quito la chaqueta y me descalzo mientras ellos intercambian un beso rápido y dos o tres comentarios sobre la peque. Gaëlle me dice que puedo ir a ver a Clara y a dejar mis cosas, que aún no se ha dormido.

Cuando entro en la habitación, me encuentro en otra dimensión. Antes era el despacho de Julien; ahora lo ha trasladado todo a la sala, hasta el punto de que incluso el sofá cama ha aterrizado aquí. En la sala solo queda una banqueta no desplegable, porque es imposible extender un colchón. Su piso no es muy grande, pero han reservado un espacio preferente a su hija.

Me inclino sobre la cuna de barrotes. Clara me ve llegar cual si fuera un extraterrestre. Agita suavemente los dedos y exhibe su expresión angelical. Realmente, Gaëlle y Julien han hecho un buen trabajo.

Abandono a mi princesita para mirar en derredor. El sofá cama está abierto, el nórdico y la almohada tienen un aspecto francamente acogedor. De hecho, me produce mayor efecto que la tía ligona de hace un rato. Salgo con sigilo de la habitación y cierro la puerta a mi espalda. Gaëlle está en la sala viendo la tele y Julien me espera en la cocina.

Dudo si sentarme a la mesa, pero la verdad es que ahora que las lágrimas han brotado al fin, me doy cuenta de que tengo un hambre terrible. Durante la cena hablamos de todo y de nada. También un buen rato de Clara, pero es lógico, un niño siempre pasa a ser tu prioridad absoluta. Julien y yo quitamos la mesa y Gaëlle se asoma para decirnos que se va a la cama. Tiene que levantarse a las cuatro, cuando la pequeña reclame lloriqueando su biberón. Me ofrezco a encargarme de ello a fin de permitirle dormir.

—¿Harías eso?

—Con mucho gusto. Debo ser un padrino ejemplar, ¿no?

—Es genial, muchas gracias. Eso nos permitirá a los dos dormir una noche entera.

—¿Dónde están los bártulos? —pregunto examinando la cocina.

—Está todo ahí —dice ella señalando un rincón de la encimera—. Solo tendrás que ponerlo al baño maría.

Gaëlle nos da un beso de buenas noches y se dirige al dormitorio. Digo a Julien que voy a tomar una ducha.

El agua caliente me sienta fenomenal. Me demoro un rato, aunque sepa que no es bueno para el planeta. La situación es realmente excepcional, y además no me siento bien, así que hoy el planeta...

Cuando salgo, Julien me dice que también él se va a la cama. Me quedo delante de la tele un rato y luego lo apago todo. Ni siquiera he traído un libro, pero de todos modos no estoy seguro de que me apetezca leer.

Entro sigilosamente en la habitación de Clara y me deslizo bajo el nórdico. El contacto de las sábanas me deja helado. Es maravilloso cuando tienes a alguien al lado para calentarlas, pero yo no lo tengo, y una vez más me pregunto si estoy preparado para buscar a ese alguien.

A través de las puertas entreabiertas oigo los susurros de Julien y Gaëlle. Luego roce de sábanas. Creo que les he concedido algo más que una noche entera. No me molesta saber que están haciendo el amor en el cuarto de al lado. Sé que comparten un momento maravilloso.

Me duermo, pero hacia las dos tengo de nuevo los ojos de par en par. Me remuevo en la cama haciendo el menor ruido posible. Mi visita al hospital da vueltas y más vueltas en mi cabeza como la ropa en una lavadora. Lentamente, los minutos van pasando, hasta el momento en que oigo a Clara agitarse. Voy a la cocina para calentar el biberón y vuelvo con el cojín de lactancia. No sé a quién se le ocurrió ese adminículo, pero resulta mágico para evitar la fatiga muscular mientras el bebé succiona. La primera vez que di el biberón a Clara sin esa cosa, me las vi y me las deseé. Julien, por su parte, prescinde de él.

Agarro con delicadeza a Clara antes de que empiece a llorar de lo lindo y la encajo entre el cojín y yo. Me he instalado de nuevo en la cama, recostado en la pared para estar más cómodo. Rodea con su boquita la tetina. El ruido de succión me acuna dulcemente. Cuando termina, dejo el biberón a un lado. Nos dormimos así, el uno en brazos del otro.

5

Elsa

Me pregunto hasta cuándo solo voy a poder oír. Me pregunto si algún día despertaré del todo. Sé por los médicos que casi no soy capaz de respirar por mí misma. Sé que hacen pruebas con regularidad y que solo aguanto unas horas antes de que me consideren de nuevo demasiado débil para hacerlo. La mecánica del cuerpo es realmente peculiar. Pero también milagrosa. ¿Cómo puedo seguir respirando, siquiera unos minutos, cuando no siento absolutamente nada?

Si salgo del coma, es otra cosa más que tendré que preguntar. Mi médico, que solo aparece cada ocho días, las va a pasar canutas. Será un interrogatorio en toda regla.

Estamos a sábado. Hace tres días que vino mi hermana, quedan cuatro para que vuelva. Tal vez mis padres aparezcan hoy. Después de todo, el miércoles fue mi cumpleaños.

Y estuvo genial. Pude oír a mis amigos, que llevaban tiempo sin venir. Pude imaginarlos comiendo tarta, soplando mis velitas y abriendo mi regalo. Y pude descubrir a alguien.

Thibault. Me he quedado con el nombre. Es curioso, tenía miedo de olvidarlo. Y eso que mi memoria no se ha visto en absoluto afectada por mi estado vegetativo, pero aun así tenía miedo. Y por primera vez desde hacía seis semanas, no reviví mi accidente en sueños. Tampoco soñé con nada concreto. Todo era negro y profundo. Lo suficiente para decir que fue reparador.

Esta mañana, la auxiliar de clínica ha venido a asearme, como todas las mañanas. Me ha lavado casi de pies a cabeza. Me ha arreglado el cabello, bueno, confío en que no me haya dejado un revoltijo abominable. Lo tengo bastante dócil, pero ocuparse de un cuerpo inerte no debe de ser tarea fácil. La he oído cepillarlo, luego ya no sé muy bien. No siempre resulta fácil enterarse de lo que la gente hace a mi alrededor. Se requieren puntos de referencia para comparar. Como no tengo ningún recuerdo de mi madre mientras me peinaba, soy incapaz de decir lo que ha hecho la auxiliar de clínica. En cambio, sé que ha olvidado ponerme bálsamo en los labios, porque no he oído el roce viscoso de la crema. Veinticuatro horas no es nada dramático, y tampoco tengo que mantener ninguna conversación con nadie, pero es verdad que me gusta cuidarme los labios.

En el trabajo, siempre gastaba un tubo en menos de un mes. Hay quien desenfunda el móvil en la calle como una boya de salvamento, yo desenfundo el bálsamo labial en la montaña cada hora. De lo contrario, lo que tendría alrededor de la boca sería puro cartón, cosa que no resulta agradable.

¿Por qué?, me diréis. Por mí misma. No especialmente por los hombres a los que besaba, sino más bien porque los besaba. El contacto de los labios supone un auténtico milagro. Me gusta besar, no puedo evitarlo. En cambio, jamás utilizo lápiz de labios, ni siquiera en las grandes ocasiones. Adormece los sentidos.

Y hoy la auxiliar de clínica se ha olvidado. Creo que alguien la ha llamado desde el pasillo. Se ha dado prisa en acabar y ha salido pitando. Desde entonces solo oigo el típico trajín de una tarde de hospital. Mucha gente viene de visita los sábados. Excepto los míos.

Ah, sí. Perdón, he dicho una tontería. Oigo el picaporte de la puerta. Reconozco el paso de mi madre y el más pesado de mi padre. Ambos hablan en susurros. No me gusta. Se diría que acaban de entrar en un depósito de cadáveres. Tengo ganas de gritar que sigo aquí, viva, a su lado, pero continúan hablando en voz baja como si no quisieran que los oyese.

—... tiene derecho a planteárselo. Hace casi cinco meses, Henry.

—¿Cómo te atreves a decir eso?

El reproche de mi padre se distingue incluso en su murmullo.

—Me pongo en su lugar —replica mi madre—. ¿Qué pensaría yo de todo esto? ¿Acaso seguiría adelante?

—¿Cómo puedes imaginar lo que sería estar en su lugar?

—¡Lo intento! ¡Y deja de contradecirme solo para ponerme nerviosa!

—Busco los pros y los contras. Estamos hablando de desconectar a nuestra hija. ¡No del color de nuestra próxima alfombra!

Si pudiera oír la sangre correr por mis venas, también la habría oído detenerse. Para empezar, porque mi padre acaba más o menos de salir en mi defensa. En segundo lugar, porque mis padres se están planteando si cortar o no mi asistencia electrónica.

—Pero tal vez siga respirando —aventura mi madre.

—Será como todas las veces anteriores, en dos horas empezará a asfixiarse.

—Quizá no quiera seguir luchando.

—Deja de pensar por ella —replica mi padre—. No tienes ni idea.

—¡Henry!

—¿Qué?

—¡Piensa seriamente en la cuestión!

Se produce un momento de silencio. No sé si mi padre ha respondido con un gesto o si sigue rumiando.

—De acuerdo, pensaré en ello. Pero hoy no.

Me evado deliberadamente de la continuación de su charla. Estoy en otra parte. Divago, casi deliro, a solas con mis pensamientos. El hecho de hablarse a uno mismo es como para perder la cabeza. Pero en ocasiones escuchar a los demás desencadena un caos mayor.

Vuelvo a ser consciente de su presencia en el momento en que se levantan para

marcharse. Debería dejar de hacer eso. La gente viene aquí para verme, para hablarme. Tal vez confían en que los escuche. Al menos, tal es el caso de mi hermana. Y yo solo les concedo cinco minutos de atención, cuatro al principio y uno al final. Pero, después de todo, qué más me da. ¿Cómo iban a enterarse?

Mis padres salen de la habitación. Ni siquiera recibo un beso, o bien ha sido tan leve que no he podido oírlo.

Me preparo para encontrarme de nuevo a solas conmigo misma, cuando de pronto el picaporte chirría otra vez. Mi madre ha debido de olvidar alguna prenda o el fular. Sin embargo, no es su paso, ni el de mi padre. Es más ligero y al mismo tiempo vacilante. No puede ser mi hermana porque se habría identificado de inmediato. Tal vez sea la auxiliar de clínica que viene a terminar su trabajo de la mañana. Quién sabe, quizás haya recordado que no me había puesto bálsamo labial.

—Hola, Elsa.

El murmullo llega a mis oídos como una brisa. El nombre resurge en mi mente con la fuerza de un ciclón. Thibault. Ha vuelto. No sé por qué. Me gustaría creer que es porque le apetece. Tanto da, está aquí, al menos supondrá una novedad, aunque solo venga a dormir.

—Sigue oliendo mucho a jazmín en esta habitación. ¿Quién te pone tanta cantidad?

La auxiliar de clínica, habría querido responder, con el frasco de aceite esencial que le pasó mi madre. Quizá se le haya ido la mano.

—No importa, de todas formas huele bien.

Lo oigo quitarse la chaqueta, incluso desatarse los zapatos. Tiene intención de ponerse cómodo, lo que significa que se quedará un rato. Me gustaría dar saltos de alegría.

Deja los zapatos en un rincón y la chaqueta encima del mueble que hay detrás. Un jersey o una sudadera siguen el mismo camino. Debe de hacer calor en mi cuarto. Momentos más tarde recibo la confirmación.

—¡Qué calor hace aquí! Me quedo en camiseta, ¿te importa? No te preocupes, no seguiré desnudándome, hay que saber mantener las buenas maneras pese a todo.

Lo escucho con avidez, aunque me cueste comprender su comportamiento, su actitud, su presencia. ¿Por qué ha vuelto?

—Debes de preguntarte qué hago aquí, ¿a que sí? He acompañado a mi madre a ver a mi hermano. Está en la habitación 55, no sé si te acuerdas. Al mismo tiempo, no veo por qué ibas a acordarte de lo que sea. Seguramente tampoco me oyes, y apuesto a que si te toco el brazo no sentirás nada. Por Dios, estoy hablando al vacío... ¿Qué narices me pasa?

Comprendo su desazón, pero de todas formas me gustaría darle un tortazo para ponerle las ideas en su sitio, y también decirle que siga hablando. ¿Nadie le ha dicho que hay que hablar a la gente que está en coma?

—No sé nada del coma —prosigue de repente—. Nunca he conocido a nadie que

estuviera en ese estado y, si puedo evitarlo, por mí mejor. Creo recordar que me dijeron que se podía hablar, de manera que voy a hablar. Pero no tengo la menor esperanza de que me oigas. Tampoco está tan mal, supone una sesión de psicoterapia gratuita con la certeza de que nadie repetirá lo que voy a decir. Pero antes abriré la ventana, porque hasta yo, que soy friolero, tengo un calor increíble. No te pido permiso, de todos modos no podrías dármelo.

Estoy gratamente sorprendida. Es la primera vez que alguien no se muestra condescendiente conmigo. Por lo general, todos los que vienen a verme hacen malabarismos para mostrarse corteses, amables y ultrajantemente a mi servicio. Thibault es el primero que considera que después de todo, dado que casi me han relegado al estado de vegetal, no tiene por qué hacer zalamerías para quedarse en mi habitación.

Oigo deslizarse la hoja de la ventana y el aire colarse por ella. Me imagino estremeciéndome.

—¡Brrr! ¡Aquí no puedo quedarme! —exclama Thibault—. Ya está, aquí estaré bien —añade arrastrando una silla hacia el lado izquierdo de la cama.

Un timbre ligeramente sofocado se deja oír.

—Mierda, no he apagado el móvil. Discúlpame, atenderé la llamada. Aunque a ti te importe un bledo.

Tengo ganas de reír. Y al momento siguiente, de llorar. O más bien tengo ganas de que mi cuerpo sea capaz de llorar. No de tristeza sino de alegría. Thibault es asimismo la primera persona que me ha dado ganas de reír en seis semanas. Ni siquiera los chistes chungos del locutor de la radio que lleva la mujer de la limpieza lo habían conseguido.

Apenas descolgar, lo oigo metamorfosearse en consultor de ecología.

—Espera, ¿qué me estás contando? ¡No, ese dossier aún no está validado! La compañía del agua aún no ha pasado... Sí, ya sé que para un proyecto eólico importa un pito la compañía del agua, pero es la ley... ¿Que los jefes te presionan?... Ah, que ves que pasan. ¿Entonces?... Vale... Escucha, estamos a sábado, relájate. La Tierra no reventará de aquí al lunes, a menos que un diplomático de tres al cuarto se divierta haciendo explotar una bomba nuclear. Y eso sería el carnaval con dos meses de antelación. Ya no concederían la menor importancia a ese proyecto eólico. De manera que respira un poco, el lunes por la mañana lo vemos juntos. Puedo ir más temprano si quieres. ¿Te quedarías más tranquilo?... Okey, nos vemos a las siete, pues. Eso sí, hacerme levantar tan temprano tendrá un coste... Bueno, no sé... ¿Un zumo de pera?... ¡Sí, encantado!

Thibault se echa a reír. Tengo la impresión de que es el sonido más maravilloso que he oído jamás. De inmediato dibujo en mi cabeza esa risa. La asocio con una llama centelleante, con alas doradas que suben y bajan al ritmo de su voz. Con cada carcajada, iluminan progresivamente la negrura que me rodea. Me aferro a esas alas un breve instante. Cuando cesa su risa, me desdibujo al igual que las llamas. Thibault

prosigue su conversación.

—¡Hasta el lunes a las siete entonces!

Cuelga y tamborilea sobre el móvil.

—Ya está, apagado. Así ya no nos molestarán. Bueno, no me molestarán.

Lo oigo guardar el aparato en un bolsillo de su chaqueta y sentarse de nuevo en la silla de plástico.

—Estas sillas no son nada cómodas. Podrían poner asientos un poco más mullidos. A ti te importa un comino, pero para la gente que viene a verte sería mejor. Tal vez se quedaran más rato.

Lo que dice Thibault no es ninguna tontería, pero dudo que se tome la molestia de comunicárselo al personal del hospital.

—Estoy seguro de que si estuvieras aquí sentada pensarías lo mismo. Un día lo probaremos, si quieres. Mejor dicho, si puedes. ¡Me pregunto cómo conseguí dormirme aquí sentado la última vez!

Se deja resbalar en la silla y apoya los pies en mi cama. Momentos después respira profundamente. Pero ¿cómo se las arregla para dormirse tan deprisa? ¡Sus noches deben de ser maravillosas! O bien ocurre precisamente al revés y por eso se venga por las tardes.

Sea como fuere, al igual que la primera vez, lo escucho respirar. Largo rato.

Escucho también el viento. Debe de haber un árbol no muy lejos de mi habitación. Mi hermana me describía el color de las hojas en otoño. Tal vez sean esas mismas hojas las que ahora están cayendo. Me gustaría oír el ruido de la gravilla y de las conversaciones al pie de mi ventana, pero estoy en el quinto piso. Me gustaría oír la circulación, los toques de claxon, pero todo el mundo sabe que está prohibido en las proximidades de los hospitales.

Tengo frío.

No. ¿Qué estoy diciendo? No puedo tener frío. Lo que pasa es que acabo de imaginar que tengo frío.

Tal vez me duermo en un momento dado. Realmente no lo sé, porque sigo oyendo lo mismo. El viento y la respiración regular de Thibault. Querría que despertase para que me hablara de nuevo sin condescendencia. Mi deseo se cumple instantes más tarde, cuando lo oigo removerse.

—Ufff... No es agradable en absoluto.

Debe de frotarse los ojos y desperezarse tras bajar los pies de la cama.

—¡La próxima vez traeré un cojín!

Cuenta con volver. Si al menos pudiera gritar de alegría...

—Y la próxima vez no abriré la ventana. Tú puede que no hayas notado nada, pero ¡hace un frío que pela! Deja que me ponga algo antes de ir a cerrar.

La hoja de la ventana se desliza. El viento deja de hacer bailar las hojas.

—Mi madre debe de preguntarse dónde me he metido. Sobre todo porque le he dicho que me llamara. ¡Seré idiota!

Busca su móvil y lo enciende de nuevo. Un timbre indica un mensaje.

—Sí, eso es. Me está esperando. Hace solo dos minutos. ¡Afortunadamente! Bien, tengo que irme.

Se ata los zapatos, se pone la chaqueta y los guantes. Ese sonido lo conozco bien, lo he practicado tantas veces sobre mis propias manos que lo identifico con facilidad. Thibault se acerca, sé lo que vendrá después y me relamo por anticipado.

—Ven acá que te bese. Bueno, es una manera de hablar.

Como el primer día, aparta los cables que me conectan a mis asistentes electrónicos. Su beso es apenas más largo que la vez anterior y lo sitúo más o menos en el centro de mi mejilla. Es el único que se atreve a mover todas esas cosas.

—Tienes las mejillas frías. Tal vez no debería haber abierto la ventana. Oye, pero... ¡si no tienes labios! —exclama incorporándose—. ¡Parecen papel de periódico arrugado! Por el amor de Dios, ¿es que no les pagan por eso a las enfermeras?

Se aleja y oigo el chasquido de las puertas de los armarios.

—¡Realmente, nunca dejan nada a mano! Mi hermano tiene los labios de una actriz americana tratada con botox ¿y a ti te olvidan? Esto no es normal. ¡A todo el mundo le gustaría besar tus labios!

Justo después de eso reina el silencio. Tengo la impresión de que acaban de dar un tizeretazo a una banda sonora, pero no, oigo algo de jaleo en el pasillo. Me pregunto por qué Thibault se ha interrumpido tan bruscamente. Tal vez haya encontrado el tarro de bálsamo labial.

—Te pondré el mío.

No, no lo ha encontrado. Y curiosamente su voz ha cambiado. No es tan dinámica, ni tan baja. Parece casi turbada.

—Muy bien. Así está mejor. Nunca he puesto bálsamo labial a nadie. Como tampoco he pintado los labios a ninguna de mis ex, de manera que supongamos que lo hago correctamente. Y aunque no estés de acuerdo, tampoco cambiará nada.

Cierra de nuevo el tubo con un breve «clac».

—Me voy. ¿Hasta la próxima? Mmm... De todos modos tampoco me contestarás. Solo puedo imaginarte diciéndome que me vaya a freír espárragos, también eso estaría bien, supongo. Así no tendría que contar a mi mejor amigo que he venido a verte otra vez ignoro por qué razón.

No añade nada más. Oigo un suspiro. Me lo tomo como un «hasta la vista». Imagino que sonrío. A ser posible, con sinceridad y sin tristeza. Sus pasos se alejan, el picaporte chirría, la puerta se cierra.

Estoy impaciente por que llegue la semana próxima.

Thibault

—¿Dónde estabas?

—Por ahí.

—Ah.

Mi madre baja la cabeza y se mira los zapatos. Debe de sabérselos de memoria, dado el tiempo que pasa examinándolos desde hace un mes.

—¿Qué has hecho? —prosigue.

—Dormir.

—¿Ah, sí?

—Pues sí.

No he mentido, pero sé que el breve interrogatorio se prolongará todavía un rato. Debo sopesar cada palabra para no tener que soltar la verdad completa.

—¿Has encontrado un lugar adecuado para hacerlo? —se sorprende.

—Sí, un sitio tranquilo.

Tampoco en eso he mentido. Incluso he añadido ese dato con la esperanza de que lo dejara ahí y, en efecto, así ha sido.

A mi madre le gusta hacer preguntas, pero se resigna con bastante facilidad. No sé si es resignación lo que siente en relación con mi hermano. De hecho, no sé en absoluto lo que siente, aparte de esa tristeza que rezuma en cada uno de sus gestos y sus miradas. Me siento indigno. Mi madre está hundida en la miseria a mi lado y yo me limito a dormir en su casa tres veces por semana. Tampoco ella hace nada por mí, pero de todos modos sería tremendamente egoísta pedirle que se ocupara de mí en un momento semejante. De manera que me lanzo.

—¿Cómo estás?

Mi pregunta la sorprende, hasta el punto de que se para en seco aunque solo falten cuatro metros para llegar al coche.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Ya era hora de que lo hiciera, ¿no? Bien, ¿cómo estás?

—Mal.

—Eso ya lo había adivinado. Me interesan los detalles, mamá.

Me mira como si quisiera descubrir la trampa en un anuncio publicitario. Como cuando tenía ocho años y buscaba la trampa oculta tras mi expresión angelical.

—Tu hermano es un dominguero asesino, pero sigue siendo mi hijo.

Acabo de recibir un jarro de agua fría. Su tono no puede ser más neutro. Durante todo este tiempo he creído que era débil y que no sabía qué hacer con sus emociones. Me he equivocado de medio a medio. Mi madre es la persona más fuerte que

conozco, lo único es que llora con demasiada facilidad.

—¿Cómo consigues conciliar ambas cosas? —le pregunto.

—Por el amor que le profeso, que es exactamente el mismo que siento por ti.

—¿Y es suficiente para perdonarlo?

—No me corresponde a mí perdonar nada de nada...

Me sé la continuación de memoria por haberla oído un montón de veces.

—Porque no te corresponde a ti juzgar —completo.

Asiente con la cabeza.

—Ni tú ni yo tenemos dictamen alguno que pronunciar. Tu hermano ya tiene bastante con juzgarse a sí mismo. Y aunque me pasé vuestra infancia diciéndoos que no os juzgarais, ahora debo reconocer que tal vez sea bueno que disponga de tanto tiempo para reflexionar. Estoy presente para él si me necesita. Solo lamento no haber sido lo bastante rigurosa a la hora de educaros para hacerle comprender que no debería haberse puesto al volante hace un mes.

—Conmigo funcionó.

—Con él no —dice con un suspiro.

—¡No te acuses!

—No me acuso. Lamento que dos adolescentes hayan perdido la vida. Tu hermano ya es adulto. Allá él con su conciencia.

Reanuda la marcha y se para justo al lado de la puerta del copiloto. Me acerco a mi vez y desbloqueo el coche. Su cabeza sobrepasa del techo.

—Entonces, ¿por qué lloras tan a menudo? —pregunto sin mirarla.

—Porque mi hijo no va bien.

—¡Es culpa suya! —salto.

—Cierto, pero no va bien, y mi papel de madre consiste en estar ahí para él.

—Entonces, ¿seguirás yendo a verlo hasta que se celebre el juicio, y continuarás incluso cuando esté en la cárcel?

Noto la cólera crecer en mi interior, mi tono se vuelve cada vez más agresivo.

—Sí —murmura.

Abre la puerta y se sienta dentro. Yo sigo fuera, con la mano en la manija. Inspiro hondo para calmarme y entro a mi vez en el coche.

—Lo entenderás cuando tengas hijos —me dice una vez que me he instalado.

—Por el momento no los tengo.

—Por el momento... —repite.

La conversación acaba ahí. Estoy de los nervios. No obstante, por primera vez hay algo positivo, mi madre no llora. Creo que nuestra conversación la ha trastornado. No se imagina hasta qué punto me ha trastornado a mí.

La dejo delante de su casa quince minutos más tarde y le digo que me quedaré en mi piso varias noches seguidas. Asiente sin mostrar la menor emoción. Tengo la impresión de haber devuelto un cuerpo vacío a su hogar. En definitiva, casi prefería cuando lloraba.

Llego a casa congelado. La calefacción de mi coche es caprichosa y hoy tocaba día de huelga. Me doy una ducha con agua muy caliente para quedarme a temperatura ambiente y salgo de ella con la piel como un tomate. En el espejo, mi cabello sigue teniendo un aspecto informe. Sé que no vale la pena tratar de domarlo.

Agarro la máquina de afeitar y la emprendo con mi corta barba de tres días. No tengo costumbre de hacerlo en sábado. Por lo general suele ser el lunes, antes de ir al trabajo. Pero hoy me siento de humor para ello.

Creo que sobre todo es porque me mantiene las manos ocupadas mientras mi mente se agita. De hecho, tan pronto como acabo de afeitarme, me pongo a hacer la limpieza del piso.

Pienso de nuevo en lo que me ha dicho mi madre. «Lo entenderás cuando tengas hijos.» Hoy por hoy, entre todas mis incertidumbres, sin duda es lo único de lo que estoy seguro. Quiero tener hijos. El nacimiento de Clara ha acabado de convencerme. Incluso ha convencido a todos mis amigos, que ansían desesperadamente que encuentre a mi alma gemela. Si al menos quisieran aceptar que aún no la estoy buscando...

La otra noche, cuando me quedé en casa de Julien, me dormí con Clara en brazos. Gaëlle nos sorprendió a los dos hacia las ocho de la mañana. Incluso nos hizo una foto antes de despertarnos. La llevo en el móvil. La guardo como algo precioso. Así podré mostrar a mi ahijada cómo su padrino la estrechaba contra su cuerpo cuando solo tenía unos meses.

Estoy pasando el aspirador, por eso tardo en oír que llaman a la puerta. Solo tras acallar el estruendo digno de un avión a reacción reparo en que alguien mantiene el dedo pegado al timbre. Me pongo una camiseta y, con las prisas, por poco me enredo los pies en el cable eléctrico del aspirador camino del recibidor.

—Hol... ¿Cindy?

Tengo delante a mi ex, con el corte recto de su cabello rubio tan impecable como siempre y la cintura de avispa aún más marcada de lo que recordaba. Me quedo pasmado, con la boca entreabierta y la mano inmóvil en el picaporte.

—Hola, Thibault —responde—. ¿Puedo pasar?

Tartamudeo como un idiota y acabo por apartarme al tiempo que le indico la sala con un ademán. Cindy pasa por delante de mí y me besa en la mejilla. Cierro la puerta, siempre sin decir ni pío. Cuando me doy la vuelta, se está quitando el abrigo y los zapatos de tacón. Reconozco las medias negras y la falda que lleva. La blusa es una novedad, pero debo admitir que le sienta divinamente.

Se da cuenta de que la miro y sonrío. Recupero el dominio de mí mismo y corro a ponerme unos pantalones.

—¿Qué haces? —pregunta.

—Vestirme —digo desde mi habitación.

—Ya ibas vestido —observa ella.

—No para recibir a alguien.

—Oh, solo soy yo. Ya nos hemos visto desnudos, de manera que con los *shorts* bastaba...

Sé que tiene razón, pero de todos modos prefiero ponerme los pantalones. Encuentro unos vaqueros tirados en el sillón y me los pongo a toda prisa. Cuando vuelvo a la sala, Cindy está sentada en el sofá y se frota los pies.

—¡Vaya tortura los malditos tacones! —se queja.

—Nunca he entendido por qué los usáis.

—Porque hacen la figura más esbelta. ¿No te parece?

—No sé...

—Pues bien que te gustaban cuando...

No termina la frase. No hace falta. Los dos conocemos el final. Mis modales de chico fino y atento me sacan de apuros propulsándome hacia la cocina.

—¿Te apetece tomar algo?

—Me tomaría un vino, si tienes.

—Tal vez quede alguno al fondo de un armario, pero no te garantizo nada.

—Ah, sí, es verdad. El señor Zumo-de-frutas —añade entre risas.

Rebusco en los armaritos y acabo por encontrar una botella. Es obvio que data de nuestra ruptura, cuando mi hermano quiso consolarme con una fiestecita improvisada. Vuelvo con dos copas llenas. Una de vino, la otra de zumo de pera.

—¿Qué tomas tú? —quiere saber.

—Lo de siempre.

—Ah.

Me pregunto si recuerda mis preferencias. Vivimos juntos durante mucho tiempo, pero siempre me pareció que permanecía «global». Por entonces no me importaba, pero, pensándolo bien, ahora me digo que adolecía de falta de sinceridad. Yo conocía hasta sus últimos recovecos, pero ella no se interesaba por los detalles salvo en caso necesario.

—Bueno, y... ¿qué te trae por aquí? —le pregunto tras haberle dado su copa.

—Vaya, directo al grano, ¿eh? —exclama antes de dar un sorbo.

—Reconocerás que es normal que me sorprenda, ¿no crees?

—Tienes razón. Solo quería saber de ti.

Mi mente se apresura a abrir el libro «Tú eres el protagonista». Si Cindy solo ha venido a saber de mí, véase página 15. Estoy en la página 15 y en ella aparece escrito: «¡Alerta!»

—Ah —me limito a contestar—. Pues como ves, nada ha cambiado.

O casi nada, añado para mis adentros, pero no me apetece hablarle de mis últimos días.

—¿Qué tal está Julien? —pregunta—. ¿Gaëlle ya ha dado a luz?

—Sí, a una niña, Clara. Es maravillosa.

—¿Gaëlle o Clara?

—Las dos.

Da otro sorbo de vino y deposita la copa. Mi móvil está encima de la mesa, justo al lado.

—Mira, si quieres verla... —digo cogiéndolo.

Pensaba pasarle el móvil, pero Cindy se levanta y viene a sentarse a mi lado. Voy pasando las fotos hasta llegar a la de Clara y yo dormidos. La contempla largo rato sin decir nada y finalmente me mira.

—Muy bonita. ¿Hace tiempo de eso?

—Apenas unos días.

—Ah, ¿dormiste en su casa?

Asiento con la cabeza. Me da la sensación de que también ella ha abierto un libro «Tú eres el protagonista». El mío se ha bloqueado en la página 80: «No pierdas los buenos modales.»

—¿Y tú qué tal? —digo a fin de evitar un silencio demasiado incómodo—. ¿Qué hay de nuevo?

—Oh, he cambiado de servicio, pero me gusta mucho.

—¿En qué sector estás?

—El Sudoeste.

—¡Eso está superlejos de aquí!

—Sí, pero todavía voy y vengo. Como este fin de semana. A ver a la familia y a los amigos.

—¿Y yo formo parte de tus amigos?

Ahí acabo de desviarme un poco en la misma página 80, centrándome momentáneamente en: «Hazle un poco la puñeta.» Sin embargo, no parece molesta por mi pregunta.

—¡Por supuesto! —exclama.

—Ah...

—¿Por qué, es que para ti no soy una amiga?

Huele a pregunta de diez mil euros. Página 77: «Sé sincero.»

—Resulta un tanto peliagudo decir que eres una amiga, habida cuenta de nuestro pasado en común y sobre todo de la manera en que pusimos fin a la relación.

—¿Aún me guardas rencor?

A decir verdad, no tengo ni idea, pero tampoco me apetece lanzarme a prolijas explicaciones.

—No, no hay problema.

—Entonces, ¿por qué no puedes considerarme una amiga?

Me mira de hito en hito con sus grandes ojos. Se ha maquillado con destreza a fin de ponerlos de relieve, y al mismo tiempo puedo oler su perfume. Si la memoria no me falla, sigue usando el mismo, reconozco la fragancia que me envolvió durante años. Me aparto un poco para tomar distancia. ¿En qué momento se me ha acercado tanto?

—¿Eh, Thibault? Dime, ¿por qué?

Su voz se ha transformado en un susurro. Percibo su respiración y, oculto debajo del perfume, el aroma de su piel. Los recuerdos se agitan en mi cabeza y ansío ahuyentarlos. Pero al mismo tiempo...

—No..., no lo sé. Porque es... ¿difícil?

Mi respuesta se me antoja ridícula, pero no se me ocurre otra.

Cindy me mira con insistencia y por un momento me viene el flash de todas las veces en que me miraba así. Veo el mismo recuerdo pasar por sus ojos y su libro «Tú eres el protagonista» le brinda una solución más rápida que a mí el mío. Instantes después sus labios se aprietan contra los míos. Respondo a su beso casi por puro reflejo.

Casi.

Una parte de mí se regodea en el contacto.

Otra tiene ganas de vomitar.

Noto que Cindy atrapa mi mano para llevársela a la cintura mientras deja correr la suya por mi espalda. Me atrae hacia ella. La tumbo bruscamente en el sofá.

—Interesante —murmura mirándome con deseo—. No sabía que te gustaba tanto dominar.

—Hay muchas cosas de mí que ignoras —respondo fríamente.

Ve en sus ojos que mi tono la sorprende. Me apresuro a proseguir antes de que mi deseo se imponga de nuevo.

—¿Qué haces aquí, Cindy?

Se queda paralizada. Salta a la vista que su libro «Tú eres el protagonista» no tiene respuesta para eso.

—No, déjalo —prosigo—, no hace falta que contestes. Me hago una pequeña idea y, a decir verdad, me la suda.

Me levanto. Cindy sigue tendida en el sofá. Su mirada ha cambiado. Me observa como si estuviera eligiendo entre un trapo y una bayeta. No se lo reprocho, probablemente mis ojos deben de expresar lo mismo.

—Vete.

Sigue sin decir ni pío pero obedece. La miro ponerse los zapatos, abrocharse los primeros botones de la blusa (¿cuándo se la ha desabrochado?). Le tiendo el abrigo y abro la puerta antes incluso de que se lo ponga.

—Has cambiado —me suelta al cruzar el umbral.

—Si hubieras aprendido a conocerme, no te habrías tomado la molestia de venir.

—Al menos lo habría intentado...

Cierro de un portazo sin replicar.

El «No pierdas los buenos modales» hace rato que lo he olvidado.

Su copa de vino medio vacía y mi zumo de pera, que ni siquiera he probado, siguen en la mesa. Agarro la copa, me dirijo a la cocina y la vacío, así como la botella entera. Lo tiro todo al contenedor de reciclaje, no me apetece volver a ver esa copa nunca más.

Cuando vuelvo a la sala, ni siquiera me atrevo a mirar hacia el sofá. Voy al dormitorio en busca de una manta y la echo por encima. Así está mejor. Agarro el mando a distancia y enciendo la tele. Doy sorbos al zumo de pera sin prestar realmente atención a los comentarios del presentador.

Ha sido humillante.

Por eso no estoy buscando a nadie.

Elsa

Estamos a lunes. Nadie vendrá a visitarme. Los días sin visita se me hacen terriblemente largos. Sobre todo desde que Thibault entró en mi simulacro de vida. Con un poco de suerte, tal vez venga a ver a su hermano, o más bien a traer a su madre para que vea a su hermano. Claro que durante la semana es probable que trabaje demasiado y no encuentre un momento libre.

Oigo a la auxiliar de clínica hacer su ronda. Esta vez no olvida nada. ¡Incluso se me antoja que se demora demasiado! Se diría que me está preparando para una ceremonia. Hasta parece aplicarse a fondo en mis labios. Como si se hubiera dado cuenta de que la última vez los olvidó.

Termina en silencio, como el resto del aseo, y luego sale de la habitación. Pocos minutos después la puerta se abre ruidosamente y un concierto de voces y pasos entra en mi cuarto. Me impresiona el tumulto. ¿Por qué tanta gente?

Entre el guirigay capto algunos términos médicos. Cuando hay demasiadas informaciones, ya no consigo entender lo que ocurre. Sin embargo, tengo el suficiente olfato (es un decir) para identificar al médico jefe y su grupo de internos. El médico debe de ser el que acaba de dar unas palmadas, porque el ruido cesa de inmediato y el silencio se restablece progresivamente.

A juzgar por las respiraciones, debo de tener al menos a cinco internos o becarios a mi alrededor. ¡Me he convertido en un maldito caso de manual! El médico jefe está al pie de mi cama. Agarra el bloc donde aparecen anotados mis «estados de servicio», como me gusta llamarlos. Hace tiempo que nadie ha escrito nada en él.

—Este es el caso 52 —empieza el médico—. Traumatismos múltiples, uno de ellos craneal. Coma severo desde hace casi cinco meses. Os dejo leer los detalles.

Genial, me he convertido en un número, además de un caso especial...

Al parecer, el bloc va pasando de mano en mano sin permanecer en ninguna más de unos segundos. Debe de regir una norma entre los médicos, la de no mantener demasiado rato una hoja ante la vista. Tal vez les moleste releer todas esas cosas, o bien prefieren verlo por sí mismos. O quizá los formen para captar el fondo de un problema en cinco segundos. Si es así, convendría que revisaran el contenido de su formación. Me gustaría mucho que alguien se inclinase sobre el caso 52 durante más de cinco segundos, con el fin de que descubriera que soy capaz de oír.

—He aquí una copia de la imaginología obtenida de su cerebro. Se trata de los clichés más elocuentes, por supuesto. He incluido los que le hicimos a su llegada, en julio, y los de hace dos meses. Aguardo sus comentarios.

En esta ocasión emplean algo más de cinco segundos. Los oigo cuchichear pero

paso por alto los detalles, demasiado técnicos para mí. Percibo el estrés del equipo médico. Da la impresión de que están en plena evaluación.

—¿Y bien? —les pregunta el instructor—. ¿Qué pueden decirme?

Uno de los internos de mi derecha toma la palabra.

—¿Que su imaginología ha mejorado entre julio y noviembre?

—Efectivamente, pero me habría gustado que me dieran más detalles. Siempre deben justificar qué los lleva a pensar eso. Espero los argumentos por escrito mañana en mi despacho. Eso los hará currar un poco esta noche.

Oigo los murmullos de protesta, pero los internos no tardan en calmarse.

—¿Qué más? —prosigue el médico.

—¿Señor? —lo llama otro interno.

—¿Sí, Fabrice?

—¿Podemos hablar sinceramente?

—Aquí siempre hablamos sinceramente. Aunque no siempre sea la verdad.

—¿Podemos evitar también los rodeos? —pregunta el interno llamado Fabrice.

—Entre nosotros sí —responde el instructor—. En presencia de los allegados no es factible. Siempre hay que adaptar el discurso a las personas que tenemos delante. Ahora, hable, lo escuchamos.

—Esto... ¿Está jodida?

Oigo unas risitas, que cesan rápidamente.

—Está claro que ha hablado sin rodeos, Fabrice —observa el médico—. Pero, efectivamente, está en lo cierto. Según todos los datos que tienen ante su vista, los comentarios de los diversos médicos que han pasado por aquí y la ausencia notable de progresos en el curso de los tres últimos meses, esta paciente roza el dos por ciento de probabilidades de remisión.

—¿Solo el dos por ciento? —pregunta el primer interno.

—En el caso hipotético de que despertase, ignoramos en qué grado el traumatismo habrá afectado a sus capacidades. En función de las zonas dañadas, cabe pensar en el lenguaje, en la motricidad de la mitad derecha, en una pronunciada insuficiencia nerviosa de las superficies de prehensión, en la incapacidad respiratoria, que ya hemos constatado, en...

Me obligo a pensar en otra cosa. Trato desesperadamente de alejarme de lo que el médico está diciendo. No quiero oírlo pronunciar una palabra más. Y eso que oír es lo único que todavía soy capaz de hacer, pero por una vez me gustaría no poder hacerlo.

Me aferro a pensamientos fugaces. El único que me viene a la mente y con el cual consigo estabilizarme es Thibault. No sé casi nada de él, de manera que me resulta imposible imaginar montones de cosas. Me permito divagar un momento, pero la voz del médico acaba por devolverme a la situación presente.

—... así que un dos por ciento.

—Eso es casi cero, ¿no? —pregunta un interno al que no había oído hasta ahora.

—En efecto, así es. Sin embargo, en nuestra calidad de científicos, no nos

basamos en el «casi».

—Entonces, eso significa que... —empieza el interno.

—Es cero —termina el médico.

Un carrito se vuelca con estrépito en el pasillo, como para enfatizar la sanción de mi estado. Los internos están garabateando notas. El médico debe de sentirse satisfecho de sí mismo. Su estudio de un caso, el 52, ha concluido. Puede pasar a otra cosa. No obstante, según parece aún no ha terminado.

—¿Cuál es la próxima etapa? —pregunta.

—¿Poner a la familia al corriente? —propone el primer interno en intervenir.

—Exacto. Ya inicié una aproximación hace algunos días con objeto de que se lo fueran pensando.

—¿Y qué dijeron? Si no es indiscreción...

—Que lo pensarían. La madre parecía resignada, el padre en contra. Con frecuencia se encontrarán ante ese tipo de situaciones. Es muy raro que todos los allegados se muestren de acuerdo. Se trata casi de un efecto natural de contradicción. Uno no habla a la ligera de poner fin a la ayuda electrónica de un paciente sumido en el coma.

No me gusta la manera en que ese matasanos habla de mis padres, pero debo reconocer que tiene razón.

—Pues a mí me parece que es precisamente lo que acabamos de hacer —dice de pronto el primer interno.

Aguzo el oído, todavía más que antes. La observación ha debido de sorprender incluso al médico jefe, porque tarda en contestar.

—¿Puede explicarse, Loris? —dice con voz supuestamente neutra, pero que a duras penas oculta cierto matiz de rigidez.

—Los términos que hemos utilizado, las aproximaciones a que hemos procedido... Dice usted que no se debe hablar a la ligera de poner fin a la asistencia electrónica de un paciente sumido en el coma, y sin embargo, creo haber oído a Fabrice decir que está «jodida», y tengo la certeza de haber percibido el paso del dos por ciento al cero por ciento. Si eso no es hablar a la ligera, me parece que no hablamos el mismo idioma.

Si hubiera podido moverme, habría abrazado a ese interno. No obstante, creo que primero habría tenido que defenderlo, porque, visto el tono del médico jefe, creo que Loris tiene guardias nocturnas para rato.

—¿Pone usted en entredicho el diagnóstico de sus compañeros de estudios y futuros colegas?

—No pongo nada en entredicho, señor —se defiende el interno—. Solo se me hace raro mostrarse tan crudo con una paciente que, según las últimas noticias, sigue respirando en nuestra presencia.

—Loris —añade el médico, al parecer haciendo acopio de paciencia—, si no puede soportar el hecho de verse obligado a desconectar a alguien, no tiene nada que

hacer en este servicio.

—No se trata de soportar o no soportar, señor, sino de tener en cuenta los hechos. Habla usted de un dos por ciento. Eso para mí es un dos por ciento. No un cero. Mientras no lleguemos a cero, opino que aún tenemos esperanza.

—No está usted aquí para esperar nada, Loris.

—Entonces, ¿para qué estoy aquí? —replica el interno, voluntariamente insolente.

—Para concluir que este caso está decidido. Resuelto. Acabado. Es imposible restablecer la cadena vital de esta paciente. Como ha dicho su colega, está jodida. Y tanto da si el término es de su agrado o no.

Esta vez, me temo que es todo el internado lo que al joven Loris le tocará chuparse de noche.

Reina el silencio en la habitación. Imagino a Loris sosteniendo durante un rato la mirada de su instructor y finalmente bajando la vista. Imagino a todos los demás fingiendo redactar un informe rápido. Al menos, la sesión ha terminado. Ser testigo de una situación semejante resulta agotador, en especial cuando te concierne. No obstante, se diría que me he equivocado otra vez.

—Mire, Loris, puesto que parece tan apegado a esta paciente, usted mismo anotará las conclusiones de nuestra visita.

Oigo a mis estados de servicio desplazarse a mi derecha. Varios rasgueos de lápiz más tarde, el bloc vuelve a manos del médico.

—Mmm... Bien resumido, Loris. Si no fuera usted tan terco, sin duda lo elegiría una vez que hubiera acabado el internado. No obstante, ha olvidado un detalle.

—¿Cuál?

El joven interno no parece muy locuaz, y puedo entenderlo. Este matasanos empieza a quemarme la sangre a base de bien.

—En la primera página —prosigue el médico—. Podemos añadir esto.

—¿Y qué significa? —pregunta otro interno.

—¿Loris? —lo llama el instructor—. ¿Puede responder a su colega?

Me represento perfectamente los puños apretados y la mandíbula crispada del interno que no ha hecho sino salir en mi defensa desde que entró en la habitación. En cambio, ignoro por completo lo que han añadido en la primera página de mi historial.

—Significa que declaramos oficiosamente nuestra intención de desconectarla y que solo nos resta esperar la conformidad de la familia para fijar una fecha.

Thibault

Hoy me siento bien. Aunque me haya levantado más temprano de lo habitual.

He ayudado a un colega en uno de los proyectos eólicos. Me ha correspondido con una botella de zumo de pera. Un espléndido regalo que me he apresurado a acabarme, pero lo cierto es que ya tenía un buen presentimiento desde que he saltado de la cama.

Cuando comprendo por qué, en algún momento de la mañana, casi me entran ganas de reír.

Estamos a lunes, y se supone que debo llevar a mi madre al hospital esta tarde. Es la primera vez que pienso en el desplazamiento con una sonrisa.

—Thibault, ¿qué significa esa expresión embobada?

Salgo bruscamente de mis reflexiones para descubrir al colega al que he ayudado esta mañana. Me mira de soslayo, cual si tratara de leer algo en mi mentón. Huelo a kilómetros la pregunta que se aproxima, pero al mismo tiempo siento gran curiosidad por las respuestas que yo pueda aportar.

—Esto... ¿De qué estás hablando? —digo estúpidamente.

—De esa sonrisa —responde señalando mi boca.

—¡También tú estás sonriendo! —salto.

—Porque te estoy tomando el pelo —replica entre risas—. Anda, dime, ¿por qué ese aspecto de felicidad?

—Déjame en paz.

—Traducción: se trata de una chica.

—¡Que me dejes en paz he dicho!

—Traducción: ¡ya lo creo que se trata de una chica! ¡Eh, escuchad todos! Thibault ha...

Agarro a mi colega por el hombro y le tapo la boca con la otra mano. Sin duda mi burda imitación de un gánster al que acaban de desenmascarar es verdaderamente lamentable, y mi colega prorrumpe en carcajadas a través de mis dedos. Con todo, comprende que no deseo que vaya más allá y guarda silencio.

—Es bastante más complicado que eso —digo quitando la mano, que tampoco servía para nada.

—Vale —responde el colega sin perder la sonrisa—. ¡Ya nos lo contarás cuando sepas algo más!

Se aleja de mí guiñándome el ojo. Vuelvo a sumirme en mis pensamientos.

En efecto, es bastante más complicado que eso. Me siento feliz ante la idea de ir a ver a una chica que está en coma.

Paso la jornada entre trabajo y reflexiones diversas, que siempre me devuelven a Elsa. De vez en cuando pienso en mi hermano. Cuando se hacen las cinco, solo pienso en darme prisa.

Paso a recoger a mi madre en su casa. Me da la sensación de que va mejor. Aparco en el parking del hospital y nos apeamos del coche. Es de creer que sigo teniendo la misma sonrisa bobalicona.

—¿Qué te pasa, Thibault? Hoy pareces muy alegre.

—Nada especial.

Al contrario que mi colega, ella se contenta de inmediato con mi respuesta. Accedo a coger el ascensor en lugar de la escalera. Nos adentramos en el pasillo del quinto piso.

—¿Sigues sin querer venir? —intenta.

—No.

—¿Qué harás entre tanto?

—Dormir, seguramente. Hablar, tal vez.

—¿Hablar con quién? —se sorprende.

—Con las paredes —respondo con un suspiro.

Nos hemos parado ante la puerta 55. Miro a mi madre escurrirse en la habitación. Percibo brevemente la cama de mi hermano. Está cubierta de un montón de cosas: papeles de envolver, revistas, mandos a distancia... A juzgar por el ruido que se filtra, la tele está puesta. Vacilo medio segundo, y luego dejo que se cierre la puerta.

No. Todavía no estoy preparado.

Doy media vuelta y me dirijo a la 52. Entreabro la puerta para asomar tan solo la cabeza. Perfecto, no hay nadie. Cierro con suavidad a mi espalda, cual si temiera despertar a la ocupante del lugar. Es divertido, no consigo decidir qué comportamiento adoptar con ella.

Apenas dar tres pasos tomo conciencia de que algo ha cambiado. Noto una diferencia, y esa diferencia no me resulta nada tranquilizadora. Una parte de la habitación está mucho más limpia y sin embargo, en la entrada, hay un montón de huellas de pasos en el suelo. El jazmín queda enmascarado por varios olores distintos, y al acercarme a la cama observo que hay trocitos de goma de borrar por el suelo.

Ha venido gente hoy. Es extraño. Tal vez la familia de Elsa, pero me sorprendería bastante. Quizá sus amigos, eso sería más probable. Y explicaría las numerosas huellas del suelo. Aunque tampoco veo por qué tendrían que haber dibujado. No obstante, me apresuro a aparcar el asunto para concentrarme en Elsa. O más bien en «Elsa y yo».

Desde esta mañana me siento casi eufórico ante la idea de volver a esta habitación de hospital.

Cosa que no es nada normal.

Me lo repito una y otra vez. No es normal. No es normal. No tiene nada de normal sentirse excitado por la visita a una paciente que no se mueve, no siente, no

piensa y no habla, y más cuando uno no la conoce.

Por enésima vez desde mi primer error de orientación en este hospital, me pregunto qué hago aquí. Por enésima vez, sigo sin dar con una respuesta. No importa, al parecer, en ocasiones uno tiene derecho a no saber. Es lo que suele decirme mi jefe, aunque siempre añade: «Mientras no se prolongue más de un día» justo después. En este caso he superado ampliamente el estadio de las veinticuatro horas. Tal vez debería fijarme un límite.

A falta de avanzar en mis reflexiones, avanzo con las piernas hasta la silla apartada a un rincón. Se diría que en este cuarto todos se han quedado de pie. Hago caso omiso del bloc colgado a los pies de la cama. Según pude colegir en mi primera visita, los médicos no se muestran locuaces en esos trozos de papel. Y a juzgar por lo que tengo a la vista, no hay ni más ni menos cables, tubos y demás aparatos que conecten a Elsa a su vida terrenal.

Es como si nada hubiera cambiado desde la última vez.

Tal vez por eso me obstino en venir aquí.

De pronto, se me antoja evidente, hasta tal punto que exhalo un suspiro. ¡Por supuesto, por eso es por lo que vengo aquí! En esta habitación nada cambia. Elsa sigue ahí, impasible, inmóvil. Continúa respirando al mismo ritmo. Las cosas siguen depositadas en el mismo lugar, en fin, lo poco que hay. Solo la silla principal se desplaza varios centímetros o varios metros; de no ser por eso, se diría una burbuja donde el tiempo se ha detenido.

Una burbuja a la que tengo un acceso temporal.

¿Hasta cuándo me quedaré en esta burbuja? ¿Hasta cuándo permanecerá Elsa en esta burbuja?

Tomo asiento rezongando. ¡Genial, acabo de dar con la respuesta a una pregunta y voy y añado otras dos! Así pues, mi límite sigue vigente.

Reflexiono un momento. Estamos a lunes. Tal vez dentro de una semana. Si fijo el lunes próximo como fecha tope para tomar una decisión sobre lo que quiero hacer con mis visitas, eso estaría bien. Al mismo tiempo, tampoco es que tenga treinta y seis posibilidades. O bien sigo viniendo, o bien lo dejo correr. En cuanto a Elsa, o bien sigue dormida, o bien se despierta. No tendré la menor posibilidad de dar con una respuesta en lo tocante a Elsa, pero sí en lo que a mí respecta. En el ínterin, hoy me concedo una prórroga. Dejo de hacerme preguntas.

Ya me he quitado los zapatos y la cazadora. Mi cazadora de invierno parece un mono de astronauta. Guardo en ella los guantes, la bufanda, los papeles, las llaves del coche, las de casa y las de casa de mi madre. Se diría que arrastro el piso entero conmigo. ¡Y eso que son pocas cosas! Aunque tampoco puede decirse que haya muchas en mi piso.

No quise guardar nada de lo que compartía con Cindy, de manera que me desprendí de no pocos objetos tanto útiles como inútiles. Mi madre suele decir que debería personalizar un poco mi vivienda, pero también dice montones de cosas que

ignoro deliberadamente, y esa es una de ellas.

Me instalo cómodamente en la silla, o al menos lo intento. Refunfuño de nuevo al darme cuenta de que he olvidado traer un cojín o cualquier otra cosa para hacer más mullido el asiento de plástico duro. Echo una ojeada a mi cazadora. No hay la menor posibilidad de que baste para acolchar la silla. Miro a mi alrededor cual si confiase en encontrar de inmediato una solución. No hay nada de nada. Me dirijo al pequeño baño contiguo, perfectamente inútil, cosa que confirmo, dado que no hay ni una toalla ni un albornoz que puedan hacer las veces de cojín. Vuelvo a la habitación, donde, ahora sí, percibo mi única posibilidad. Dudo si recurrir a ella, y solo entonces me doy cuenta de que he sido tremendamente maleducado desde que entré.

—¡Mierda! Esto..., perdóname, Elsa. Buenos días. Se me ha ido por completo el santo al cielo al entrar. Estaba pensando. Pues sí, a veces lo hago... Tengo demasiadas cosas en la cabeza para poder hacerte un resumen, así que tendrás que contentarte con eso. Además, francamente, tampoco es que vayas a ayudarme a dar con las respuestas.

Miro por última vez en derredor. Realmente no me gusta en absoluto la solución que he encontrado, pero siempre es mejor que nada, ¿y quién se va a enterar? La única a la que podría molestarle ni se dará cuenta.

Me acerco a la cama e introduzco las manos por entre los cables. Cuando mis dedos hacen pinza en la almohada, los músculos se me crisan por sí solos. No puedo. En primer lugar porque un cuerpo inanimado pesa lo suyo, y aunque Elsa no debe de superar los cincuenta kilos, sigue siendo un peso considerable. En segundo lugar, porque a decir verdad no me veo privándola de su comodidad pese a que no se daría cuenta de nada. Tendría la impresión de aprovecharme de alguien. Y no es mi estilo en absoluto.

Me quedo quieto unos segundos, luego retiro las manos y devuelvo cuidadosamente a su sitio los cables, tubos y demás. Elsa no se ha movido un ápice; al mismo tiempo, no veo cómo habría podido hacerlo.

—¿Recuerdas cuando te dije que la silla no era cómoda? —le comento volviendo hacia el mueble en cuestión—. Pues bien, ¡la cosa no ha cambiado! He estado a punto de cogerte una almohada, pero al parecer estás bien acomodada en ellas, y además..., no sería muy galante por mi parte. Apechugaré con la silla, más tiesa que un tocón de madera, y tú seguirás tan a gusto entre tus sábanas.

Al cabo de diez minutos estoy más convencido que nunca de que esta silla es un instrumento de tortura concebido para mantener a raya a las visitas. A los médicos y a las enfermeras no les gusta que haya demasiada gente en una habitación. Con este tipo de mobiliario, se aseguran de que no se queden mucho rato. Me remuevo sobre el asiento de plástico considerando seriamente la idea de marcharme. Me bastaría con quedarme dentro del coche mientras espero a mi madre.

Sin embargo, no me apetece irme.

Mi libro «Tú eres el protagonista» describe un breve giro en mi cabeza y me

remite de inmediato a la página 13: «Solo te queda una última solución.»

Sí, sé en qué consiste esa solución, pero cabe decir que no es la mejor. Incluso resulta francamente fuera de lugar, y si alguien entra en la habitación, esta vez no saldré del paso con un simple «soy un amigo».

Suspiro por enésima vez desde que llegué y me levanto. Tengo la sensación de ser un chiquillo que se dispone a confesar a sus padres que ha hecho una travesura. Solo que en este caso avisaré antes de cometerla.

—Verás, Elsa, esta silla es sencillamente imposible para mí. De manera que o bien me marchó..., o bien me haces un poco de sitio.

Ya he empezado a rodear la cama para instalarme en el lado de la ventana. Me da la impresión de que hay más espacio, pero solo es una impresión, porque Elsa está perfectamente en el centro, a lo sumo desplazada un centímetro para que el colchón se adapte bien a su cuerpo. Me dirijo sobre todo a ese lado con el fin de disponer de una especie de protección si alguien entra en el cuarto. Con un poco de suerte, no me verán tumbado de sopetón. Con mucha suerte, no vendrá nadie. Y con una suerte tremenda, la gente se apiadará de mí al verme refugiado detrás de una paciente sumida en el coma.

De nuevo deslizo las manos por debajo de Elsa cuidando de agarrar la sábana al pasar. No logro decidirme a rozar directamente el camisón que cubre su frágil cuerpo. Intento levantarla con objeto de desplazarla un poquitín, sin mover los cables ni ninguna otra cosa. En vano.

Enésimo primer suspiro desde mi llegada. Agarro el bloc colgado a los pies de la cama. Pesaba cincuenta y cuatro kilos al ingresar en el hospital. En su estado, fácilmente ha debido de perder seis, si no más. Por Dios, ni siquiera soy capaz de levantar cuarenta y ocho kilos. Tendré que practicar deporte.

Abandono la idea de mover a Elsa y me contento con desplazar todos los cables hacia el otro lado. Me tiendo en silencio junto a ella, tieso como un palo en los treinta centímetros de colchón de que dispongo, y me relajo de golpe. Hasta retengo un gritito de placer.

El colchón me resulta extraño. No es en absoluto igual que el mío, eso seguro, pero tampoco se trata de un modelo que conozca. En mi cabeza, los engranajes no tardan en ponerse en marcha. Elsa lleva tendida o medio sentada en esa cosa varias semanas, sin duda existe un material adaptado a ese tipo de situaciones.

Tranquilizado, vuelvo a tumbarme, de espaldas a Elsa. Pese a su falta de actividad, su cuerpo cálido me hace el efecto de una manta.

Realmente cómodos estos colchones...

Me duermo en menos de diez segundos.

9

Elsa

Aunque pudiera moverme, creo que no lo haría. Me quedaría quieta sobre todo por no molestarlo, y en silencio a fin de no despertarlo. Tal vez me permitiera volverme un pelín para verlo dormir, pero eso sería todo.

He seguido todos los tejemanejes de Thibault con creciente atención. Jamás habría esperado que se acostara a mi lado. Puede parecer morboso que alguien intente dormir en la misma cama que una persona en coma pero, una vez más, mi visitante me sorprende. Y pensar que mi madre apenas se atreve a tocarme, y solo de vez en cuando... Thibault se ha pegado resueltamente contra mí. Bueno, eso creo. Tampoco es que mi cama sea de una anchura desmesurada. Forzosamente tiene que haber partes de ambos en contacto.

En contacto... Podría volverme loca de placer como una chiquilla ante un helado de chocolate. Casi veintiuna semanas que no experimento la menor sensación táctil. Sobre todo teniendo en cuenta que la última fue la de la nieve comprimiendo mi cuerpo. Nada extraordinario como recuerdo. Por eso, gustosa daría toda mi panoplia de mosquetones por sentir siquiera una parte minúscula de Thibault contra mí. Hay un montón de ropa y sábanas entre nosotros, pero daría igual, su calor pasaría al través y con eso sería suficiente.

A decir verdad, me daría igual experimentar el contacto con quien fuese. La auxiliar de clínica me asea todos los días, mi hermana posa con regularidad la mano sobre mí, al menos eso creo, y cuando Steve, Alex y Rebecca se dejan caer por aquí, tengo derecho a un beso en la frente. Sin embargo, Thibault es otra cosa. Constituye mi pequeña relación privilegiada. Mi bocanada de aire fresco. Una bocanada de aire de la que sigo sin conocer el menor detalle físico.

Por mero reflejo, ordeno a mi cerebro que haga pivotar mi cabeza y me levante los párpados. Caigo en la cuenta de la estupidez que implica esa acción al pensar en la etapa siguiente: «Decir a mis neuronas que devuelvan la actividad a mis ojos.» No sirve de nada. Ya lo han dicho esta mañana.

De inmediato empiezo a deprimirme al tiempo que comienzo a odiar a esos médicos, futuros médicos, becarios e internos, incluido el que más o menos salió en mi defensa. No se salva ni uno, sin excepción. En mi delirio colérico, los imagino con rostros horribles y carácter irascible. Llego incluso al extremo de fantasear con que sin duda algún día, en el ejercicio de su profesión, alguno hará un mal diagnóstico, mas no tarde en recuperar la cordura.

No. Un mal diagnóstico significaría que una persona no ha sido curada. No puedo desear eso a nadie. Sobre todo porque esa persona podría ser yo.

Podría ser yo...

¡Podría ser yo!

De no estar comatosa, me habría levantado de un brinco gritando algo como: «¡Eureka!», pero me contento con felicitar me para mis adentros.

Ese mal diagnóstico podría ser yo, con su historia del dos por ciento de la que no he entendido nada.

Me sube la moral de golpe. Tengo la impresión de ser uno de esos juegos de balancín de los parques infantiles.

Podría ser yo. Podría despertar, demostrarles que están equivocados. Después de todo, nadie imagina que pueda oír y sin embargo eso es lo que ocurre. Si pudiera abrir los ojos o mostrar una señal de actividad cualquiera...

La única pregunta sigue siendo: ¿cómo conseguirlo? Por el momento me limito a oír y esperar. Ahora bien, ¿he intentado realmente hacer otra cosa?

Hace cinco minutos he eludido literalmente la tentativa de volver la cabeza. No he hecho el menor esfuerzo, no veía por qué habría de hacerlo. Todos se muestran tan categóricos... De todos modos, nadie ha experimentado el coma en mi lugar, así que sus teorías... De pronto me permito dudar de ellas.

Algo en lo más profundo de mí me lleva a admitir asimismo que ese médico jefe me ha encolerizado. Solo por fastidiarlo, querría poder despertar. Con todo, hoy, en este preciso momento, siento que es por otra cosa por lo que querría despertar. Y hasta ahora nunca he hecho el esfuerzo de intentarlo. Ni siquiera me había pasado por la cabeza. Y eso que no tengo otra cosa que hacer. Solo pensar.

Ciertamente, por lo general hacer un esfuerzo implica poseer el control de los propios músculos, por no hablar de la totalidad del cerebro. No controlo ni lo uno ni lo otro, a excepción del área auditiva. Ahora bien, si esa zona ha accedido a funcionar de nuevo, ¿por qué no habrían de hacerlo las demás? Subsiste la pregunta «misterio», como suele decir Steve: ¿cómo narices pienso intentarlo?

La respuesta no tarda en llegar. Como si hubiera esperado a este instante preciso para surgir. No me resta sino pensar, puesto que en estos momentos solo dispongo de esa aptitud. Pensar que estoy volviendo la cabeza. Pensar que estoy alzando los párpados y poniendo de nuevo la retina en funcionamiento. Creer a pies juntillas que soy capaz de lograrlo.

Me aplico de inmediato a la tarea.

El hecho de tener un objetivo oculto ayuda sobremanera. Bueno, ya no es tan oculto. Me muero de ganas de ver a Thibault. Si consigo volver la cabeza, cosa que por sí sola ya sería una proeza, y luego abrir los ojos y ver, lo que a todas luces podría calificarse de puro milagro, tal vez pueda descubrir finalmente qué aspecto tiene mi visitante favorito.

De haber podido, me habría ruborizado ante mis pensamientos, pero lo cierto es que no puede decirse que mis padres constituyan una buena compañía durante sus visitas. Y en cuanto a Steve, Alex y Rebecca, no vienen muy a menudo. Así que

dispongo de pocas opciones a las que poner una medalla.

Me paso la totalidad de la siesta de Thibault ordenándome volver la cabeza y abrir los ojos. Alterno ambas conminaciones porque debo reconocer que la operación resulta francamente fatigosa, pero tengo la respiración de mi coinquilino temporal de cama para motivarme. Con cada una de sus inspiraciones, imagino que vuelvo la cabeza, y con cada una de sus espiraciones, imagino que abro los ojos. La forma en que me represento a Thibault varía ligeramente de una vez a otra. Hay pese a todo algunos puntos que, me doy cuenta de ello, no cambian. Por ejemplo, estoy convencida de que es moreno, aunque no tengo la menor idea de por qué.

Sigo con mis esfuerzos mentales hasta que oigo movimiento a mi derecha. Comprendo que no es que Thibault se remueva en su sueño, sino que está despertando del todo. Debe de hacer una hora larga que se adormeció y que yo intento en vano volver la cabeza. Si bien tengo la certeza de que efectivamente ha dormido, no puedo decir otro tanto de mi nueva actividad. Ignoro por completo si se ha producido algún resultado, lo único que sé es que no percibo ningún cambio en absoluto.

El suspiro gruñón de Thibault me saca de mis reflexiones. A juzgar por los ruidos, primero se sienta, luego se levanta y se queda quieto. Empiezo a preguntarme por qué permanece así, cuando de pronto su respiración regular a metro y medio de mí se interrumpe bruscamente.

—¡Mierda! ¡Tus cables!

En condiciones normales, su exclamación me habría hecho sobresaltar. Tengo curiosidad por saber cuál es el problema con mis cables.

—¡Jolín! ¡He debido de empujarte o qué sé yo durante el sueño y he tirado de todos esos chismes! ¡Suerte que ni uno solo se ha desconectado!

Oírlo refunfuñar casi me divierte, pero no recuerdo en qué momento ha podido moverse lo bastante para provocar lo que acaba de decir. Lo oigo arreglar un poco mi cableado. Con frecuencia me he preguntado qué aspecto debo de tener con todos esos «chismes», como él los llama. La primera vez me dije que debía de parecer un insecto atrapado en una telaraña. Después preferí pensar que era un mosquetón engarzado en un aparejo, el sistema de sujeción que se utiliza para evacuar a la gente de las grietas. De ese modo me encuentro un poco más en mi elemento y ciertamente resulta más elegante. Y sobre todo, implica una noción de salvamento. Mientras que en el otro caso...

Noto más movimiento a mi alrededor cuando la puerta de la habitación se abre. Thibault debe de haberse quedado congelado como un cubito de hielo, porque ya no percibo el menor ruido procedente de él. El nuevo intruso entra. Thibault sigue sin decir nada.

—Hola. ¿Es usted de la familia?

Reconozco la voz del interno que me ha defendido esta mañana. Ahora que sé de quién se trata, me pregunto qué hace allí, pero la respuesta de Thibault me interesa más.

—No, soy solo un amigo. ¿Y usted? Bueno, quiero decir... ¿Es usted su médico?

Traduzco el breve silencio como una negación con la cabeza.

—Solo el interno del servicio, me paso para hacer una ronda de comprobación.

—Ah.

Yo habría dado la misma respuesta que Thibault. En casi siete semanas, ningún interno ha venido a hacer ronda alguna. Creo que es sobre todo lo ocurrido esta mañana lo que ha sacudido a este.

—¿Tiene alguna pregunta? —ofrece.

—Esto... No, nada especial.

Oigo a Thibault rodear la cama. Sin duda se dispone a recoger sus cosas para largarse lo antes posible. Cuando Steve, Alex y Rebecca lo sorprendieron, los tres acabaron consiguiendo que se sintiera cómodo, pero hoy tengo pocas esperanzas de que el interno haga otro tanto. Sobre todo porque mantiene un mutismo absoluto.

A falta de poder verla, trato de representarme la situación. De repente me doy cuenta de que Thibault sigue en calcetines y que en el lado derecho las sábanas deben de estar completamente arrugadas. Me gustaría echarme a reír y al mismo tiempo experimentar el canguelo de que descubran su huella en el colchón. El mero hecho de sentir el chute de adrenalina de lo prohibido, o en todo caso de lo insólito en que nadie ha pensado jamás, sería algo exquisito.

Sin embargo, al parecer al interno le traen por completo sin cuidado los detalles, pues su silencio sigue siendo absoluto. Thibault, por su parte, se pone las prendas de abrigo y los zapatos con bastante torpeza. Debe de estresarlo que alguien lo esté mirando.

Finalmente lo oigo acercarse a mi cama e inclinarse sobre mí. Estoy sorprendida. ¿Se atreverá pese a todo a besarme en la mejilla en presencia del interno? No obstante, su movimiento se interrumpe al mismo tiempo que empieza a hablar.

—Sí, tengo una pregunta.

O bien el interno se halla en plena reflexión, o bien indica con una seña a Thibault que prosiga. En uno u otro caso, sigue sin decir nada.

—¿Para qué sirven todos esos cables?

La pregunta no deja de tener su interés, y me dispongo a escuchar con atención la respuesta del interno, que por fin acepta volver a abrir la boca. Se guarda los términos técnicos para sí y se limita a describir lo esencial de la función de cada gotero, tubo de aire o sensor de pulso, de manera que paso. Thibault incluso solicita algunas breves informaciones suplementarias. Su interés me sorprende.

La clase improvisada de medicina concluye, y confío en que el interno se apresure a abandonar la habitación. Tengo miedo (bueno, pienso en ese miedo a falta de poder sentirlo en mis entrañas) de que Thibault no se atreva a despedirse a su

manera. Sin embargo, una vez más su actitud supera mis expectativas.

—Hasta la vista, Elsa —murmura posando los labios en mi mejilla.

Esta vez no necesito forzar mi cerebro a tratar de percibir el contacto. Todo mi ser está concentrado en él. Lamentablemente, no siento nada, de manera que me fabrico la sensación de principio a fin. Unos labios cálidos y suaves, un beso delicado.

—¿Era usted su compañero? —pregunta el interno.

—¿Por qué dice «era»? —replica Thibault incorporándose.

—Lo siento, es porque... Ya hace bastante tiempo. Tal vez haya pasado página desde entonces. En fin, perdóneme. Es algo que no me incumbe.

El interno casi ha tartamudeado su respuesta. Por suerte, Thibault dista de haber comprendido. Yo sé muy bien por qué ha dicho «era». Su médico jefe prácticamente ha firmado mi sentencia de muerte esta mañana.

Observo que Thibault no responde al interno, ya sea a sus disculpas o a su primera pregunta. Se limita a despedirse antes de cruzar el umbral. Mi visitante favorito abandona la habitación en ese estado de ánimo especial.

Transcurre cierto tiempo antes de que me autorice a prestar de nuevo atención al intruso. Aparentemente, el interno sigue sin haberse movido. Incluso empiezo a preguntarme si no habré pasado por alto su salida cuando lo he oído desplazarse hacia las ventanas de mi derecha.

Ignoro qué es lo que trama. Durante unos momentos percibo algo de trájín, pero finalmente comprendo que está al teléfono.

—Sí, soy yo... No... Un mal día, sí... El jefe... ¿Deprimido? Casi...

Habría podido responder «mucho», dada su voz titubeante. No obstante, a través del auricular debe de distorsionarse un poco. Sin duda cuenta con ello a fin de no preocupar a su interlocutor.

—Oh, es solo... Una paciente... Sí, en mi servicio. Coma prolongado... Su novio acaba de salir de la habitación.

«Ahí te equivocas —querido interno—. Thibault no es mi novio. Pero no tengo manera de hacértelo entender.»

—Esto... Sí, se lo he preguntado pero no ha contestado. Acababa de besarla en la mejilla, pero saltaba a la vista que habría querido besarla sin más. Y sin duda no se ha atrevido porque estaba yo... ¡Bueno, no pasa nada! Aún dispone de varios días para hacerlo...

Me quedo petrificada por dos razones. La primera porque al parecer Thibault ha dado la impresión de querer besarme «sin más». La segunda porque el interno acaba de echarse a llorar. Por Dios, ¿qué le ocurre?

—Perdona, lo que acabo de decir es espantoso... ¡Sí, lo sé! Pero... ¡quieren desconectarla! ¿Te das cuenta?... Sí, ya sé que son gajes de mi oficio, pero... Es solo que me desgarran. Ah... Espera... El busca está vibrando.

En efecto, hace un ratito que he notado la vibración sin ser capaz de identificarla.

—Tengo que irme... Sí... Hasta la noche... Yo también te quiero...

Oigo al interno exhalar un hondo suspiro antes de cerrar la puerta a su espalda. También yo habría soltado uno de haber podido.

Thibault

Guiño los ojos, pretextando la violenta luz de los fluorescentes, para evitar la mirada de mi madre. Estoy de nuevo en el hospital, como si nunca hubiera salido de él, y por segunda vez en una semana, eso me hace casi feliz.

Estamos a miércoles, día de visita, por el momento idéntico al lunes. Trabajo, sonrisa bobalicona que a los colegas no les pasa por alto, un rodeo para recoger a mi madre, pausa ante la 55, nuevo intento por su parte de hacerme entrar en la habitación de mi hermano...

Hago como si no me hubiera dado cuenta. Aún tengo el regusto de mi tentativa del lunes. No me apetece pasar por eso otra vez.

Y además, tengo algo mucho mejor que hacer.

Me dirijo a la habitación 52. Sigue estando esa foto debajo del número. Ahora que sus amigos me lo han contado, sospecho que a Elsa debe de gustarle especialmente ese glaciar. Aún me cuesta un poco comprender su pasión, sobre todo visto adónde la ha llevado.

Apoyo la mano en el picaporte y me quedo helado. Dentro se oye una voz, una voz que por lo demás acaba de interrumpirse al oír el chirrido. Es la de una chica, estoy seguro. Y no la de la tal Rebecca de la otra vez. Oigo el arrastrar de una silla, y luego ruido de pasos vacilantes. Suelto la manija mientras busco una solución de emergencia, debo de dar pena.

Sea quien sea la persona, no tengo ganas de explicar los motivos de mi presencia aquí. Soltar otra mentira o decir un simulacro de verdad. Estoy harto. Solo quería descansar un rato en un sitio tranquilo. Nadie en sus cabales aceptaría esa razón. Bueno, nadie aparte de Rebecca y su chico. A Steve no pareció sentarle muy bien.

La escalera está demasiado lejos para refugiarme en ella. Sin duda la chica me verá correr en cuanto haya abierto la puerta, es ridículo. Ahora bien, el hecho de arrojarme en una silla a pocos metros de allí lo es igualmente. Lo cual no quita para que funcione. Me hago el aburrido, nuestras miradas apenas se cruzan. Parece una estudiante, de veintitantos, y observa el pasillo con incredulidad antes de resignarse.

Relajo los hombros y me arrellano un poco más en el asiento. He dicho que me encontraba ridículo, pero más bien debería decir lamentable. Acompaño a mi madre a visitar a mi hermano en el hospital y solo deseo una cosa, meterme en la habitación de una paciente inerte, con la esperanza de estar tranquilo.

Cometo un error tras otro. Respecto de mi hermano, respecto de mi madre. Respecto de la tranquilidad. No porque me niegue a visitar a un miembro de mi familia Elsa debe pasar por lo mismo. La prueba es que tenía a sus tres amigos la

semana pasada y ahora ha recibido la visita de alguien más.

Me sorprendo confiando en que la persona no tarde en marcharse. Añado «egoísta» a «lamentable» y me retrepo todavía más en la silla.

Es la primera vez que me paseo por el corredor de la quinta planta, de manera que miro un poco a mi alrededor. Mis ojos detectan en primer lugar la escalera, en la que ahora podría encontrar refugio, pero lo cierto es que, incluso clavado en el asiento de plástico rígido, no tengo valor para levantarme. Hay una ventana a un extremo del pasillo, dos puertas batientes en el opuesto, que deben de dar al mismo corredor aséptico, y varios cuadros insulsos en las paredes. Como si el rosa viejo de la pintura no resultase ya lo bastante vomitivo... No entiendo por qué se empeñan en colgar cosas aún más pálidas. Deben de tener miedo de escandalizar a la gente con los colores vivos.

Y no obstante, en un servicio como este cabría pensar lo contrario. Aunque... La verdad es que no tengo ni idea. Nunca he estado en coma, ni en fase de recuperación después del coma. No tengo la menor idea del efecto que podrían producir los colores en semejante situación. A lo mejor solo estoy divagando. Esto de ponerme a imaginar lo que supondría estar sumido en el coma denota que realmente tengo un problema.

Soy consciente de que llevo un rato buscando algo con la mirada. Busco otro número, el 55. Me sobresalto al caer en la cuenta de que, de hecho, mi silla está situada justo al lado. Hace dos minutos que estoy a diez centímetros de la puerta de mi hermano. Considero que haberme quedado tanto tiempo constituye una hazaña, aunque haya sido sin saberlo.

Ese es precisamente mi problema. La habitación 55 y su ocupante.

De lo contrario, ¿por qué habría de intentar representarme en qué consiste el coma? Excusas, lecciones, explicaciones y confesiones firmadas. Eso es cuanto he podido percibir desde que mi hermano despertó. Pero ¿cómo sería estar en su lugar? ¿Haber bebido demasiado una noche sabiendo fehacientemente que es peligroso? ¿Haber atropellado a dos chiquillas sin darse cuenta realmente? Al parecer estuvo a punto de desmayarse cuando se lo contaron al despertar. Confío en que le entre el acojone de su vida.

Y a lo largo de los días en que ha permanecido inactivo en esa cama, perdido en algún rincón de su cabeza mientras su cuerpo se reponía, ¿qué habrá experimentado? ¿Cómo se habrá sentido? ¿No sentía nada? ¿No vivía nada? ¿Qué haces cuando estás en coma? ¿Reflexionas? ¿Oyes a los demás? Los médicos me animaron a que le hablase, pero no le dije ni pío.

Ahora bien, con Elsa me llevó menos de dos minutos.

Pero es que a Elsa no le reprocho nada. Mientras que a mi hermano...

Un murmullo viene a perturbar mis pensamientos. Ladeo la cabeza y la apoyo en la pared. El corazón se me acelera al comprender que es la voz de mi madre que se filtra a través del resquicio de la puerta. No puede negarse que es obstinada. Nunca la cierra, como si siguiera esperando que yo cambie de opinión.

Levanto a ciegas el brazo derecho, con la intención de agarrar el picaporte para cerrar la puerta de una maldita vez, cuando mi nombre se desliza en medio del murmullo. Hasta ahora había hecho caso omiso de las palabras expresamente, pero mi propio nombre resulta demasiado difícil de ignorar.

—... sigue sin querer venir.

—¿Qué pasa, es que ya no soy su hermano?

—¿Cómo puedes reprochárselo?

Observo que en realidad mi madre no ha contestado a la pregunta. Tal vez porque no tenga clara la respuesta, o bien se niega a expresarla en voz alta. Ni siquiera sé lo que habría dicho yo. Una cosa es segura, lo odio desde que provocó ese accidente, pero seguimos llevando el mismo apellido, seguimos teniendo la misma madre, y figura escrito negro sobre blanco en el libro de familia.

No obstante, en sentido estricto ya no puedo decir que formemos una familia. Los miembros de una familia se respetan, se quieren, pasan por altibajos, pero siempre recuperan cierta armonía, cierto equilibrio. Como Gaëlle y Julien. Lo cierto es que mi hermano se ha hundido noventa metros bajo tierra y yo me niego a seguirlo. Mi madre va y viene con regularidad, afirma que también él va remontando un poco. En cuanto a mí, no me apetece en absoluto excavar para sacarlo a la superficie. Se ha hundido él solito, no tiene más que apartar la tierra por sí solo.

—... miedo.

Abro los ojos de golpe. Mi cerebro había bloqueado de nuevo todos los sonidos, pero con ese no ha podido, sobre todo porque ha salido de la boca de mi hermano. A mi pesar, aguzo el oído.

Se produce un largo silencio. Mi madre no ha querido responder, o bien se ha limitado a murmurar. Mi mano sigue suspendida junto al picaporte, y la respiración hace otro tanto en mi garganta.

—He pasado miedo. Y aún lo tengo.

El escaso aire que tenía en los pulmones se bloquea y tengo la sensación de que un hilillo de agua me corre por todo el cuerpo. Empiezo a toser convulsivamente y oculto el rostro entre las manos. Aunque hubiera querido oír el resto de la conversación, no lo habría conseguido. De todos modos, justo en ese momento veo salir a la chica del cuarto de Elsa.

Mientras el aliento sigue estrangulado en mi garganta, la miro alejarse hacia los ascensores. Tan pronto como se cierran las puertas, salto de la silla y corro hacia el número 52 al tiempo que recupero el resuello.

Acciono el picaporte como para activar una llamada de socorro y cierro de nuevo la puerta apoyándome en ella. Tengo los músculos tan tensos que se diría que estoy impidiendo a toda una multitud entrar en la habitación. He huido de la 55 confiando en no oír nada más. Y en efecto, no oigo otra cosa que los asistentes electrónicos de Elsa. No obstante, mis pensamientos siguen allí, y es a ellos a los que intento dejar en el pasillo.

Si mi hermano ha pasado miedo, lo tiene bien merecido. Si sigue teniéndolo, le está bien empleado. Ahora bien, tal vez eso demuestra que lo lamenta.

Meneo la cabeza apretando los puños. Me niego a encontrarle excusas o a aceptar una redención cualquiera. Quiero continuar detestándolo. Lo que pasa es que sigue siendo mi hermano, al menos en parte. Así que tal vez puedo detestarlo en parte.

No tiene ningún sentido. Aquí nada tiene sentido. Como tampoco mi presencia en la habitación 52. Y sin embargo aquí estoy, y el olor a jazmín adormece de forma progresiva mi mente. He encontrado mi boya de salvamento, la señal luminosa que me devuelve a tierra firme tras un viaje por las profundidades. He hallado mi refugio, y es notablemente mejor que la escalera.

Mucho mejor que una silla en un pasillo junto al abismo al que se ha precipitado mi hermano.

—Mira, te he traído esto.

Julien me tiende un libro amarillo y negro antes incluso de saludarme. Aún lleva nieve en el gorro y tiene las mejillas coloradas. Yo he llegado al pub unos minutos antes que él, ya he tenido tiempo de entrar en calor.

—¿De qué va? —pregunto cogiéndole la chaqueta para dejarla en la banqueta a mi lado.

—Lee el título, creo que te bastará con eso.

Julien procede a quitarse las sucesivas capas que lo cubren hasta quedarse en camiseta. Cojo el libro de encima de la mesa. *El coma para negados*. ¿Cómo se han atrevido a publicar un libro semejante? Me apresuro a depositar el grueso volumen y me concentro en Julien. Acaba de pedir por los dos y se arrellana en la silla.

—Jamás pensé que vendrías —le digo casi disculpándome.

—He negociado una horita con Gaëlle. No puedo hacer otra cosa. Bueno, sí. Tal vez haya una solución para que pasemos más rato juntos.

—¿Cuál? —pregunto esperanzado, porque no tengo ningunas ganas de volver a casa en seguida.

—Gaëlle propone que vengas de nuevo a casa, como el miércoles pasado.

La atención de Gaëlle me conmueve, pero de inmediato rechazo la propuesta.

—Oye, no voy a ir de okupa a vuestra casa cada vez que tenga ganas de verte. Peor para mí, tendría que haber empezado a deprimirme ayer o mañana.

—Sabes que esas cosas no es que puedan controlarse precisamente. Además, ya conoces a Gaëlle, por supuesto hay una negociación de por medio.

—¿Y qué quiere negociar?

—Lo mismo que la otra vez, es decir, que te encargues del biberón de Clara durante la noche, y también un pequeño suplemento.

Julien ha añadido la última parte con una sonrisa de disculpa. Empiezo a angustiarme. Gaëlle se atiene a una escala «pequeño/grande» completamente

deformada.

—Adelante. ¿Cuál es ese enorme suplemento que me pide?

—De hecho, se trata de un enorme suplemento que te pedimos ambos.

—Entonces, está claro que es desmesurado... No, lo digo en broma.

—Nos gustaría que te quedaras a Clara durante el fin de semana.

—¿Qué?

Mi «qué» recuerda el graznido de un pato estrangulado y buen número de clientes de las mesas próximas se interrumpen para mirarme de hito en hito. Yo los ignoro y clavo la vista en Julien como si acabara de anunciarme que se muda al otro extremo del país.

—¿Estás loco? ¿Un fin de semana entero?

—Del viernes por la noche al domingo por la noche —prosigue mi amigo—. Te quedarás en casa, es más sencillo que vengas con una bolsa que llevarte a Clara junto con el piso al completo. Gaëlle te explicará cómo funciona lo de los biberones y todo lo demás. Pero la mayor parte ya la conoces.

—Aguarda un momento, Julien. Cada vez que he bañado a Clara o ese tipo de cosas, vosotros estabais presentes. Quiero decir, si algo salía mal, podíais intervenir. Pero si estáis lejos... ¿Adónde vais, por cierto?

—Gaëlle ha reservado en un albergue de montaña.

—Lo que significa que no tendré modo alguno de ponerme en contacto con vosotros...

—No nos vamos al fin del mundo —replica entre risas—. Y allí arriba hay cobertura. Además, nos consta que sabrás arreglártelas.

—Pues sois los únicos en creerlo.

Doy un sorbo a mi zumo de pera. Ni siquiera su suave textura consigue eclipsar el acojone que me entra ante la idea de tener a Clara bajo mi responsabilidad durante dos días enteros con sus noches.

—¿No podéis pedirselo a los padres de Gaëlle?

—No están disponibles, y además ella quiere ponerte un poco a prueba.

Viniendo de Gaëlle, la cosa no me sorprende tanto, e incluso consigo sonreír. Fue Julien quien me propuso como padrino. En un primer momento Gaëlle no estaba muy convencida. Cuando acepté, jamás habría imaginado la auténtica entrevista de trabajo a la que iba a someterme. Por el momento, creo que he pasado todas las pruebas, y esta debe de ser la última, el test final que decidirá si sí o si no, aunque me conste que de todos modos no habrá muchas otras posibilidades. El bautizo se celebra en menos de dos semanas.

—Dile a Gaëlle que de acuerdo.

—¿Estás seguro? —pregunta Julien con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, por mí vale, pero ¡esta noche tendrá que hacerme una demostración que ni te cuento! Si quiero pasar el examen, ¡necesito disponer de tiempo para preparar mis chuletas!

—Esta noche sale, así que seré yo quien te ayude a repasar —bromea Julien.

—Ajá, ¿por eso solo dispones de una horita?

—Exacto. Sale con unas amigas.

—¡Vaya, no se lo pasa nada mal tu chica!

—Y yo ya van dos veces que falto a mis obligaciones de padre para venir a verte —me recuerda.

—Eso es verdad...

Ahora que el trato está cerrado, pasamos a otra cosa. Al principio de la conversación he dejado discretamente *El coma para negados* en la banqueta con el fin de apartar el libro de la vista de Julien, de lo contrario sé que se habría apresurado a abordar el tema. Consigo evitar las preguntas concernientes a Elsa centrándome exclusivamente en la meteorología, mi hermano, la nieve, una próxima salida a esquiar, mi hermano, mi piso, mi hermano otra vez, todo eso hasta que nuestras copas están vacías y la breve hora concedida a Julien ha transcurrido.

Procedemos como la vez anterior, es decir, volamos a recuperar mi coche, y luego subimos la escalera corriendo. Julien no aparta la vista de su reloj, sabe lo que le espera si se atreve a rebasar el límite, sobre todo porque Gaëlle no se ha permitido casi ninguna salida desde el parto. Llama ya a la puerta del tercer piso mientras yo todavía estoy en el segundo. Mi rendimiento deportivo ha disminuido notablemente.

Oigo a Gaëlle abrir y bromear sobre lo ajustado del horario. Apenas he recuperado el resuello en el umbral de la puerta, cuando ya me está poniendo a Clara en brazos.

—¡Espera! ¡Ni siquiera me he quitado la chaqueta! ¡Se va a congelar!

—Con lo regordeta que está, ningún peligro —replica Gaëlle—. Claro que si no te das prisa puede empezar a llorar de un momento a otro.

Empujo a Julien para correr a la sala. Gaëlle no me da tregua, casi se diría que mi fin de semana de prueba empieza con dos días de antelación. Me quito las prendas de abrigo torpemente sin dejar de mantener a Clara lo más cómoda posible en mis brazos. Tengo la impresión de ser un malabarista archicompetente.

Mi juego debe de divertir a la peque, pues veo sus labios temblar ligeramente cuando me la paso de un lado a otro lo justo para sacar los brazos de las sucesivas mangas. Incluso encuentro la manera de quitarme los zapatos con una mano, al tiempo que oigo risas desde la entrada. Gaëlle y Julien me están mirando. Al parecer, la pequeña prueba ha sido superada.

Gaëlle se despide de mí con la mano y besa a Julien. Aparto la vista a fin de no inmiscuirme en su breve momento de intimidad, que por lo demás no resulta tan breve como todo eso, más bien me da la impresión de que el beso toma un giro muy distinto. No se lo reprocho a mi amigo, he visto el aspecto de Gaëlle debajo del abrigo, está imponente.

Cuando Julien vuelve hacia mí tras haber cerrado la puerta, exhibe la sonrisa beatífica del tipo feliz y lleva el cabello algo despeinado. Le paso a Clara para poder

quitarme el jersey y vuelvo a coger a mi futura ahijada con el fin de que también él pueda hacer lo propio. Visto desde fuera, el cuadro resulta más bien divertido. Dos tíos con un bebé. Parecemos dos niñeras completamente chochas y pese a todo competentes.

Sigo a mi mejor amigo hasta el cuarto de baño y lo observo mientras baña a su hija. Comienza mi breve sesión de repaso, sobre todo porque no tardo en tomar el relevo mientras él va en busca de un pijama limpio.

—Bien, ¿y cómo ha ido la visita de hoy? —pregunta hurgando en un armario.

—No he entrado a ver a mi hermano, ya te lo he dicho, ¿no?

Me reprocho un poco no confesarle toda la verdad. Y eso que la merece.

—No me refería a tu hermano, Thibault.

Qué astuto es este Julien. Lo cierto es que en ningún momento había perdido de vista el tema principal de la velada. Solo esperaba a que me hallase en una situación en la que no pudiera eludir su pregunta. Saco a Clara del agua y la deposito con delicadeza sobre la toalla. Mueve los bracitos hacia mí.

—Como las veces anteriores. He dormido —digo apartándome para dejarlo pasar.

—¿Nunca haces otra cosa que dormir cuando vas a verla?

—Hablo un poco, pero, francamente, ¿qué más quieres que haga?

Al parecer, mi respuesta es más bien pertinente, porque Julien no añade nada. Acaba de vestir a Clara y la deja en mis brazos para poder ordenar el rincón que le está dedicado. Esbozo unos pasos de baile con mi ahijada mientras él se atarea con los cajones.

—¿Qué piensas hacer?

La pregunta de Julien se hace eco de la que da vueltas en mi cabeza desde hace ya varios días. Poco a poco dejo de bailar, pensativo.

—No sé lo que puedo hacer, pero sí lo que me gustaría.

—¿O sea? —insiste Julien.

—Querría que despertase.

—Eso solo depende de ella, ya sabes.

—Lo tengo muy claro.

Vuelve a coger a Clara y lo sigo hasta la sala. En dos minutos y con una sola mano, ha preparado todo lo necesario para darle el biberón. Yo agarro el cojín de lactancia y me acomodo a su lado en el sofá.

—Hala, repasa un poco —dice pasándome a su hija—. Y así te tengo acorralado y puedes seguir contestándome.

—¿Contestar a qué?

—La verdad es que realmente ya no tengo más preguntas, pero quizá sí un consejo.

—¿Cuál?

—Ten cuidado.

Durante unos segundos, en la estancia solo se oye el ruido que hace Clara al

succionar el biberón.

—¿Que tenga cuidado con qué? —murmuro, aunque conozco perfectamente la respuesta.

—Te estás enamorando de una chica de la que no sabes casi nada. Si esa fuera la única preocupación, aún, la cosa podría funcionar, pero... También te estás enamorando de alguien que tiene muchos números para no despertar jamás.

—¿Y tú qué sabes?

—Sé lo que tú me cuentas, Thibault. Aparentemente no ha habido ninguna mejoría, y me pareces demasiado implicado para tratarse de un encuentro de sentido único que tuvo lugar hace tan solo una semana.

—Lo sé...

Sí, lo sé. Es sin duda la única respuesta que puedo dar. Eventualmente podría decir: «Te he oído», pero eso Julien lo sabe muy bien. He oído, escuchado, analizado y ya digerido cada una de sus palabras por la sencilla razón de que son las mismas que dan una y mil vueltas en mi cabeza desde hace cierto tiempo.

—Pero pese a todo me gustaría que despertase...

11

Elsa

El ruido del picaporte al chirriar me despierta. Al instante sé que se trata de la mujer de la limpieza. Su paso, su carrito, su radio. Es de noche, entre medianoche y la una de la madrugada. No tardé mucho en dejar de preguntarme por qué hacían la limpieza a semejante hora. Resulta tan fácil de entender... El personal no corre el menor riesgo de despertar a nadie que se encuentre en mi mismo estado.

Pasa con rapidez la escoba por debajo de la cama, se demora un poco más a los lados. Hoy he tenido visita, la de mi hermana y la de Thibault, seguramente tendrá que pasar también la fregona.

Me gusta bastante que me despierte la mujer de la limpieza, a causa de su radio, aunque la palabra «despertar» me venga muy grande. Aparte de los comentarios del locutor, tan dormido como cualquiera debería estarlo a esta hora avanzada, la música que escucha no está nada mal. Me hace reír mentalmente darme cuenta de que estoy al día respecto de los últimos éxitos del momento. Si salgo de aquí, me sabré la letra de todas esas canciones. Lo cual podría sorprender a más de uno.

La mujer de la limpieza entra en mi diminuto cuarto de baño, que solo utilizan mis visitantes. La oigo refunfuñar que podrían evitar hacerlo, pero lo limpia de todos modos. Le lleva más o menos un par de canciones y una pausa publicitaria.

Cuando vuelve la música, ella está saliendo de nuevo a la habitación. Se trata de un tema que me gusta mucho. Me entran ganas de tararearlo. Me recuerda mis mejores momentos en los glaciares. Me evado unos instantes rememorando aquellos regresos tras una escalada durante los cuales me permitía cantar. Solo era posible en los descensos, pero eso significaba que me sentía bien.

Bien... Sí, durante lo que dura una canción, podía sentirme bien...

Me sé la melodía y la mayor parte de la letra de memoria, una vez más lo repito todo en mi cerebro. Al mismo tiempo oigo la fregona frotando el suelo. Si estuviera en el lugar de esa mujer, yo al menos lo haría al ritmo de la música. Ella altera toda la cadencia con sus golpes aleatorios y sus breves suspiros de fatiga. Sin embargo, se detiene bruscamente y el mango de la escoba golpea de pronto el suelo con un chasquido. No me preocupo mucho, si hubiera sufrido una caída, la habría oído. Parece haberse quedado petrificada. Por mí no hay problema, así oigo mejor la canción.

—Por todos los...

Su murmullo rebosa miedo. Abandono a regañadientes mi ensayo mental de corista. ¿Qué ha visto que haya podido turbarla hasta ese punto? Ya no puedo experimentar el miedo de forma visceral, pero imagino perfectamente lo que podría

provocar en mí. Un feo hormigueo en el vientre, un repentino frescor en la nuca, mi respiración que se reduce a un simple hilillo de aire y la totalidad de mi cuerpo en tensión, al acecho del menor signo que pueda racionalizar ese miedo y hacer que desaparezca. No obstante, al parecer se trata de una reacción por completo personal, puesto que la mujer de la limpieza sale a grandes zancadas de mi habitación, y hasta creo oír sus zapatos plastificados resonar con suma rapidez en el pasillo el tiempo que tarda mi puerta en cerrarse.

Es perfecto, ha dejado la radio, puedo acabar de escuchar mi canción tranquilamente. Acaba el tema, el cual encadena con otro que no me gusta tanto.

En ese momento se abre la puerta, y ordeno en vano a mi cerebro todas las operaciones necesarias para la identificación de las personas que entran. Volver la cabeza, incorporar el busto, abrir los ojos y transmitir todos los datos captados por mis retinas. Huelga decir que no hago nada de todo eso, pero me imagino haciéndolo. Desde el lunes he integrado esta manera de proceder en cada uno de mis períodos de vigilia, en dos días se ha vuelto algo casi natural.

A falta de eso, escucho atentamente lo que ocurre a mi alrededor. Hay dos personas. La mujer de la limpieza y alguien más. Al principio cuchichean, difícilmente capto lo que dicen, pero una vez que la puerta se cierra y ellos avanzan, sus voces suben de volumen.

—¡Le digo que he oído algo! —exclama mi mujer de la limpieza.

—Vamos a ver, María, eso es imposible.

Al menos la conversación me ha permitido descubrir el nombre de pila de la que me permite escuchar la radio, pero ahora es lo que dice, más que el crepitar que sale del pequeño aparato, lo que suscita mi atención.

—¡Le digo que no lo he soñado, señor doctor! He oído ruido y procedía de ella.

—María, perdóneme, pero me permito ponerlo en duda.

Esta vez capto mejor la voz del hombre, se trata del interno que me defendió. No andaba errada al pensar que su jefe le encomendaría las guardias nocturnas. O bien es que sencillamente nunca había hecho acto de presencia porque nunca había pasado nada.

—¿No me cree? —pregunta María con suspicacia.

Su acento ibérico se adapta perfectamente a la imagen que me había trazado de ella. La imagino con el ceño fruncido, escrutando al interno cual si quisiera reducirlo a un montón de cenizas solo por atreverse a dudar de ella. No obstante, el interno no se deja intimidar.

—María, el caso de esta mujer es desesperado. Ya no se puede hacer nada por ella.

—¿Qué? ¿Me está diciendo que piensan desconectarla? ¿Como a la señora Solange, la de al lado?

—¡Por Dios, María! ¿Se sabe los nombres de todas las personas que pasan por aquí?

—¡No blasfeme, Loris! ¡Pues sí, también me sé el suyo! —suelta como quien desenvaina un arma frente a su adversario—. Pero ¿qué se ha creído? ¿Que los llamamos por sus números todo el tiempo? ¡No todas mis colegas tienen pacientes que no pueden responderles!

—¿Desea usted cambiar de servicio?

El hondo suspiro de María podría haber sido el mío. El joven interno comprende finalmente adónde quiere llegar su interlocutora.

—Sí, vamos a desconectarla —acaba por responder.

—¿Cuándo?

—Aún no lo sabemos.

—¿Y por qué? —prosigue María como un poli en pleno interrogatorio.

—Porque es imposible que vuelva con nosotros.

—¿Y ustedes qué saben?

—¡La medicina es una ciencia, María! En fin, no voy a darle una clase magistral. ¿Ve usted el bloc que cuelga a los pies de la cama? Añadimos una mención especial a principios de semana. ¡Sí, ande, cójalo!

La cólera del interno resulta ya evidente. Oigo a María sacar con violencia el bloc de su soporte. Tampoco ella oculta su furia.

—Mire en la primera página, la mención de abajo, en el margen, a la derecha.

—No veo nada —replica María.

—Sí que lo ve. Lo que pasa es que no sabe lo que significa.

—¿Ese garabato de ahí? Parece una flecha o una cruz.

—Pone «menos X». Trazamos una «X» a la espera de saber cuántos días exactamente, hasta que su familia se decida.

—Está mintiendo. Es espantoso hacer algo semejante.

—Pues es la verdad. Incluso fui yo quien tuvo que escribirlo. No me entusiasma en mayor medida que a usted, pero así son las cosas.

—¿Así son las cosas? —repite la mujer de la limpieza—. ¿Sabe qué, Loris?

—¿Qué?

—Me decepciona usted.

Me dispongo a escuchar la continuación, es decir, a que el joven interno se defienda diciendo que la opinión de una mujer de la limpieza le trae sin cuidado, pero me quedo sorprendida ante el silencio que se instala. Silencio relativo, puesto que la radio sigue puesta.

—También yo me decepciono, pero ¿qué quiere que haga al respecto...?

Me pregunto si de nuevo se pondrá a sollozar como la última vez. Espero por su bien que logre evitarlo.

—Podría comportarse como un hombre, en lugar de como un títere. Ahora, escúcheme y luego haga lo que quiera con lo que le cuente. Estaba pasando la fregona y he oído ruido. No era la fregona, ni tampoco la radio, no se trataba simplemente de su respiración, se habría dicho que había una palabra detrás de ello.

—Sus cuerdas vocales no pueden funcionar después de tan prolongada inactividad.

—No he dicho que hubiera hablado —lo reprende María.

Esta vez el suspiro de exasperación procede del interno. Lo oigo patalear, y luego detenerse.

—Muy bien, María. Accedo a comprobar rápidamente sus funciones. Pero ¡solo para que me deje usted en paz!

—¡Ah, esto sí que es un hombre!

Distingo una leve sonrisa de victoria en la exclamación de María, así como la resignación del interno. Se saca dos o tres cosas del bolsillo mientras la mujer de la limpieza vuelve a su carrito como si nada hubiera pasado. Durante ese tiempo, me aferro a la diminuta esperanza que la conversación acaba de brindarme. Si María no se lo ha inventado, eso significa que he conseguido mover los labios, y todo gracias a una canción.

Oigo que el interno se inclina sobre mí, comprendo que debe de estar palpándome puesto que ha apartado las sábanas. Sin embargo, acecho todo eso con un oído distraído. Mientras él se atarea, toda mi actividad se centra en la canción que han puesto hace un rato. Repito una y otra vez la letra y la melodía en mi cabeza. Casi lo grito todo en mi mente, pero al parecer nada rebasa los confines de mi cerebro, pues el interno cesa en su examen con un enésimo suspiro.

—Lo lamento infinito, María, pero no ha cambiado nada. Créame, me habría gustado que fuese de otro modo. No, no diga nada, por favor.

Comprendo que la mujer de la limpieza se disponía a interrumpirlo.

—Vuelvo a mi puesto. No vacile en llamarme si ocurre algo real.

—Ha sido real.

—Según usted. Yo le digo que es imposible.

—Según usted —repite ella.

El interno sale. Acto seguido lo hacen María y su carrito.

Me aferraré a mi brizna de esperanza mañana por la mañana. Por el momento solo tengo ganas de llorar.

Thibault

Tanta nieve... Por lo general me deja de lo más indiferente. Hoy me pone de los nervios. Si la cosa sigue así, lamentablemente fracasaré en mi fin de semana de prueba antes incluso de que haya empezado. Julien me dijo que llegara a las seis. Eso es dentro de diez minutos, y vista la capa blanca que se acumula en la carretera, sé que necesitaré bastante más de esos diez minutos para llegar a tiempo. Ya hace cinco que circulo al paso. La quitanieves va tres coches por delante de mí.

Me resigno a confesar mi fracaso por teléfono, cuando me suena el móvil. El nombre de Julien aparece en la pantalla. Ay... Ni siquiera habré podido negociar mi condena cooperando con el adversario. Descuelgo apretando los dientes y me lanzo antes de que mi mejor amigo pueda pronunciar una sola palabra.

—Julien, lo siento mucho, pero no podré llegar a las seis. Y eso que he salido del trabajo a tiempo, y lo tenía todo preparado en el coche para no tener que pasar por casa, pero...

Julien prorrumpe en carcajadas. Tal vez finalmente tenga la oportunidad de salir airoso. No obstante, lo que más me sorprende son los ruidos detrás de su voz.

—Oye, ¿dónde estás? —le pregunto.

—¡En el coche, como tú!

—¿Qué? ¿Ya habéis salido? ¿Habéis dejado sola a Clara? Por supuesto que no, menudo idiota, olvida lo que he dicho. ¿Al final habéis optado por llevaros a Clara?

—¿De qué hablas? —se sorprende Julien—. ¡No, no! ¡No hemos cambiado nada del programa! Es solo que con toda esta nieve tenía unas compras suplementarias que hacer ¡y me encuentro atrapado como tú! ¡Jodida quitanieves!

—¿También tú vas detrás de una quitanieves?

—¡Estoy dos coches detrás de ti, Einstein!

Me vuelvo por puro reflejo, sin preocuparme por el avance de los demás vehículos delante de mí. En efecto, reconozco a Julien a través del parabrisas del coche que nos separa y le hago una seña. Él me responde con un destello de los faros. El conductor del vehículo intermedio pone una cara rara, pero al final entiende que no me dirijo a él.

—¡Bien, entonces estoy salvado! —exclamo volviendo a mirar a la carretera para pisar el embrague.

—¡Más bien! De todos modos, Gaëlle está excitada como una chiquilla ante la idea de disponer de un fin de semana solo para los dos, de manera que quince minutitos de retraso no serán ninguna tortura. Tal vez lo sea la carretera, aunque no creo... He llamado al albergue donde nos alojamos, allí aún no nieva, no está previsto

hasta la noche.

—Tanto mejor, así estaréis más tranquilos.

—¿Desde cuándo te dedicas a hacer advertencias sobre la nieve?

Mi respuesta habría debido ser inmediata, pero todavía da unas cuantas vueltas en mi cabeza antes de ser verbalizada. Tengo la impresión de que hay otra frase que quería ocupar su lugar, pero no consigo dar con ella.

—A ver, mi mejor amigo y su mujer se van fuera con semejante tiempo mientras yo cuido de su hija, que no tiene ni un año. ¿Me ves adoptándola si os pasara algo?

—¡Oh, qué amable al preocuparte por nosotros! —bromea Julien antes de recuperar la seriedad—. Ya sabes que ser padrino puede implicar ese tipo de cosas. Cuando firmes en la iglesia la semana que viene, ¿te comprometerás a estar ahí para nuestro amorcito, ya sabes!

—Precisamente trato de olvidar ese tipo de compromisos... —prosigo siguiendo la broma a Julien—. Además, en ninguna parte estará escrito que llegado el caso me correspondería la custodia de vuestra hija.

—Ah, pero ¿no te lo ha dicho Gaëlle?

El tono de Julien me devuelve de inmediato a un modo no tan humorístico.

—Oye, oye, ¿qué me estás contando?

—Nada, no te preocupes, ¡solo era una broma!

—¡Uf, me dejas más tranquilo!

El corazón me late a velocidad vertiginosa. Me doy cuenta de que realmente he tenido miedo. Las responsabilidades en el trabajo, vale, ningún problema. Los compromisos profesionales no me molestan en absoluto. En cambio, en mi vida personal, desde lo de Cindy todo saltó por los aires.

—¿Thibault? ¿Sigues ahí?

—Pues sí.

He debido de dejar pasar varios segundos en blanco para que Julien se muestre tan preocupado.

—No está bien hablar por teléfono al volante —digo para justificarme.

—Tampoco van a detenernos yendo a veinte metros por minuto. Francamente, si ves a un gendarme ocupado en soltar el rollo en lugar de controlar la circulación, ¡señálame!

—Aun así. ¿Ibas a decirme algo más?

—No habrás vuelto a ver a Cindy recientemente, ¿verdad?

La pregunta de Julien me sorprende más que todas las demás. Debo de poner la misma cara que un sapo al que le han cortado la lengua.

—¿Cómo lo sabes? —farfallo.

—Porque hoy la he visto de lejos, y porque me parece que te has vuelto más rebelde que antes en cuanto te hablan de responsabilidades.

No hay que buscar tres pies al gato para entender por qué Julien es mi mejor amigo.

—¿Cómo fue? —prosigue.

Pienso un momento. ¿Cómo fue?

—Mal —empiezo—. Jodido. Ha cambiado. Fue deplorable.

—Un momento, Thibault, ¿de qué estás hablando?

—De su visita relámpago a mi casa. ¡Una visita muy malintencionada!

Oigo mi propia rabia. Ni siquiera al cabo de una semana he logrado digerir el encuentro.

—Explícate.

—En pocas palabras, se aburría en su casa. ¿Me he explicado con claridad?

—¿Eso hizo? Jamás lo habría creído.

—Me parece que hay muchas cosas que jamás habríamos creído los unos de los otros.

—¿Y qué hiciste?

—La puse de patitas en la calle, ¿qué esperabas?

Durante medio segundo me siento terriblemente resentido con Julien por atreverse a pensar que haya podido sucumbir de nuevo a los encantos de Cindy, pero tras un instante de reflexión mi cólera se apacigua. En el estado en que me encuentro actualmente, muy bien habría podido ocurrir.

—Lo siento, Thibault —se disculpa.

—No te preocupes.

—Sí, precisamente hay de qué preocuparse. Incluso he llegado a pensar que eso habría podido aclararte las ideas, pero en seguida me he retractado.

—Lo que cuenta es que te has retractado. Y, francamente, habría podido suceder.

Nuevo silencio al teléfono. Dos amigos que reflexionan sobre sus actos y sus pensamientos.

Las chicas nunca imaginan lo que nos pasa por la cabeza. Con frecuencia nos toman por receptáculos vacíos, y sin embargo, me consta que en mi mente hay una tormenta constante. A Julien debe de ocurrirle algo parecido. Nos quedamos mudos, colgados de nuestros móviles como dos idiotas. En el fondo, tal vez las chicas tengan algo de razón. No es que estemos vacíos del todo, en eso se equivocan, sino que no llegamos a saber qué hacer con nuestra tormenta mental.

Afortunadamente, la quitanieves nos salva treinta segundos más tarde.

—¿Julien? —digo haciendo como si nada—. La quitanieves está estacionando en el arcén. Creo que tenemos el campo libre, parece que por delante de mí avanzan más deprisa.

—Vale, colguemos, pues. ¡Hasta ahora! No te comas el tarro para dejarme un sitio donde aparcar, dile simplemente a Gaëlle que la espero abajo.

A las seis y diez me bajo por fin del coche. Julien se para al lado y pone los cuatro intermitentes. Me despido con la mano y me refugio en su edificio. Hoy a la calefacción del coche le ha dado la gana funcionar, pero tampoco es que haya sido el horno que yo habría querido. Subo los escalones de dos en dos para entrar en calor y

me hago definitivamente el recordatorio de volver a practicar la carrera pedestre.

Gaëlle me abre con un atuendo muy diferente del que llevaba el miércoles. Le explico la situación con unas breves frases y ella me señala las dos abultadas bolsas de la entrada. Me echo una a la espalda y abrazo la otra antes de dirigirme al ascensor. Abajo, Julien ha salido del coche. El maletero ya está abierto. Le paso las bolsas para que las meta y compruebo varios puntos con él. Una pregunta me pasa entonces por la cabeza.

—¿Dónde está el cochecito?

—¿El de Clara?

—¿De qué cochecito quieres que hable, Julien?

—Perdón, era demasiado fácil... —se disculpa riendo—. Está entre el armario de su habitación y la pared, plegado. ¿Piensas pasearla en el cochecito? No creo haberte visto sacar nunca a Clara si no es con el portabebés...

—Porque nunca lo hago solo, siempre estáis ahí tú o Gaëlle, y os empeñáis en meterla en esa cosa con correas.

—¿Por qué, acaso no te parece práctico?

—¡Claro que sí! Y seguro que lo utilizo. Pero tal vez necesite el cochecito.

—¡Curioso, viniendo de ti! Bueno, ya sabes dónde está, seguro que te apañas. De todos modos, no te compliques demasiado la vida para desplegarlo, lo hace por sí solo.

—Lo mismo decías en lo tocante a las correas del portabebés y tardé un cuarto de hora en entenderlo.

—No te quejes. Cuando Gaëlle me enseñó los nudos que tenía que aprender si quería llevarla en bandolera con un fular, acabé por tenderle el catálogo de cochecitos.

Sonríó al imaginar hasta qué punto debió de sufrir su orgullo con semejante gesto. Incluso mi propio amigo supercompetente tiene sus más y sus menos con la paternidad.

—Bien, creo que solo le queda una pequeña bolsa que coger y, ya conoces a tu mujer, querrá llevarla ella misma. Que paséis un buen fin de semana, y aprovechadlo por mí.

—También tú deberías irte de vez en cuando, sería guay —me dice Julien mientras cierra el maletero.

—¿Y con quién? —digo con un suspiro.

Julien se limita a sonreír antes de entrar en el coche. Le dirijo un último saludo al volver hacia el edificio.

—¿Necesitas que vuelva a explicarte algo? —me pregunta Gaëlle cuando vuelvo de nuevo a su casa.

—No, no hace falta. Lárgate. Tu marido te espera cual príncipe encantador —contesto besándola en la mejilla.

Gaëlle me estrecha entre sus brazos, siempre ha sido así.

—Gracias, Thibault —me dice dulcemente al oído—. No puedes saber hasta qué punto agradezco que nos hagas este regalo.

—No te preocupes, lo hago encantado.

—Sería bonito que también tú tuvieras tu propia familia.

Tengo la respuesta preconcebida en la punta de la lengua. Mi «¿y con quién?», que incluso he soltado hace apenas un minuto. Pero es algo muy distinto lo que sale de mi boca.

—Sí, sería bonito.

Gaëlle retrocede un poco y me mira de hito en hito, estupefacta y divertida al mismo tiempo. Comprendo sus sentimientos. Sin duda es la primera vez que confieso ese deseo en voz alta. Todos lo habían comprendido ya al verme con Clara, pero jamás he dicho esta boca es mía al respecto.

—Me conmueve que me hayas hecho partícipe —añade con una sonrisa.

La acompaño hasta la puerta y le deseo un buen fin de semana. Con tantas idas y venidas, ni siquiera he tenido tiempo de saludar a mi ahijada. Clara está bien instalada en su especie de cama parque y se agita suavemente. Me inclino sobre ella y la cojo en brazos. Ningún dolor físico al cargar con su cuerpecito, no serán sus pocos kilos los que me tengan en jaque.

Me acerco a la ventana mientras la dejo jugar con mis dedos. No tengo manera de saber si Julien y Gaëlle se han marchado ya, todas sus ventanas dan al lado opuesto a la calle.

La nieve sigue cayendo y las farolas naranja confieren un aspecto extraño a la ciudad. Ni siquiera son las seis y media y sin embargo, desde aquí, se diría que todo está ya dormido. Me sorprenden mis propios pensamientos y la pregunta de Julien me vuelve a la mente. ¿Desde cuándo la nieve me produce ese efecto?

Sin duda tendría respuesta a eso, lo que pasa es que me aterroriza, de manera que la dejo de lado y vuelvo al sofá.

Elsa

Mis padres se encuentran ahora aquí, en mi habitación. No están solos. También está el médico jefe. Ese jodido matasanos al que he tomado ojeriza. Y ahora querría hacer que se tragase literalmente su bata, a tal punto me pone de los nervios.

Desde que he oído su voz, mi mente ha dado una única vuelta en mi cabeza. Está aquí para hablar del famoso «menos X» de una vez para siempre. La idea ya había sido evocada, mas no de manera tan radical. Y «radical» es una palabra que se queda muy corta. Si existiera un término que pudiera agrupar «displicente», «directo» y «sin el menor interés», creo que eso resumiría la manera en que hace su argumentación.

—Usted lo comprende, señora, realmente ya no hay ninguna esperanza.

¿Qué se ha hecho de tu lenguaje refinado, imbécil? Solo te ha faltado decir «s'ñora». Si quieres pronunciar mi sentencia de muerte anticipada, ¡al menos ten la cortesía de hacerlo con elegancia! Pareces un personaje de unos de esos viejos *westerns* americanos, ¡solo que tú llevas bata blanca!

De hecho, a ese médico jefe, que me horripila, me lo represento exactamente así. La bata desabrochada de arriba abajo, una mano en la cadera, el otro codo apoyado en la pared. Pondría la mano en el fuego a que debajo lleva vaqueros, y no pantalones sanitarios. Una camiseta vieja y desaliñada. Bueno, vale, estoy fantaseando, pero realmente podría tener ese aspecto. De tremenda dejadez. No entiendo por qué mi padre no ha reaccionado aún.

Mi madre sí ha reaccionado desde hace un buen rato. Solloza más o menos silenciosamente. Percibo su llanto con más facilidad cuando habla porque todas sus palabras resultan entrecortadas.

En última instancia, no deja de ser curioso. Después de todo, ella fue la primera que se planteó desconectarme. No obstante, vista su lacrimógena reacción, casi se diría que mis padres han intercambiado los papeles.

—¿Real-real-realmente ning-ninguna?

La voz se le ha quebrado por completo al finalizar la pregunta. Confío en que mi padre haya tenido la delicadeza suficiente para rodearla con sus brazos, o incluso simplemente cogerle la mano. Está hundida en la miseria, y eso no ocurre muy a menudo. Para colmo, debe de ser presa del pánico. Dirijo un ruego silencioso a mi padre para que desempeñe como es debido su papel de esposo. Dudo mucho que mi ruego haya tenido el menor efecto, pero al menos comprendo que ha actuado.

—Anna, cálmate antes de intentar comprender lo que sea.

Se trata de un consejo muy razonable, mi padre en todo su esplendor, aunque forzosamente no es el que yo habría deseado oír.

—¿Podría esperar un poco, solo para que mi mujer recupere el dominio de sí misma?

El gruñido del médico debe de significar «sí». ¿No lo decía yo?... Un auténtico *western*. Pero ¿dónde se ha metido mi interno? ¡Seguro que él habría hecho las cosas con mayor tacto! Aunque, si era para oírlo sollozar también a él... Serían muchas lágrimas para enjugar en una sola tarde.

El médico sale. Mi segundo ruego silencioso es por desencadenar cualquier acontecimiento susceptible de hacer que se rompa una pierna en el próximo minuto. Sin embargo, una vez transcurrido cinco veces ese lapso, sigue sin ocurrir nada, puesto que, cuando regresa, no oigo el golpeteo de ninguna muleta en el suelo.

—¿Han podido pensárselo?

¡Pues claro que sí, hombre! En cinco minutos, ¿crees que no han tenido tiempo más que suficiente para decidir algo de ese calibre? Sé que en lugar de ponerme nerviosa debería hacer acopio de todas mis energías para ordenar a mi cerebro que se active con el fin de incorporarme, pero no hay nada que hacer, solo logro concentrarme en mis emociones. Únicamente con Thibault consigo transformar dichas emociones en actos. En estos momentos no soy más que un ciclón de cólera.

Pese a todo, me surgen ciertas dudas... La cólera ¿no será una reacción de la química fisiológica? ¿Significa eso que hago progresos? En cualquier caso, como he estudiado geología, no medicina, decido que me importa un bledo, aparco la cuestión y me dedico a acechar la respuesta de mis padres.

—No.

La voz de mi padre es firme y el mensaje claro, aunque francamente habría preferido que le estampara el puño en la cara. No sé de dónde me viene tanta agresividad, pero es evidente que la canalizo sobre ese matasanos. ¿Será mi instinto de supervivencia? Después de todo, mi futuro está en manos de ese hombre y de sus argumentos. Si consigue convencerlos a todos, me desconectará, y entonces...

No. No quiero pensar en lo que vendría después. Por el momento estoy aquí. Oigo. Y hoy por hoy estoy viva y quiero seguir estándolo.

—De acuerdo —responde el médico—. Tienen todo el derecho a dudar, lo entiendo, pero deben saber que cuanto más tarden en tomar la decisión, más intenso será el dolor.

Suena a frase automática, como las de los contestadores telefónicos. «Este es el contestador del doctor Fulano de Tal, pueden desconectar a su hija después de oír la señal.»

—¿Tiene usted hijos, doctor?

La pregunta de mi padre atrae mi atención. Intuyo que tal vez mi puñetazo imaginario se transforme en una observación mordaz que producirá más o menos el mismo efecto.

—Sí, dos.

Mentiroso...

Hay algo notable en el hecho de disponer tan solo del sentido del oído como medio de percepción. Que cuanto va asociado a los sonidos adquiere un sabor especial.

En siete semanas he podido observar que asociaba naturalmente colores y texturas a lo que decía la gente. La voz de mi hermana contando sus historias de amor toma un aspecto de terciopelo rojo vomitivo, de tanto como rebosa de hormonas. Mi madre es una especie de cuero violeta que quiere parecer recio pero se agrieta en numerosos puntos como un viejo bolso. Este médico jefe es tan apagado y áspero como una barra de acero de la construcción.

En medio de todo eso, afortunadamente, existe un arco iris que ha tenido la bondad de mostrarse desde hace unos diez días. Thibault hizo acto de presencia con todas sus emociones auestas, un montón de novedades para mí. No he conseguido atribuirle ningún color en especial. Era simplemente tornasolado y desconcertante. Di con la imagen de un arco iris. Me pareció poético. Siempre es mejor que el resto, que devenía repugnante a más no poder.

Resumiendo, ese matasanos es un mentiroso. Al menos, en lo que acaba de afirmar sé que miente. No tiene dos hijos. Dudo que tenga siquiera uno. Para mí, ese tío tiene esposa y punto. Sin la menor duda, esa respuesta se ciñe tan poco a la verdad como la anterior, y tiene por objeto engañar a los interlocutores. Aunque, claro, tal vez esté harto de que le digan: «Oh, ¿de veras? ¿No tiene hijos? ¡Entonces no puede saber lo que supone tomar una decisión semejante!»

Me sorprende a mí misma. Es la primera vez que tengo pensamientos razonables en relación con mi médico titular. De todas formas, no logro concebir que alguien pueda dedicarse a esa profesión con la voluntad de salvar vidas y luego se muestre tan indiferente ante la muerte programada de un paciente. ¿Cómo se las arregla uno para pasar de la implicación personal, como la que muestra mi interno, al total desapego que exhibe este médico jefe? Tal vez con años de experiencia. Seguramente, de hecho. No veo de qué otro modo pueda conseguirse. Sin duda no es la primera vez que tiene que tomar una decisión de ese calibre. No obstante, cabe alegar en su defensa que en sentido estricto no parece que haya nada que hacer. Sé que no es ese el caso, pero, pese a todo, es lo que cabe deducir. En fin, yo al menos, que solo puedo escuchar.

Mi padre, que no sabe que mi médico miente, abandona la idea de la bofetada verbal que habría querido asestarle y se contenta con tranquilizar a mi madre cuchicheando.

—Señor —cambia de táctica el médico, tras comprender que de mi madre no sacará nada más—, aquí tiene los papeles. Sé que aún no han tomado ninguna decisión, pero a veces tener el texto a la vista ayuda. No les pido que los rellenen esta noche. Solo que los lean. O incluso que los dejen encima de una mesa a fin de que puedan pensar en ello con regularidad. Sea como fuere, no duden en llamarme. En cualquier momento. Mis datos figuran al pie de ese folleto. En cualquier momento,

insisto. Si estoy ocupado no contestaré, eso es lo máximo que puede pasar. Ahora bien, reservo esa línea para llamadas de ese tipo y en lo posible procuro estar disponible para las familias de los pacientes.

Esta vez no sé qué pensar. Creo que estoy empezando a aprender a ser neutral. Lo que dice mi médico resulta profesional. Lo cual no quita para que una parte de mí habría preferido que fuese el interno quien se encargara de todo. Al menos a él ya lo he oído decir «te quiero» a alguien. Eso significa que tiene un corazón que vive y que late. No digo que el médico jefe no tenga corazón, sino más bien que lo ha encerrado en ese mismo metal frío y rígido que asocio con el timbre de su voz.

Mi padre agarra las hojas y el médico se despide de ellos. Oigo un vago murmullo procedente de ambos, y luego tan solo los sollozos de mi madre. Mi padre debe de estar acariciándole el cabello. Ella se calma poco a poco y luego se acerca a mi cama. Quizá me coge la mano, o tal vez se limita a mirarme. Ya no oigo gran cosa más. Empiezo a adormecerme.

Thibault

—¡Maldito seas, Julien! ¡Ay!

Mi maldición se vuelve contra mí cual un bumerán. Apenas un segundo después de haber expresado mi odio contra el cochecito, este me pellizca los dedos.

En su cuna, Clara se agita suavemente. La he vuelto a dejar en ella al comprender que una simple sacudida del cochecito plegado no bastaría para desplegarlo por completo. Doy un paso atrás como para tomar distancia respecto de la tarea que debo llevar a cabo y consulto el reloj. A este ritmo no tendré tiempo de hacerlo todo. ¡Tanto peor, será en otra ocasión!

Abro el armario y saco el portabebés de correas. Al menos, con él no tendré que entablar una lucha sin piedad. Echo un vistazo al cochecito tozudamente plegado. Será esta noche, bonito mío... Esta noche serás consciente de tu desgracia. Esta noche agarraré el manual de instrucciones y ya veremos quién gana la batalla. No tengo la menor intención de molestar a Gaëlle y Julien para pedirles que me ayuden, de manera que será una lucha en solitario; eso sí, el librito que he atisbado en el estante de la mesita baja de la sala será un excelente compañero de armas.

Me pongo el portabebés casi de manera automática y abrocho todas las hebillas necesarias. Meto a Clara dentro tras haber pasado un buen rato dándole montones de besos en la frente y lo reajusto todo. Estamos listos para salir. Me siento orgulloso de mí mismo, pese a mi estrepitoso fracaso con el cochecito.

En la calle todo está gris. La nieve caída ayer ya se ha fundido bajo los neumáticos de autobuses y coches. La poca que queda ha perdido el brillo por culpa de los gases de escape. El cielo está tan oscuro que da miedo.

Resulta desquiciante hasta qué punto ha cambiado el tiempo en un día. Ayer nevaba, hoy huele a tormenta. Por eso quería coger el cochecito, porque lleva un chisme de plástico que mantiene a Clara al abrigo si empieza a llover. Al menos tengo un paraguas de gran formato que, dado el diámetro, podría servir de sombrilla. Cobijaré a mi maravillosa ahijada bajo el impermeable llegado el caso, aunque creo que con el paraguas bastará.

Camino por la acera despejada de nieve. Al menos eso es una ventaja, no corro el riesgo de resbalar, lo cual me habría frenado considerablemente, y más con Clara pegada a mi cuerpo. Me cruzo con las miradas de varias jóvenes de mi edad. Se enternecen en seguida ante mi aspecto de papá esquiador. Lo cierto es que entre el gorro, la chaqueta, los guantes, la bufanda y los recios zapatos, solo Clara constituye la prueba de que no me dispongo a subir al telesilla.

Ante cada sonrisa femenina que me es obsequiada, mi libro «Tú eres el

protagonista» me reenvía a la página 60: «Sonríe amablemente, nunca se sabe.» Me obstino en pasar la página para leer la propuesta siguiente («Sigue tu camino»), mientras me pregunto qué tiene de extraordinario un hombre que lleva un bebé. Podría añadir «extraterrestre» detrás de «papá esquiador».

El camino hasta el hospital es mucho más corto desde casa de Julien. No necesito coger el coche, ni tampoco pasar a recoger a mi madre. Ya me lo he montado con ella. O, mejor dicho, ella se lo ha montado con una amiga. Yo tenía la excusa de Clara para escaquearme de la visita a mi hermano. Solo debía esperar a que mi madre se marchara del hospital. Ahora son las cuatro de la tarde, es perfecto. Sin duda ha acabado ya. Con un poco de suerte, la amiga en cuestión la habrá invitado a su casa. Tal vez incluso cenem juntas. Eso le haría bien a mi madre. Le haría bien a todo el mundo.

No tardo en llegar al hospital. Mi pequeña Clara mira a su alrededor con ojos llenos de curiosidad. A esa edad, todo debe de parecer tan interesante... Ni ella ni yo hemos tenido tiempo de pasar frío. Con las diversas capas que le he puesto y el paso vivo que he adoptado, no había el menor riesgo. Eso sí, cojo el ascensor en vez de subir por la escalera. Una vez más, las mujeres confinadas conmigo en el reducido espacio me dirigen miradas afectuosas. Sean de la edad que sean, de hecho.

Mi mirada se cruza con la de una mujer de treinta y pico. Muy guapa. Incluso esplendorosa. Su rostro es tan radiante que casi se diría artificial. Parece rebosante de esperanza al verme cuchichear a Clara que todo va bien, y solo entiendo el porqué cuando sale del ascensor con su pareja en el servicio de maternidad.

Al llegar a la quinta planta, apenas he levantado el meñique cuando todos salen o se pegan a las paredes para dejarme pasar. Me cuesta retener la sorpresa, y cuando las puertas se cierran por fin a mi espalda, me echo a reír.

—¿Has visto el efecto que hemos causado? —murmuro a Clara mientras le cosquilleo la nariz.

De repente oigo una voz familiar. Levanto la vista y al instante comprendo mi incomodidad. Al extremo del pasillo, mi madre empuja una silla de ruedas. En la silla hay un hombre. Mi hermano. Es su voz la que he reconocido. Me apresuro a mirar a mi alrededor. El hueco de la escalera está a pocos metros a mi izquierda. Sin embargo, apenas he tenido tiempo de esbozar un paso en esa dirección, cuando mi madre me interpela.

—¿Thibault?

Capto su sorpresa y un montón de cosas más contenidas en esa simple pregunta. Las madres, o quizá las mujeres en general, tienen el don de meter un diccionario entero en una sola palabra. En este momento, sé que en ese «¿Thibault?» subyace: «¿Qué haces aquí? ¿Por qué has venido? ¿Has cambiado de opinión respecto de tu hermano? ¡Pero si es Clara! ¿Qué rica está, deja que la salud! ¿Cómo te las has arreglado para venir? ¡Dijiste que no vendrías!» Y me ahorro el resto.

En lugar de todo eso, el «¿Thibault?» es más que suficiente, y permanezco

estoico, plantado como un árbol, a la espera de que la comitiva se me acerque, incapaz de efectuar el menor movimiento.

—Mira —dice al llegar a mi lado—, esta es Amélie, la amiga que me ha acompañado hasta aquí. Nos hemos entretenido un poco en su casa, por eso he venido tan tarde. ¿Me buscabas?

Sin saberlo, mi madre acaba de salvarme la vida, o al menos el honor. No tenía la menor idea de cómo iba a explicar mi presencia en el hospital.

—He intentado llamarte a casa y no estabas. Me sentía preocupado. Por lo general a estas horas ya has vuelto.

—Oh, cariño —dice acariciándome la mejilla—. Podría haber estado en casa de Amélie, ¿sabes? ¿Por qué no lo has intentado al móvil?

—Siempre lo tienes apagado, así que ni siquiera he pensado en ello.

—¿Y puede saberse para qué te lo compré?

La voz que acaba de irrumpir en la conversación me produce el efecto de una puñalada en el pecho. Cierro los ojos y hago una lenta inspiración. Hasta el momento Clara me tapaba la silueta sentada en la silla de ruedas que empujaba mi madre. Pero ahora que mi hermano se ha manifestado, no puedo seguir ignorándolo. Abro los ojos y bajo despacio la mirada hacia él.

—Hola, Sylvain.

—¡Hola, Thibault! ¡Hacía tiempo que no te veíamos por aquí!

Tengo ganas de suspirar pero me contengo. Mi hermano, siempre fiel a sí mismo. Ni siquiera sé por qué tenía la esperanza de que el accidente lo hubiera cambiado. Es incapaz de decir nada sin tratar de bromear. Mantener una conversación seria con él supone un reto permanente.

—A saber por qué —replico mirándolo de hito en hito.

Mi hermano no se me parece mucho. Su pelo castaño siempre ha sido más disciplinado que el mío, y sus ojos azules han hecho caer en el bote a más chicas de lo que jamás habría creído. No obstante, reparo en varias cicatrices que le cruzan las mejillas. Y tiene otra en la ceja derecha. Dejo vagar la vista por el resto de su cuerpo. Un brazo enyesado, las piernas entablilladas. El médico dijo que el salpicadero del coche se había plegado directamente sobre sus rodillas. Una vez me di un golpe en la rodilla, y el dolor me pareció atroz. No es sorprendente que mi hermano perdiese el conocimiento y que su cuerpo se sumiera en el coma durante seis días. Pese a todo cuanto le reprocho, debió de pasarlas canutas. No obstante, el dolor no basta para perdonar.

—Siempre tan cordial —me suelta.

Esperaba un humor insolente, pero en última instancia el tono de mi hermano se revela más despegado de lo previsto. Casi se diría que se siente herido. No es propio de él. Debe de estar tomándose el pelo.

—Y tú siempre tan pasota —replico con sequedad.

—Basta ya los dos.

En esas palabras debería haber reconocido la voz de mi madre, pero no es así. Es su amiga quien acaba de intervenir. Sus ojos van de mi hermano a mí con evidente reproche. Un instante después me doy cuenta de por qué, al ver las manos de mi madre crispadas en las asas de la silla.

—Perdona, mamá, no quería...

Mi hermano y yo nos paramos en seco al mismo tiempo y, por primera vez desde nuestro reencuentro de hoy, sentimos el vínculo de parentesco que nos une. Las palabras han salido de nuestra boca como sincronizadas. Los ojos de mi madre se redondean de sorpresa, pero la magia no dura. Una respiración más tarde, todo se desvanece.

Apoyo una mano en la suya para tranquilizarla. Ella me mira, a punto de llorar. La beso en la mejilla y le susurro al oído:

—Lo siento, aún no estoy preparado.

Clara aprovecha ese momento para ponerse a patalear. La atención de mi madre se vuelve entonces hacia mi adorable ahijada, y también la de Amélie, de manera que me encuentro respondiendo a las preguntas de ambas respecto de su salud, sus padres, que se han ido de fin de semana, y la forma en que me ocupo de ella. Intercambian comentarios sobre la manera en que ellas procedían cuando tenían sus propios hijos; las escucho solo a medias, con la vista clavada en la manita que intenta atrapar la corredera de mi cremallera.

—¿Qué tal están Julien y Gaëlle? —pregunta mi hermano en voz baja.

Decididamente, su nueva manera de hablar es opuesta por completo a lo que siempre he asociado con él. No consigo saber si eso me pone de los nervios o no.

—¿Y a ti qué narices te importa? —digo sin dejar de mirar a Clara.

—Thibault, para ya. Al menos responde a mi pregunta.

—Están bien.

—¿Y eres tú quien se ocupa de su hija cuando se van fuera?

—¿No te parece obvio?

—Thibault...

Debe de ser la primera vez en mi vida que lo oigo suspirar. Por lo general se limita a reír sarcástico sin parar, con un rictus que siempre he querido arrancarle de la boca. No obstante, parece sincero. Tal vez debería hacer un esfuerzo.

—La verdad es que me estreno hoy.

—Pues parece montártelo bien.

El tono de su voz me desconcierta una vez más y me hace bajar la vista hacia él. Observa a Clara de forma extraña. Ciertamente no de la misma manera que yo, pero me parece ver asomar una mezcla de afecto y añoranza en su mirada. Muy fugazmente.

—¿Te estás entrenando? —me suelta riendo de nuevo.

Salta a la vista que la risa no le sale del corazón. Se diría que oculta algo, como un chiste malo. Muy malo, por cierto, dado que instantes después su rostro adopta

una expresión de turbadora sobriedad. Me cuesta horrores interpretar su actitud. No sé qué responder.

Podría replicar con un no, que daría pie a una perorata durante la cual volvería a burlarse más de mí. Podría contestar que sí, y en ese caso tendría que apechugar con un montón de preguntas. En vez de eso, me encuentro eligiendo en serio cada una de mis palabras.

—Aprovecho.

Creo que acabo de sorprender a mi hermano por primera vez en mucho tiempo. Sin responder, se limita a mirarnos fijamente a Clara y a mí. Luego su mirada se aparta de nosotros y se pierde al fondo del pasillo. Mi vientre sufre una extraña crispación, y se me pone asimismo un nudo en la garganta. Me doy cuenta de que me apetece seguir hablando con él, pero no lo consigo. De manera que no añado nada más y aguardo a que mi madre y su amiga concluyan su breve charla.

—¿Bajas con nosotros? —aventura ella.

—Yo...

—¿No irás a quedarte aquí?

—Necesito... digerir un poco todo esto.

Lanzo una ojeada a mi hermano. Sylvain sigue con la vista clavada en el fondo del pasillo. Solo hay una ventana que da al exterior, pero dudo que le conceda un interés especial, como tampoco a las nubes que se divisan al otro lado. Más bien parece perdido en sus pensamientos. Mi madre me dijo que dedicaba el tiempo a reflexionar. Tal vez hacía bien en creer en él. En cualquier caso, yo jamás había logrado mantener una verdadera conversación con él.

—Bueno... Como quieras —prosigue mi madre—. ¿Coges el ascensor con nosotros, al menos?

Afortunadamente, ya he tenido tiempo de pensar en cómo quedarme en el hospital sin que el planeta entero esté al corriente.

—Ya sabes que siempre bajo por la escalera.

—Ah.

Percibo claramente su decepción, pero aunque en realidad hubiera tenido la intención de marcharme, no habría respondido de manera distinta. Me sonrío con tristeza y se apoya en la silla de ruedas para hacerla avanzar. Su amiga me hace una seña de despedida con la cabeza. Los ojos de mi hermano siguen vagando en el vacío.

Permanezco inmóvil hasta que las puertas del ascensor se cierran tras ellos, con la mente hecha un lío. En cuanto suena el chasquido, es como si yo fuera un reloj al que por fin acaban de dar cuerda. Acaricio distraídamente a Clara a través del gorrito y me pongo en marcha hacia mi destino. Ya he reparado en la foto de montaña pegada con celo debajo de los dos números. Una foto que me sé de memoria. Incluso sé dónde la hicieron, el fin de semana pasado busqué en internet.

Apoyo una mano en el picaporte, la otra en la puerta para empujarla y hago una profunda inspiración. Ignoro por qué, pero me siento estresado.

Elsa

Una voz nueva. Luminosa. Virgen de toda impureza. Como la nieve recién caída. Un copo dorado que se me acerca. Casi el sonido más maravilloso que jamás haya oído, después de la voz más grave que murmura en mi habitación. Un arco iris y un copo, realmente no veo cómo ambos pueden existir desde el punto de vista de la temperatura, pero en mi cuarto coexisten.

Un vívido recuerdo me impacta. Sí, esto ya lo he visto antes. Forzosamente tuvo que ser en un glaciar. Había nevado durante la noche, y ahora que había salido el sol en un cielo límpido, la nieve se fundía. El agua fluía por los ríos glaciares, esas corrientes sinuosas de deshielo que siguen el mismo trazado que una serpiente. Un pequeño desgarró en el glaciar provocaba una minicascada, lo suficiente para que apareciese un arco iris si uno se situaba en el lugar adecuado. Nieve y un arco iris juntos. Así pues, es posible.

Tengo ganas de sonreír. De mi recuerdo. Del maravilloso regalo que Thibault acaba de hacerme al traer a esa personita consigo.

De pronto, todo se derrumba. Thibault lleva un bebé consigo. Mi cerebro plantea y resuelve al instante todas las ecuaciones asociadas con la situación. Mi moral se hunde de inmediato bajo veinte metros de hielo. Tengo sensación de asfixia.

Me entra el pánico. Mi mente me cree de nuevo sepultada bajo el alud de nieve de julio. A mi alrededor todo hace presión, y al igual que este verano, no tengo manera alguna de gritar mi terror. En mi cabeza todo es tormenta y desgarró. Hace diez días que no tenía pesadillas durante el sueño. Estoy experimentando la suma de todas esas excepciones en estado de vigilia. El terror en estado puro.

En medio de esa tormenta, procedente de muy lejos, oigo no obstante un sonido, sofocado por el aullido del viento que me atraviesa por todas partes. Trato de concentrarme en ese sonido, de atribuirle un color, una textura, un sabor, cualquier cosa que pueda permitirme evadirme de mi prisión de angustia. Intento focalizar toda mi atención en ello apartando los recuerdos de mi accidente. Pero tan pronto como consigo hacer que se alejen, se apresuran a volver con redoblada violencia. Llamo a gritos en mi cabeza a quien pueda socorrerme, cuando de repente todo cesa.

—¡Elsa! ¡Elsa! Por Dios, ¿qué está ocurriendo?

Mi arco iris vacila. Sus colores tiemblan. Thibault está literalmente enloquecido. El bebé ha empezado a llorar. Ese nuevo tumulto de sonidos podría resultarme insoportable, sobre todo tan cerca de mi oído, pero, por el contrario, me tranquiliza como ninguna otra cosa en el mundo. Oigo el tictac de un reloj que va y viene, el frotamiento de mi cabello, un murmullo permanente.

—Elsa. Elsa. Elsa.

El bebé comienza a llorar de lo lindo, y de pronto todos los sonidos cercanos a mí se interrumpen.

—Perdona, Clara. Estaba preocupado por Elsa. Chist. Chist. Así, muy bien.

El bebé lanza suaves hipidos y se calma en pocos segundos. Al parecer no soy la única a quien la voz de Thibault subyuga.

La puerta de mi habitación se abre con estrépito. Ruido de pasos rápidos, sin duda de dos personas. Todo sucede a velocidad de vértigo.

—Pero... ¿está usted aquí?

Mi interno. A un tiempo sorprendido y colérico.

—¡Ocúpese de ella! —dice Thibault—. ¡Que yo esté aquí o no, importa un pimiento!

—El bebé me desconcentrará —arguye el interno.

—¡Me la suda, no pienso salir!

—¿Doctor?

Una voz femenina. Seguramente una enfermera, cuyas manos se agitan por encima de mí desde hace unos segundos.

—¿Sí? —responde el interno.

—Se han soltado algunas conexiones, pero todo está estable —dice la enfermera.

—¿Qué?

—Se lo repito, todo está estable.

—¿Significa eso que está bien? —interviene Thibault.

—¡Es usted incorregible! —se ofusca el interno.

—¡Oiga! ¡Acaba de tener un espasmo tan monumental que creí que iba a romperse! —le espetta Thibault con una voz en la que el arco iris ha virado al rojo.

—¿Se puede saber qué ha hecho usted? —pregunta el interno.

—¿Yo? ¡Nada en absoluto!

—¿Algunos cables se han soltado y dice que no ha hecho nada?

—¡Prácticamente se ha sentado! Y vista la violencia del espasmo, ¡había sobrados motivos para desconectar todos sus chismes!

—¡Nuestros chismes la mantienen con vida!

—Entonces, ¿por qué está todo estable?

El bebé vuelve a echarse a llorar. Thibault atrae de inmediato su atención. Esta vez sus susurros requieren algo más de tiempo para tranquilizarla, dado que él casi acaba de gritar. Por su parte, el interno se acerca a la enfermera y los oigo hablar en lenguaje técnico. Percibo varios «clac» de tubos, las ruedecillas del gotero, el roce de las sábanas. La pequeña Clara se ha calmado.

—Lo siento —dice el interno.

Comprendo que todo va bien en lo que a mí respecta. Al mismo tiempo, me atrevo a confiar en que mi instinto de supervivencia me habría dado la alerta si hubiera corrido peligro de... Aborto voluntariamente el final de mi pensamiento.

—Lamento haberme puesto furioso —se disculpa Thibault, cuya voz ha recuperado sus matices habituales.

—¿Dice que ha tenido un espasmo? —insiste el interno.

—Ha durado un segundo, pero creo que ha sido el segundo más largo de toda mi vida.

—¿Puede describirme lo que ha visto?

Un breve silencio, como si Thibault se aclarase las ideas. La enfermera sigue con su trabajo por encima de mí.

—Se ha producido de golpe. Iba a quitarle el gorrito a Clara y el bip del sensor de pulso, ese chisme que usted me enseñó la última vez, ha empezado a ir a toda velocidad. Un segundo después, Elsa se ha crispado de forma increíble. Como le he dicho, ha sido tan violento... No he prestado atención al resto de los sensores y goteros, estaba concentrado únicamente en ella.

—Lo entiendo.

El interno da algunas indicaciones a la enfermera y luego prosigue:

—¿No ha ocurrido nada especial cuando ha llegado usted?

—No, nada. De verdad. Llevaba aquí apenas un minuto. Ni siquiera había sacado aún a Clara del portabebés. Y como puede ver, ahí sigue todavía. ¿Me concede un minuto?

—Adelante.

De manera que Clara, el copito dorado, está pegada al cuerpo de Thibault. Eso explicaría por qué sus ruidos me resultaban tan próximos.

—¿Es su hija? —pregunta el interno.

En cuestión de medio segundo, todo mi ser se embala de nuevo. Siento la tormenta volver a sembrar el caos en mi cabeza.

—No, es la hija de una pareja de amigos.

Todo se reorganiza. Clara no es la hija de Thibault. Intenso alivio.

Dicho pensamiento va instantáneamente seguido de la bofetada mental que me asesto. ¿Qué demonios hace que me ponga en semejante estado? ¿Y a mí qué narices me importa que Thibault sea el papá de un copito dorado? Debo rendirme a la evidencia. Es preciso que me proteja de mis propias emociones. A fuerza de aferrarme a Thibault, me lo estoy apropiando.

—Muy bien —prosigue el interno—. Como sin duda sabrá, normalmente hay que evitar traer a los bebés a este servicio.

—No estaba al corriente. ¿Puedo quedarme pese a todo?

—Por hoy cerraré los ojos. Pero evítelo la próxima vez.

Creo que la enfermera ha concluido todas sus comprobaciones, pues me parece oírla alisar las sábanas y devolver a su sitio el resto de los sensores. El ruido metálico del bloc al sacarlo de su soporte me lo confirma momentos después.

—¿Doctor? ¿Redacta usted el seguimiento?

—Anótelo usted en mi lugar, si es tan amable.

El interno le dicta en una jerga incomprensible y luego firma la página que le tiende la enfermera. Esta abandona la habitación.

Thibault ha debido de cesar en sus tejemanejes, lo oigo hacer saltar a Clara en sus brazos con soltura. No obstante, dudo que haya llegado al extremo de quitarse los zapatos. Si ha venido con un bebé, sin duda no tiene intención de dormir.

—No ha respondido a mi pregunta —dice de pronto.

—¿Perdón? —se sorprende el interno.

—¿Cómo es que con todos esos chismes desconectados sigue respirando?

—Su organismo la mantiene con vida por espacio de unas dos horas. Durante ese lapso es capaz de respirar por sí misma, y sus funciones vitales le bastan. Más allá necesita de nueva asistencia.

—¿Y eso es normal?

—A veces ocurre. Para nosotros constituye una señal de que el cuerpo aún no se ha recuperado y el coma resulta necesario.

Definitivamente, habría preferido que fuese el interno quien hablara a mis padres de desconectarme, en lugar del médico jefe. Tiene una manera mucho menos categórica de exponer las cosas. Casi hace que mi coma parezca una enfermedad natural y benigna.

—¿Tiene idea del tiempo que permanecerá así? —pregunta Thibault.

—No puedo responder a esa pregunta.

—¿Por qué? ¿No lo sabe?

—Porque no es usted de la familia.

El interno casi se ha disculpado al contestar. Noto que querría decir algo más pero se contiene.

—Lo dejo con ella —dice para poner fin a su vacilación—. Que pase un buen día.

—Gracias, usted también.

El interno sale a su vez y nos deja solos a Clara, Thibault y a mí. Aún estoy muy trastornada por lo que acaba de pasar. Se hace el silencio. Hasta los leves pataleos del bebé son discretos. Me pregunto qué ocurre. Tengo la impresión de que mi arco iris se nubla un poco.

Thibault

Tengo que calmarme.

No, calmado ya estoy. Lo que debo hacer es entrar en razón, más bien. Julien está en lo cierto.

Me estoy enamorando de una chica que está en coma. Realmente no es nada sensato. Pero lo cierto es que, cuando la he visto hace un rato, con los ojos desmesuradamente abiertos, a punto de sufrir esa especie de sobresalto enloquecedor, he reaccionado por puro reflejo.

Por puro reflejo... Me doy miedo a mí mismo, y más cuando un murmullo escapa de mis labios.

—Elsa... No sé casi nada de ti, y sin embargo...

Dejo mis palabras en suspenso. Por una vez, no me dirijo realmente a la ocupante del lugar. No siento ninguna necesidad de terminar mi frase en voz alta. El final se perfila por sí solo en mi cabeza. Entonces me doy cuenta de que debo de parecerme a mi hermano tal como estaba hace diez minutos. El paralelo entre ambos me da un poco de grima, pero seguro que tengo la misma mirada perdida que él dirigía al cielo gris a través de la ventana.

Clara se agita en mis brazos, busco un sitio donde depositarla y dejar que se mueva libremente. En ese momento tomo conciencia de todos mis errores de padrino todavía inexperto. He sido muy egoísta al traerla conmigo al hospital. Ni siquiera he pensado en coger una alfombra con juguetes y toda la pesca para que se entretenga. Lo había calculado todo para no tener que coger ni biberón ni pañales, pero no pensé en lo demás. La única posibilidad es dejar a la peque en la cama al lado de Elsa, pero para eso necesitaría algo más de espacio.

Extiendo mi abrigo en el suelo y deposito en él a Clara mientras le preparo un espacio más agradable al lado del cuerpo inerte. Por un momento me quedo bloqueado. Elsa parece tan apacible comparada con hace un rato... Nada que ver con las mejillas tensas y las manos crispadas de su cuerpo contraído.

Solo hay un aspecto positivo en ese espasmo, aunque pese a todo habría preferido que este no hubiera tenido lugar: he podido ver los ojos de Elsa. Ese azul claro que me ha trastornado tanto como el estado en que se hallaba. Tras pensarlo un momento, caigo en dónde he visto antes ese matiz de color. En la foto colgada en su puerta. El azul del hielo sobre el que caminaba.

Antes de ver esa foto jamás habría creído que el hielo pudiera ser azul. Para mí, el hielo es blanco o eventualmente transparente si el bloque es lo bastante puro y liso. Por ejemplo, la escarcha del congelador o los cubitos redondos del pub. Mis

referencias son bastante escasas. Nadie me había enseñado nunca un hielo azul, aparte de en su versión alimentaria aromatizada, cosa que me había parecido infame.

En esa foto he descubierto lo que nuestro planeta es capaz de hacer. Me ha sorprendido porque, siendo mi campo la ecología, ya he tenido ocasión de hacer algunos trabajos sobre aspectos relacionados con la banquisa y los glaciares. No obstante, dado que no me especialicé en ese campo, la cosa quedó reducida a mis dos primeros cursos como estudiante. Desde entonces me he centrado en otras cosas. Elsa ha logrado que vuelva a plantar los pies en el suelo. O más bien en el hielo.

Suspiro meneando la cabeza. Hace diez días que nuestros caminos se cruzaron, diez días que mi mundo se ha orientado hacia ella. No tengo la menor esperanza de volver a ver pronto ese azul que solo es glacial por su color, pero sí de verlo de nuevo algún día. No porque el interno se haya negado a responder a mi pregunta Elsa está destinada a permanecer años en coma. Tal vez no se haya atrevido a decirme que aún tenía para tres meses. Tres meses puede parecer un largo plazo para algunas personas.

En cambio, me ha proporcionado algunos datos nada desdeñables. Elsa puede sobrevivir dos horas sin todos esos chismes electrónicos. La última vez ya comprendí que buena parte de ellos no eran sino sensores varios y variopintos, pero ignoraba que fuera posible desconectarlos todos durante unos instantes.

Ahora lo sé, y me viene de perlas.

Me inclino sobre ella y agarro el cable de su respirador artificial. Tiemblo ante la idea de lo que voy a hacer, por si provoca algún daño irreversible. Con todo, hace cinco minutos he tenido la prueba de que durante un buen rato no se producirá la menor incidencia.

Aprieto los dientes y cierro los ojos. Clac. Acabo de extraer el tubo transparente del respirador. En el monitor contiguo sigo oyendo el bip regular y tranquilizador. No me atrevo a parar la máquina, que sigue bombeando en el vacío. Sin duda los equipos médicos deben de disponer de medios para supervisarlos todo a distancia.

Me tiendo sobre la cama y aparto el soporte del gotero. Aprovecho para desenganchar dos o tres cables más, lo justo para poder desplazar a Elsa. Por último, apoyo la mano en el sensor de pulso fijado en su dedo índice. Es el único imperativo de tiempo que tengo si no quiero que las enfermeras aparezcan en modo «alerta».

Ya he deslizado una mano bajo el cuerpo de Elsa. Sé que no he hecho ningún progreso físico desde la última vez, pero hoy decido que lo conseguiré, aunque me cueste un calambre en el hombro. Preparo mis músculos para levantarla al tiempo que desprendo el sensor de su dedo. Mi otra mano la agarra de inmediato por la cintura y, con un lamentable gruñido, consigo desplazar a Elsa unos veinte centímetros.

La adrenalina me ayuda a ponerle de nuevo el sensor de pulso en el índice a toda prisa, y vuelvo a conectar todos los chismes que he desenchufado. Reordeno asimismo los otros cables. Perfecto, Elsa sigue estando igual que hace unos segundos, si bien veinte centímetros más allá. Lo único no tan perfecto es el calambre que se ha desencadenado simultáneamente justo encima de mis omóplatos, pero me olvidé del

dolor, sobre todo porque he anticipado que valía la pena.

Me incorporo y echo un vistazo a Clara. Mi ahijada está tumbada de espaldas donde la he dejado, y sus ojitos empiezan a cerrarse. El grueso doblez de mi abrigo debe de hacerle el efecto de un colchón cálido y mullido. Por un instante me imagino en su lugar y el sueño no tarda en retarme. Tal vez finalmente haber desplazado a Elsa tendrá otra utilidad para mí.

Cojo a Clara y la instalo al lado de Elsa en la cama. Se agita muy contenta, el nuevo emplazamiento debe de resultarle más acogedor que mi abrigo sobre el suelo encerado. Me quito los zapatos lo más rápido posible y me siento en el borde del colchón para estudiar el conjunto.

Sé que a veces Gaëlle y Julien duermen boca arriba, con Clara boca abajo sobre su pecho, pero no me fío de mí mismo, sobre todo con un espacio tan reducido. Tanto da, me quedaré de lado, con Clara entre Elsa y yo. Así no correrá el riesgo de caerse.

La única condición es no dormirme, pero si bien el sueño me tienta cada vez que veo a mi ahijada bostezar con su boquita, sé que permaneceré lo bastante alerta para vigilarla. Me acomodo al extremo del colchón a fin de dejarle el máximo de sitio, aunque sinceramente creo que si la estrechara un poco más contra mí ni se daría cuenta. Vista la inmovilidad de sus manos, tengo la impresión de que ya se ha dormido.

Mi mirada vaga entonces sobre la persona que se encuentra justo detrás de ella. El brazo derecho de Elsa describe un ángulo extraño, y reparo en que se lo he dejado atravesado sobre el vientre tras haberla desplazado. Lo agarro lentamente cual si temiera despertarla y se lo extiendo a lo largo del costado. Lo que pasa es que a su lado está Clara y, pese a todos mis esfuerzos, me veo forzado a dejar el miembro inanimado en contacto con mi ahijada. Lo cual no parece molestarla en absoluto, no se mueve ni un milímetro. Me curvo entonces alrededor de su cuerpecito para formar una especie de capullo. Mis rodillas entran en contacto con las piernas de Elsa, y mi frente con su hombro.

Desde tan cerca el aroma a jazmín que habitualmente se desprende de ella se me antoja más intenso. ¿O es que se transmite más a través de las sábanas? Cierro los ojos un instante y de pronto me entran ganas de llorar. El sollozo escapa de mi boca sin que consiga retenerlo. Tengo la sensación de vomitar una bola de aflicción de tan separados como tengo los labios.

Soy un ser lamentable. Débil. Tengo que verme tumbado en una cama de hospital al lado de una mujer en coma y de un bebé que duerme para aceptar finalmente dejar fluir mis lágrimas. Y eso que ya les di rienda suelta cuando estaba con Julien la semana pasada, pero esta vez no tiene nada que ver con la anterior. Las dos personas que se encuentran en esta habitación no contarán a nadie hasta qué punto mis lágrimas eran copiosas y mis gemidos dolorosos. Puedo dejarme ir.

No consigo dejar de llorar. Lloro mi arrogancia, mi debilidad y mis anhelos. Lloro por seguir sin ser capaz de hablar con mi hermano. Lloro mis celos de Gaëlle y

Julien, de su armoniosa vida de pareja, de su familia perfecta. Sueño con estar en su lugar y, en vez de eso, traigo a su hija de visita al hospital y agacho la cabeza cada vez que una mujer me sonríe con ternura.

De pronto me entra frío, pero s e que solo se trata de un efecto mental. No es que tenga frío, sino que me gustaría tener dos brazos rodeando mi cuerpo para consolarme. No los de mi madre, ni los de Julien, y menos aún los de mi hermano. No, los únicos que eventualmente hoy podrían calmarme son los que yacen inertes a escasos centímetros de mí. Y s e muy bien por qué pienso eso. Necesito esos brazos por la sencilla razón de que no puedo tenerlos justo ahora y, si de veras los quiero, tendr  que luchar. Seguramente por primera vez en mi vida.

Las cosas siempre me han venido dadas con facilidad. El éxito en los exámenes, los estudios, las etapas de mi vida, el formar una pareja. Incluso a Cindy le resultó fácil. Y visto con perspectiva, puedo decir que también su partida lo fue, puesto que me dio suficientes razones para detestarla y de ese modo poder digerir la ruptura con rapidez. Lo que no ha sido tan evidente son todos los efectos secundarios, y me he dejado superar por ellos. Levant  la barbilla mientras buscaba un nuevo piso, y a fin de cuentas es el único objetivo que he cumplido realmente. Sufro por el accidente de mi hermano cuando no tengo nada que ver con él. Tal vez va siendo hora de que me salga de este círculo vicioso.

Y quizá va siendo hora asimismo de que la saque a ella de ahí. Interrumpo mis sollozos tan bruscamente como han empezado. Esa es mi decisión. Así es como voy a luchar. Voy a luchar por mí, y voy a luchar por ella. Quiero que Elsa despierte y quiero despertar a mi vez. Dos boyas de salvamento que trabajan de común acuerdo. Yo har  la parte consciente por los dos, ella har  la parte... Esto... No s e realmente qué parte podría hacer, pero deseo creer que algo har .

Mis últimas lágrimas fluyen por encima de mi sonrisa.

Siento entonces cierto calor en los dedos y bajo la vista hacia ellos. Frunzo los labios al darme cuenta de que estoy acariciando el brazo de Elsa.

Tengo que calmarme.

No, calmado ya estoy. Lo que debo hacer es entrar en razón. Julien est  en lo cierto.

Me he enamorado de una chica que est  en coma.

Por el momento, eso parece ser lo más sensato que jams me haya ocurrido.

Elsa

Una auténtica delicia. Estoy pegada a un arco iris y a un copo dorado. Ante mis ojos cerrados desfilan un montón de colores y matices, un sinfín de leves chisporroteos, suaves y brillantes al mismo tiempo. Me parece que el bebé se ha dormido, porque su respiración es de lo más tranquila. La de Thibault me indica que está despierto. Y la mía me indica...

La mía me indica que Thibault no ha conectado bien mi respirador.

He seguido cada uno de sus movimientos, no he podido asociar cada ruido con cada sensor, pero el del respirador lo he identificado sin lugar a dudas. Oigo un levísimo silbido, muy tenue. El tubo de aire pasa justo por encima de mi oído. Puedo percibir, entre todo lo demás, ese hilillo de oxígeno que se pierde en la habitación.

No tengo por qué sentir miedo, suponiendo que pudiera hacerlo. Llega el suficiente aire a mis pulmones para que pueda respirar. No necesito asustarme.

El miedo... Ahora no deseo especialmente tratar de sentir esa emoción, de manera que me concentro en mi ejercicio habitual cuando Thibault se halla presente.

Quiero volver la cabeza y abrir los ojos.

Quiero volver la cabeza y abrir los ojos.

Quiero volver la cabeza y abrir los ojos.

En medio de mi repetición mental, aparece de pronto un intruso. Calor, suavidad. Contacto.

Fugaz. Debo de estar equivocada.

Quiero volver la cabeza y abrir los ojos.

Quiero volver la cabeza y abrir los ojos.

De nuevo suavidad.

Déjalo correr, ¿qué narices vas a sentir tú?

Quiero volver la cabeza y abrir los ojos.

Calor, localizado.

¿Localizado? Pero ¿dónde? ¿Dónde?

Ya está, ya se ha ido.

Sin embargo, sé que no me he equivocado. Sobre todo porque ha aparecido una mancha violeta ante mis ojos en el momento en que he sentido ese calor.

Sentido... ¿Cómo estar segura de que no me lo he inventado? Con tantos ejercicios de autosugestión, ¿cómo establecer la diferencia entre lo real y lo imaginario?

Dejo a un lado las preguntas. Decido que es real. Después de todo, al parecer la mujer de la limpieza me oyó cantar la última vez. Bueno... Sin duda lo de cantar es

una exageración. Puede que sencillamente espirase con mayor intensidad de lo habitual. Pero parecía tan convencida... Y con la música que desfilaba en mi cabeza, quise creer que por fin había emitido una señal hacia el mundo exterior.

Río para mis adentros, tengo la impresión de ser un extraterrestre que acaba de entrar en contacto con los habitantes de este planeta. Un extraterrestre que por el momento solo sabe comunicarse a través de los colores. Y lo de «comunicarse» es una palabra que me viene demasiado grande. Lo normal es que la comunicación se establezca en ambos sentidos. Y en este caso es de sentido únic...

Calor repentino.

Descarga eléctrica.

El bip del sensor de pulso se vuelve más rápido y breve, para calmarse finalmente al cabo de unos instantes. A mi lado, Thibault se mueve. Creo que intenta mirar la pequeña pantalla por donde desfila el testigo de mis pulsaciones cardíacas. Se queda quieto, como si tratara de comprender, o como si esperase algo. Sin duda ha cambiado de parecer o se ha quedado tranquilo, porque los movimientos siguientes me indican que ha vuelto a tumbarse. Aunque solo a medias.

También ahora puedo equivocarme. Sobre todo porque no sé por qué iba a limitarse a sentarse. Eso sí, por lo general, cuando Thibault se instala a mi lado, pasa un rato agitándose como un gato que busca su sitio. En este caso no he oído nada semejante. Qué más da, sin duda debe de estar pensando, reflexionando, vigilando a Clara o cualquier otra cosa. Poco importa. Lo que cuenta es que está aquí. Por el momento, yo tengo trabajo que hacer, y sé fehacientemente que la cosa funciona mucho mejor si Thibault está aquí.

Quiero volver la cabeza y abrir los ojos. Quiero volver la cabeza y abrir los ojos.

Calor y contacto.

En el brazo.

Simultáneamente, el bip de mi izquierda da cuatro golpes rápidos y se estabiliza de nuevo.

—Por Dios, ¿qué está ocurriendo?

Aunque lo haya dicho en un susurro, es evidente que Thibault está preocupado. Después de todo, me ha desplazado, lo que puede haber generado casi cualquier cosa. Además, no ha conectado bien el respirador, pero eso no lo sabe. No obstante, tengo la fuerte intuición de que los acelerados latidos de mi corazón no tienen nada que ver con la bomba a la que solo estoy conectada a medias.

He sido capaz de localizar el calor en mi brazo.

Lo he sentido. De verdad. Esta vez no he imaginado nada. Estoy segura de ello. Durante unos instantes, mi cerebro se ha conectado con mi brazo. Eso sí, ignoro cuál, si el izquierdo o el derecho. Pero lo he notado.

Y quiero notarlo otra vez.

La necesidad de contacto. De repente la imagino como una dependencia, una severa adicción que requeriría meses de cura de desintoxicación. Una necesidad

insaciable que podría ponerme un nudo en la garganta, nublarne el pensamiento, hacerme temblar de pies a cabeza.

Pocas respiraciones más tarde mi deseo se ve satisfecho.

Siento de nuevo.

Calor, suavidad, contacto.

En el brazo derecho, esta vez estoy segura. En cambio, me consta que no puedo moverlo. Ni siquiera necesito intentarlo. Me concentro en esos breves impulsos nerviosos para tratar de asociarlos con recuerdos. Tras lo que se me antoja un rato bastante largo, soy capaz de distinguir dos zonas de «calor, contacto, suavidad». Una inmóvil. Y otra que se desplaza. Al menos esa es la sensación que tengo.

Es demencial... No siento las piernas, ni las manos, ni ninguna otra cosa, pero soy capaz de aislar dos zonas que deben de medir menos de tres centímetros cuadrados.

La severa aceleración que sufre el bip del monitor de mi derecha me hace abandonar al instante esas reflexiones. Ahora me toca a mí preguntarme qué está ocurriendo. Ya no entiendo nada. Ya no siento nada. Bueno, sí, siento solo una de las zonas de calor y contacto, la inmóvil. En cambio, el lugar donde la sensación se movía ya no existe. Me gustaría comprender lo que me pasa.

De repente los ruidos se han atenuado. Recurriendo a la comparación con los recuerdos, casi diría que mi cerebro ha sofocado voluntariamente la audición para concentrarse en otra cosa. Pero ¿concentrarse en qué?

Percibo a lo lejos ese bip que alarmaría a cualquier médico y me pregunto por qué nadie ha aparecido aún en mi habitación. Mi noción del tiempo está terriblemente perturbada, no consigo saber si hace un segundo o una hora que se me ha acelerado el pulso.

Es la primera vez que me falla la audición. Tal vez el respirador era realmente necesario. Puede que sean mis últimos momentos conscientes. Me entran ganas de apretar los dientes y luchar a fin de restablecer mis sentidos. O al menos el sentido del oído. Me gustaría tanto comprender...

Todo se agita en mi cabeza. Los colores, las texturas, los pensamientos. Una vez más, ignoro si transcurren dos días o apenas unos minutos, pero entonces, de pronto, todo vuelve poco a poco a la normalidad. Oigo el leve bip hacerse regular, oigo el motor del respirador, oigo la fuga de aire en el tubo, oigo a Thibault y sus lágrimas.

Ya las había oído hace un rato. Pesadas, densas, cargadas de amargura, dados los matices grisáceos que desfilaban ante mis ojos. Eso sí, en esta ocasión el color no se parece en nada a la vez anterior. Incluso es más bien raro. Se diría una mezcla de tristeza y alegría. Incomprensible. Abandono mi análisis.

Oigo también cómo mi cuerpo realiza una profunda inspiración.

Lo cual resulta sorprendente. Aunque, después de semejante aflujo de sangre, tal vez mi organismo necesite reaprovisionarse. La cuestión sigue siendo por qué.

Por qué... Me da la impresión de que es lo único que soy capaz de preguntarme

hoy.

Thibault

No he podido resistirme. La he besado.

Esperaba que sus labios estuvieran fríos. Primer error.

Esperaba que estuvieran rígidos. Segundo error.

Ciertamente, Elsa no podía responder a mi beso, pero sus labios eran flexibles. Lo bastante flexibles para que mis recuerdos asocien ese contacto con cualquier otro beso dado a un cuerpo dormido. De esos que das en plena noche cuando tu pareja duerme todavía. Tal vez precisamente con la intención de despertarla también. De esos a partir de los cuales la noche toma otro cariz, ya sea puramente sentimental, puramente físico o bien una mezcla de ambas cosas. Me pregunto desde cuándo no he compartido de verdad un momento así.

No obstante, hace un rato, en esa habitación de hospital, no sé qué me ha pasado.

Algunos dirían: «Ha sido más fuerte que yo.» No me gusta esa expresión. Yo diría más bien...

Era evidente.

La he besado.

Me muerdo el índice doblado para librarme de la tensión. Hace ya un par de horas que he vuelto a casa de Julien y Gaëlle y sigo sobreexcitado. Sin duda se debe a la adrenalina liberada por la situación en sí, pero quizá también a las jodidas hormonas, que se alborotan cuando nuestros sentimientos despiertan. He estado bañado en una especie de euforia hasta hace un rato, he vuelto al piso casi a ciegas. Qué ridículo puedes llegar a ser cuando estás enamorado...

El gorjeo de Clara me devuelve momentáneamente a la tierra. Vista la hora, ya va tocando que le prepare el biberón de la noche.

Al volver a casa he puesto la tele por mero reflejo, pero el volumen está muy bajo. Tal vez lo haya hecho por tener compañía, pero sobre todo creo que era para distraerme. La pega es que no funciona. Ni siquiera Clara lo consigue.

Una vez preparado el biberón, me la coloco encima y la dejo succionar tranquilamente. Mi vista vaga por la sala y por fin encuentra un objetivo. El manual del cochecito. La verdad es que tengo un plan para mañana, y debería aprender a desplegar ese jodido chisme. No obstante, otro libro sobre la mesita baja retiene mi atención.

Es curioso que lo haya visto, porque queda oculto debajo de unas revistas. De hecho, fui yo quien lo puso ahí la última vez, escondido adrede para olvidármelo cuando me fuera. Todavía dudo un momento. Me pregunto por qué Julien me compró ese libro, cuando desde hace más de una semana no cesa de repetirme que tenga

mucho cuidado con lo que me pasa por la cabeza y por el corazón. Tal vez se diga que su lectura me desmotivaré para ir a ver a Elsa. O quizá solo quiera contribuir a mi educación médica. No obstante, albergo serias dudas respecto de este último supuesto.

Sumido en la indecisión, opto por quedarme quieto hasta que Clara se termine el biberón. Es como una guerra de miradas. Yo escruto el libro para hacerlo levitar hasta mi mano, y el libro me reta a agarrarlo. Por suerte para él, consigue una prórroga mientras voy a acostar a Clara. Desafortunadamente para él, le salto encima hacia las nueve de la noche, tras la cena y la ducha, como un soldado listo por fin para la batalla.

El libro empieza con un prefacio que esquivo triunfal. El índice parece bien elaborado, pero me lo salto igual de deprisa para atacar la introducción. Cinco segundos después he pasado ya sus buenas diez páginas hasta llegar al meollo del asunto.

Las explicaciones comienzan de forma bastante sencilla, mediante unas cuantas frases científicas. Ahora bien, los términos no tardan en volverse demasiado técnicos. Cuando levanto la nariz hacia el reloj de pared, son las nueve y diez. No... No es posible... Tengo la sensación de que hace más de una hora que me estrujo la sesera con este libro. Definitivamente, se quedará debajo de las revistas. Me declaro vencido.

Además, creo que una parte de mí no tiene ningunas ganas de leer hasta qué punto alguien sumido en el coma tiene pocas probabilidades de despertar.

No tengo la menor idea del estado de Elsa, nadie quiere hablarme de ello. Y a decir verdad, he observado que prefiero que nadie lo haga. Prefiero quedarme in albis y no enterarme de nada. Si no sé nada, mantendré la esperanza. Y hoy por hoy la esperanza es lo único que me hace avanzar.

Las nueve y cuarto, cojo el manual del cochecito. Vuelvo con sigilo a la habitación de Clara para recuperar el objeto de mis desvelos y empujo la mesita baja con el fin de disponer de un poco de espacio. La gestualidad subsiguiente se me antoja un ballet de pésima ejecución. Me transformo en un bailarín terrible, mediocre pareja de un cochecito que solo accede a plegarse, o más bien a desplegar, a mis exigencias tras un dúo sin piedad.

Por fin, a las diez de la noche llego victorioso al colofón del espectáculo. Con todo, dejo el cochecito abierto en la entrada. Aunque lo haya plegado y desplegado cinco veces consecutivas para tener la certeza de haber dominado el procedimiento, temo no ser capaz de hacerlo mañana por la mañana.

Preparo todo lo que necesito para mi ahijada, que me despertará en plena noche, y me acuesto sigiloso en mi cama. La lucha contra el cochecito debe de haberme cansado más de lo previsto, porque no tardo en dormirme. Hacia las cuatro de la mañana doy el biberón a Clara con la mente nublada, antes de volver a sumirme en un sueño profundo.

El despertador suena a las siete. O más bien mi móvil vibra a las siete. Me precipito sobre él para no turbar el sueño de la pequeña maravilla que comparte mi habitación.

Es increíble ver hasta qué punto uno puede recuperar comportamientos similares en situaciones sin embargo tan diferentes. Recuerdo haberme despertado de ese modo a lo largo de tres años a fin de no molestar a Cindy, que se levantaba un cuarto de hora más tarde que yo. Le preparaba el desayuno, al principio con amor, después por costumbre. Si me paro a pensarlo, creo que solo me dio las gracias durante las primeras semanas. Me daba igual, estaba enamorado, y más tarde lo hice por inercia. Hoy, sencillamente estoy entregado a la causa. Y también sé que Clara no me dejará plantado.

Hago todos los preparativos necesarios con el fin de estar totalmente disponible para Clara cuando despierte, cosa que no tarda en ocurrir. La cubro con un montón de prendas para mantenerla bien abrigada respetando las directrices de Gaëlle. Ni siquiera paso por alto buscar activamente el gorrito rosa que le regalé cuando nació. Lo encuentro en su sitio, guardado junto con el resto de la ropa «para salir», como dice Julien. Me viene bien, precisamente preveo una «salida».

Eso sí, un poco especial. Será toda una novedad para mi ahijada. Y también para mí, dado que nunca he practicado el footing-cochecito. Sencillamente, me consta que el modelo adquirido por Julien se presta a ello. No dejo de sentir cierta aprensión, pero es más bien excitación que nerviosismo. Al menos, por primera vez desde principios de diciembre, no parezco tanto un astronauta. La cazadora sigue colgada en el perchero cuando cierro la puerta a mi espalda.

Coger el ascensor con el cochecito no se revela tan difícil como había imaginado, al revés que el simple hecho de salir del edificio. Un domingo a las nueve de la mañana no es que haya demasiada gente para sujetarme la puerta, a decir verdad no hay nadie. Ordeno a Clara que se tape los oídos mientras me despacho a gusto soltando tacos hasta cruzar el umbral del inmueble. Una vez en el exterior, de pronto tengo la impresión de revivir.

Realmente no comprendo todas las sensaciones que me embargan, pero me deleito ante el mero hecho de ver filtrarse los rayos de sol a través de las nubes. Técnicamente, se supone que no va a llover, pero pese a todo bajo la especie de campana de plástico que cubre el cochecito. No querría que Clara cogiese frío.

Empiezo por dirigirme hacia el parque a buen paso. En cuestión de pocos cientos de metros quedo conquistado por las zapatillas que he tomado prestadas a Julien. Si el cochecito se adapta igual de bien al footing, obtendré mayor placer de lo previsto. Una vez llegado a las avenidas asfaltadas que surcan el amplio espacio verde, voy acelerando progresivamente. Al poco empiezo a trotar, al principio con torpeza y luego con mayor seguridad, por todo el perímetro del parque.

En el cochecito, Clara parece más despierta que nunca. La nueva experiencia debe de tenerla fascinada. Hace unos días me sentía un tanto escéptico, pero ahora

que me he puesto a ello, estoy convencido. Incluso empiezo a planificar mentalmente sesiones más regulares. Tendré que hablar de ello a Julien. De vez en cuando podríamos salir a correr juntos, así sin más. Hasta me pregunto si Gaëlle no se apuntaría.

Hacia las diez el parque ya se ha llenado un poco, pero mucho menos de lo que imaginaba. Por la sencilla razón de que el sol comienza a ocultarse definitivamente detrás de las nubes. Emprendo entonces el camino de vuelta al piso y al final incluso echo a correr, pues está empezando a llover.

Entre el sudor y el agua de lluvia llego empapado, pero antes que nada me ocupo de mi angelito, que se ha quedado traspuesta en el cochecito. Le quito las prendas de abrigo y la cambio, tras lo cual Clara se niega categóricamente a abandonar mis brazos. Deambulo por la sala haciéndole carantoñas, pero mi moral se va hundiendo a medida que mengua la luz. Aún no es mediodía y se podría creer que es de noche. Curiosamente, se parece al panorama que mi hermano observaba ayer por la tarde.

Cuando de pronto un rayo de sol se abre camino a través de las nubes, me acerco a la ventana con el fin de intentar recuperar las sensaciones que me embargaban al salir de casa esta mañana. Mas en vano, nada vuelve a mí. Es como si mi ser lo hubiera olvidado todo.

A lo lejos cae la lluvia. Solo un pequeño rincón tiene derecho todavía a un rayo de luz, que juega al escondite con un arco iris muy tenue. Se diría un piloto luminoso, que por desgracia me recuerda demasiado bien un determinado trazo en una determinada pantalla de cierta habitación de hospital. Señalo a Clara los colores, aunque sé fehacientemente que jamás recordará ese domingo en que su padrino le enseñó cómo tener la certeza de asistir a semejante fenómeno.

Suspiro mirando fijamente el arco iris. Vuelvo a sentirme apático, se diría que imito la nueva personalidad de mi hermano. Clara debe de percibirlo, pues pugna por abandonar mis brazos. La deposito en la cuna y vuelvo a la ventana cual atraído por un imán.

La lluvia intensa del fondo semeja el estado de mi corazón. De pronto me entran ganas de aullar mi pena, pero al mismo tiempo empiezo a estar harto de ese tipo de actitudes. Ya he llorado bastante. He tomado decisiones. Odio las tormentas, pero ese arco iris parece pese a todo devolverme la esperanza.

Para algo han de servir las tormentas.

Elsa

El sonido meloso del beso que mi hermana comparte con su pareja actual me repugna. ¿Cómo se atreve a hacer eso en mi habitación? Ciertamente, nunca se ha hecho demasiadas preguntas en materia de novios. Le basta con picotear entre el tropel que la sigue a todas partes. Bien, pues por lo visto tampoco el noviete de turno se lo ha pensado dos veces antes de responder al beso que ella le proponía.

Si distingo bien el sonido de ciertas telas, incluso diría que ha deslizado las manos por debajo de la camiseta de mi hermana. La oigo reír, pero debe de haberse apartado de él, porque sus labios dejan por fin de devorarse.

Suspiro mentalmente. Sí, estaba harta de oírlos besarse, pero también estaba un poquito celosa, desde luego. No celosa porque mi hermana no me haya hablado tanto como de costumbre, sino más bien porque no he experimentado ese tipo de contacto desde lo que se me antoja una eternidad.

Esta mañana, al despertar, había perdido un poco la noción del tiempo, pero luego ha llegado mi hermana y he comprendido que estábamos a miércoles. Solo he podido añadir una fecha concreta cuando ella ha contestado al móvil. Me parece que estamos a 10, pero no estoy segura de nada. A lo sumo puedo decir que Navidad es dentro de dos semanas más o menos. Me pregunto con qué regalo me verá obligada a cargar.

Seguramente nada de nada.

¿Qué regalo vas a hacer a una chica que está en coma? Sobre todo cuando su cumpleaños fue cuatro semanas atrás y los médicos solo piensan en desconectarla.

Recuerdo la Navidad del año pasado, fue un coñazo insufrible. Me encontré embarcada en una de esas interminables comidas de celebración en las que ves siempre las mismas caras y comes siempre los mismos platos, cuando solo deseaba una cosa, ponerme los esquís e ir a disfrutar por las pistas en un día en que no hay casi nadie en las estaciones. Mi madre me reprendió varias veces por mi falta de sociabilidad. Eludí la regañina diciendo que no entendía por qué mi hermana había podido venir con el que era su pareja desde hacía dos semanas y a mí me habían negado la presencia de un amigo de mucho tiempo.

El amigo al que quería invitar era Steve. Toda mi familia lo conocía, pero me dijeron que no. Mi padre lo detestaba desde que se enteró de que era mi compañero de cordada. Por su parte, mi madre lo ignoraba desde que había comprendido que «solo» era mi compañero de cordada (y no mi compañero a secas). Mi hermana...

No tengo la menor idea de lo que pensaba mi hermana, pero de repente me da la impresión de que estoy a punto de enterarme. Al otro lado de la puerta de mi habitación oigo varias voces y precisamente me parece reconocer la de Steve. La

alegría me invade, y me invade en serio. Incluso me inunda, pues mi victoria de la semana consiste en ser de nuevo capaz de percibir mis emociones.

Percibo lo que circula por mi sangre. Siento los mensajes químicos que me recorren procedentes de mi cerebro, para luego volver a él cargados de información. La repugnancia y la alegría son los que hoy experimento, pero ayer creo que tuve derecho a la pena y la cólera.

Ambos fueron inspirados por mi médico jefe y su interno, que me hicieron una visita de cortesía. De hecho, venían simplemente a hablar de mi caso. Era como si necesitaran tenerme a la vista para poder argumentar mejor cada cual por su lado. El matasanos endilgó una maldita clase de moral a mi interno tras enterarse de que había puesto al corriente a mi familia de mi sobresalto del sábado. El interno se defendió alegando que proceder así era completamente normal. El médico insistió en que habían decidido no prestar atención a los detalles insignificantes cuando anotaron el jodido «menos X» en el historial. Al parecer, mi sobresalto no había sido sino un reflejo, un mensaje nervioso que no pasaba en absoluto por el cerebro sino por el sistema vegetativo. Desconecté al oír diversos términos técnicos, aunque sentía curiosidad por conocer los argumentos de mi médico oficial. Cuando volví en mí, ya no había nadie en mi habitación.

Sin embargo, en estos momentos me acompañan cinco personas, que arman un ruido tremendo.

—¡Pauline! —exclama Rebecca—. ¡Vaya, no esperaba verte! Es genial que estés aquí. ¿Qué tal te va?

Mi hermana contesta muy animada a Rebecca. Imagino perfectamente la expresión desamparada de su pareja al encontrarse frente a tres desconocidos. Ella procede a las presentaciones. Su chico se limita a soltar un breve gruñido a guisa de saludo. Creo que no transcurren ni diez segundos antes de que emprenda la fuga.

Steve y Alex se ríen en su rincón, mientras que Rebecca se preocupa como tiene por costumbre.

—¿Crees que lo hemos asustado?

—¡Anda, relájate, Rebecca! —responde mi hermana—. Lo que pasa es que es un poco salvaje.

—Vista la manera en que te sujetaba por la cintura, «salvaje» es en efecto el término apropiado —suelta Alex riendo.

—¡Alex! —lo riñen simultáneamente las dos chicas.

—Bueno, podemos echarnos unas risas, ¿no?

—Además, yo pienso lo mismo —añade Steve.

—Yo... Esto... Lo siento.

Me quedo estupefacta. Sin duda es la voz de mi hermana, pero la voz de mi hermana transformada. Una especie de leve murmullo incómodo que no parece muy convencido. Francamente, no es propio de ella... Y de repente lo entiendo.

Mi hermana y Steve. Socorro... ¿Mi hermana está enamorada de Steve?

Ahora que la hipótesis cruza por mi mente, me pregunto por qué no habré pensado antes en ello. ¡Incluso parece tan evidente! Pero no, tenía que pasar por el coma para darme cuenta. Tantos indicios que nunca vi... Por eso jamás he podido poner palabras precisas a lo que mi hermana pensaba de él.

La idea me permite experimentar fisiológicamente mi nueva emoción del momento, la compasión. De hecho, me pongo a confiar intensamente en que mi hermana consiga confesar lo que siente. Bueno, tal vez no en este cuarto de hospital. Sobre todo porque Steve no es de los que pierden el tiempo en explicaciones, ni siquiera con las chicas.

Creo que únicamente conmigo intentó ser sutil y, mala suerte, la cosa no funcionó, aunque sea un rasgo de carácter que me atrae.

Me trazo el cuadro de Steve y mi hermana juntos. Me hace sonreír para mis adentros. Me imagino sonriendo de verdad.

—Hoy parece feliz —dice Rebecca.

Comprendo que habla de mí, dado que sus pasos se han acercado a mi cama. Tengo ganas de gritar de felicidad cuando siento el contacto de su mano en mi brazo izquierdo, mi segunda victoria desde la visita de Thibault.

—Pues realmente no hay razón para ello.

La voz de mi hermana me hiela la sangre. Nueva emoción. La aprensión. Aún no he llegado al miedo. Y a decir verdad, es sin duda la primera vez que no tengo ganas de sentirlo.

—¿Qué quieres decir, Pauline? —pregunta Steve.

—No, nada.

—Un momento, ¡no creerás que vamos a permitirte soltarnos eso sin explicar nada!

Lo que yo decía... La sutileza de Steve, que brilla por su ausencia.

—No tengo derecho a deciros nada —se justifica mi hermana.

—¿Cómo que no tienes derecho?

—Porque no sois de la familia.

Steve debe de estar hirviendo por dentro. Percibo que Rebecca se ha acercado a mi hermana.

—Pauline, tú sabes que a los ojos de Elsa formamos parte de su familia, aunque no tengamos ningún parentesco. No puedes dejarnos así después de lo que has dicho. ¿Qué ocurre?

¿Ves?, eso sí que es tacto. Doy las gracias mentalmente a Rebecca por su intervención, delicada pero pese a todo firme. Mis tres amigos quieren una respuesta y no se irán hasta que la hayan recibido.

—Francamente, ¿de veras necesitáis que os lo explique?

La voz de mi hermana me rompe el corazón. Creo que está a punto de echarse a llorar.

—No despertará, ¿es eso?

La de Steve es tan fría como la de los glaciares por los que solíamos caminar. En mi mente, sus colores acaban de pasar del rojo intenso al azul más gélido del mundo. Demasiadas emociones para mí. Casi me entran ganas de evadirme de la conversación.

—Los médicos dicen que no.

El tono de mi hermana zanja su explicación. Nadie interviene. Al menos, no de inmediato.

De forma muy previsible, Alex es el primero en hablar.

—Gracias por la información. Estoy seguro de que Elsa habría querido que nos lo dijeras.

—No tengo la menor idea de lo que Elsa habría querido, y creo que jamás lo sabré —replica mi hermana con furia.

—Cálmate, Pauline, no sirve de nada que te pongas en semejante estado.

—¿Cómo que no sirve de nada? ¡Me pongo en el estado que me da la gana!

Creo que nunca había oído a mi hermana expresarse de ese modo.

En ese momento el picaporte chirría de nuevo. Oigo la inspiración simultánea de las cuatro personas que hay en mi habitación. ¿No será el novio que vuelve?

—Esto... Creo que llego en mal momento.

Thibault. Mi arco iris. Al que le va a costar lo suyo disipar el ambiente eléctrico reinante.

—¡Pues sí, tienes todos los números! —le espeta mi hermana—. ¿Quién eres?

—Cálmate, Pauline.

Esta vez la orden procede de Steve. Me quedo a un tiempo conmocionada y sorprendida.

—Ven conmigo —añade.

—¿Adónde? —escupe mi hermana.

—Afuera. Tienes que calmarte.

Comprendo que la agarra del brazo y la arrastra al pasillo. La puerta se cierra tras ellos. Un pesado silencio se instala en la habitación.

Es lo que imaginaba. Incluso con mi hermana y Steve fuera de estas cuatro paredes, la tormenta persiste en el ambiente.

—Hola a los dos... —dice Thibault acercándose—. Realmente creo que llego en mal momento. ¿O es que he hecho algo que no debía?

Imagino a mi arco iris avergonzado, sin saber muy bien cómo actuar. Al menos es lo que refleja su voz. Al instante me embarga el intenso deseo de tener éxito en mi ejercicio, «volver la cabeza y abrir los ojos». Me gustaría tanto verlo...

—No, es solo la hermana de Elsa, que se siente un poco... incómoda —dice Alex con prudencia.

—Pues no parecía nada incómoda —suelta Thibault.

Nadie le contesta. Oigo que se acerca a mí. Pongo en alerta todas las partes de mi cerebro que quieran dignarse funcionar. A fuerza de concentración, percibo un

contacto en la frente, el cabello y la mejilla, al tiempo que oigo una mano recorrerlos. Tengo la sensación de ahogarme, como si el suave calor fuera tan imponente como un océano. Y sin embargo, la sensación es tan ínfima como el roce de un ala de mariposa.

La respiración de Thibault está muy cerca, tan cerca como los días en que ha dormido a mi lado.

—Hoy no voy a quedarme, Elsa —susurra con toda la dulzura posible—. Tienes a gente que ha venido a verte. No voy a ser tan egoísta como para quererte toda para mí.

Emociones confusas. Mezcla caótica de celos, deseos, tristeza, y de algo más que realmente no consigo identificar.

Sensación nítida. Thibault me besa en la mejilla. Es como una explosión de sabores. Focalizo la menor parcela de mi cerebro, incluso las inactivas, sobre lo que experimento. Creo que podría describir con exactitud la forma de sus labios, la redondez de su boca, la menor estría de esa carne rosada que sueño literalmente con besar.

Más que nunca, quiero volver la cabeza y abrir los ojos.

El calor desaparece antes de que lo consiga.

A falta de haberme ahogado en el contacto, me ahogo en mi propia tristeza al oír a Thibault despedirse de Rebecca y Alex. Sale de la habitación, me hundo en mi mundo aparte. Ni siquiera las voces de mis amigos logran devolverme a ellos. Pese a todo consigo captar algunas palabras en medio de mi aislamiento, como si los sonidos quedaran sofocados por las nubes.

—¿Crees que deberíamos decírselo? Ahora parece muy cercano a ella...

—No. Deja que sueñe. Que al menos haya alguien que todavía pueda hacerlo.

Thibault

Miro alternativamente mi reloj y el de pared de la oficina cada tres minutos más o menos, como si uno de los dos pudiera haberme mentido. Desde esta mañana no consigo concentrarme, es terrible. El dossier que tengo ante la vista no ha avanzado ni un milímetro. Incluso me pregunto si realmente se ha movido siquiera un milímetro desde que lo he dejado ahí.

Sé exactamente lo que me pasa. Siento una falta que hasta mañana no podrá verse colmada porque ayer no pude verla. Bueno, sí, pude verla, pero solo dos minutos, y tuve que hacer acopio de toda mi delicadeza para no quedarme y acaparar a Elsa durante la breve hora que tenía por delante. Me dediqué a deambular por los pasillos del hospital pasando una y otra vez por delante de la habitación 52, pero también por delante de la de mi hermano. Mi madre había dejado la puerta entreabierta como para tentarme por enésima vez.

E hizo bien. Me dejé tentar. Entré en la habitación sin decir palabra. Intentaron hacerme hablar pero yo cogí una revista sin siquiera levantar la vista hacia ellos y me largué a un rincón, dado que mi madre ocupaba la única silla incómoda concedida a los visitantes.

Escuché su conversación sin prestar atención mientras recorría las páginas de la revista, que resultó ser una recopilación de artículos de lo más extravagante. Ni siquiera me di cuenta de que mi madre había salido. Solo cuando mi hermano carraspeó, levanté la vista por fin y constaté que estábamos solos. Nos miramos de hito en hito un momento, en silencio, y finalmente él tomó la palabra. Al principio fue una charla de lo más trivial, pero de repente se lanzó a algo muy distinto.

—¿Por qué nunca vienes a verme?

—¿De verdad te lo preguntas? —me limité a decir.

—De hecho..., no —respondió con un suspiro—. Crees que me merezco lo que me pasa. No obstante, plantearé la pregunta de otro modo. ¿Qué haces mientras mamá está aquí? ¿Te quedas en el coche?

En ese momento cerré la revista, eché una ojeada a la puerta cerrada y decidí contárselo todo. De corrido, le hablé de mis depresiones en la escalera, mis crisis de cólera, mi error con la habitación dos semanas atrás, mi encuentro con Elsa. Le conté todos mis momentos de indecisión, y también el instante en que fui consciente de mis sentimientos hacia una chica en coma. También le confesé que seguía sin hacerme a la idea de que mi hermano había matado a dos personas solo porque había sido lo bastante estúpido para coger el volante.

Se lo solté todo al buen tuntún, pero él siguió la ilación de la historia. En un

momento dado, hasta me pareció que le brillaban un poco los ojos, pero no, no podía ser verdad.

—¿Sigues guardándome tanto rencor? —me preguntó tras mi monólogo.

—No sabes cuánto...

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué narices haces en mi habitación? ¿Es que hoy no quería verte?

Me levanté de un brinco y en menos de dos segundos estaba sobre él, con la mano en su pecho y el rostro a menos de veinte centímetros del suyo.

—Te prohíbo que hables así de ella.

Mi mirada sostuvo la suya durante largo rato, hasta que él apartó la vista. Lo que dijo después me hizo retroceder de sorpresa.

—Estás realmente enamorado.

No lo dijo con maldad ni con burla. Lo dijo con envidia. No entendí lo que estaba pasando. Sobre todo porque mi hermano siguió hablando.

—Estás enamorado de verdad y te envidio. No por estar enamorado, sino por poder sentir esa clase de emociones. Yo nunca he sido muy sincero ni... profundo, sí, esa es la palabra. Jamás he sido profundo en lo que sentía por la gente. No sé hacerlo. ¿Acaso tenía miedo de que no me quisieran? Tal vez es que me traía sin cuidado. Y hoy eso se me antoja... de inepto. Lo cual no significa que lo consiga.

Me quedé quieto mientras hablaba, hasta que comprendí que no pasaría de ahí. Me sentía francamente superado. No había concedido el menor crédito a mi madre cuando me decía que mi hermano reflexionaba sobre lo que le había ocurrido.

Tal vez habría debido hacerlo.

—Solo tienes que intentarlo —le solté mientras volvía a sentarme en el rincón del cuarto.

—Ya me gustaría —respondió sin tapujos.

—¿Y a qué esperas?

—No tengo ni idea.

A partir de ese momento dejó vagar la mirada y ya solo le habló a mi madre cuando esta volvió. Hasta me miró fijamente unos segundos cuando nos marchábamos. Y en sus ojos percibí la mezcla más anárquica que haya visto jamás. Era tal la confusión de sentimientos y emociones que por un momento me pregunté cómo había podido decirme que no sentía nada. Me limité a asentir con la cabeza a guisa de despedida, o quizá para animarlo a no sé muy bien qué. Su respuesta fue aún más discreta que la mía, y nos atuvimos a eso.

En el coche, mi madre trató de averiguar lo que había ocurrido durante sus diez minutos de ausencia. Casi me dio la impresión de que se las había arreglado para dejarnos solos. Cuando la llevé a su casa, quiso que me quedara. Por una vez dije que sí sin vacilar.

No iba a pedir otra vez a Julien que me hiciera compañía durante la velada, sobre

todo porque el bautizo de Clara es el domingo y sin duda tiene cosas mejores que hacer que prestar el hombro a su mejor amigo.

Y ahora, llevo tres horas conteniéndome para no llamarlo porque tengo la sensación de que la velada va a ser muy dura. No me apetece ir a casa de mi madre porque me hará un sinfín de preguntas. No me apetece ir a casa de un amigo porque me hará todavía más. Solo me apetece verla a ella.

Mi libro «Tú eres el protagonista» se activa de repente en mi cabeza. Ha permanecido bloqueado todo el día en la página 100, o «página en blanco», como me gusta describirla. Ahora, es como si un golpe de viento lo hubiera abierto por la página 99: «Haz lo que te apetezca.»

¿Qué me impide ir a ver a Elsa esta tarde? Las visitas están autorizadas todos los días, son solo los horarios los que varían. Estamos a jueves. Normalmente, es posible de tres a seis. Medio segundo más tarde doy con la respuesta. Termina a las seis. Así pues, no tengo manera de conseguirlo.

Sí. Tengo una manera.

Sin molestarme siquiera en sonreír a la página 54: «Haz todo lo que puedas por salir airoso», corro al despacho de mi jefe. Mi libro «Tú eres el protagonista» no especificaba «qué hacer» para salir airoso, solo especificaba «todo». Elijo la sinceridad parcial, no tengo tiempo de inventar ninguna otra cosa.

—Tengo algo muy importante que hacer. ¿Puedo salir antes?

Mi superior me mira con suspicacia. Desde que trabajo en esta empresa no he hecho ninguna petición personal, pero mis arrebatos de cólera contra Cindy en el momento de nuestra ruptura, aunque se remonten a un año atrás, trazaron una gran cruz roja en mi expediente personal.

—¿Qué es eso tan importante? —pregunta mi jefe con un suspiro.

—Resulta complicado de explicar —respondo vacilante.

—Tengo la impresión de que es usted el complicado, Thibault.

—Es muy posible.

Mi respuesta lo hace sonreír y comprendo que he ganado.

—¿Qué significa «antes» para usted? —me pregunta al verme ya a punto de salir de su despacho.

—¿Ahora mismo? —suelto, mientras me digo que solo me expongo a una negativa cortés.

—Adelante. Lárguese. Eso sí, mañana lo quiero aquí a las siete de la mañana.

Asiento a guisa de agradecimiento y corro a mi despacho para recoger mis cosas. El corazón me late desbocado, debido a mi carrera por la escalera o a mi victoria, no lo sé. Y me importa un bledo.

Solo sé una cosa.

Que voy a verla.

Elsa

Ha llegado la Navidad con dos semanas de antelación. Hoy es jueves y Thibault está aquí.

Lleva ya un ratito en mi habitación. Ha llegado eufórico. Me ha contado su extraña jornada, e incluso me ha dicho que ha salido antes del trabajo para venir a verme. Al oír esa información me he quedado perpleja. Sobre todo porque es una de las raras veces en que mantiene una conversación de esa clase conmigo, si es que cabe hablar de conversación. Su voz colorista rebosaba matices tornasolados. Finalmente se ha estabilizado en una textura aterciopelada y ya no lo he entendido todo con tanta facilidad. De hecho, realmente no siempre lo entiendo todo, pero no importa. Lo que cuenta es que me siento bien.

Pese al «menos X» garrapateado en mi bloc de seguimiento médico, me siento bien.

Por lo demás, me parece que Thibault es la única persona que no está al corriente de ese detalle. Tal vez por eso me siento tan a gusto cuando está aquí. Tal vez por eso los sentidos siempre me vuelven en su presencia. Adoro a mi familia y a mis amigos, pero... Thibault es verdaderamente la persona por la que deseo a toda costa despertar.

Ahora se encuentra como en todas las ocasiones anteriores, tumbado a mi lado. Al igual que las otras veces, ha vuelto a conectar mal mi respirador, lo que provocará el consecuente refunfuño de la enfermera cuando se dé cuenta. Hasta el momento cree que es el tubo que se desliza. No sospecha que alguien lo desconecta con regularidad.

Por lo demás, me da la impresión de que Thibault se ha acostumbrado a desplazarme. O bien que ha ganado músculo.

Aunque en tan pocos días resultaría sorprendente. Lo cual no quita para que hoy me haya empujado hasta el extremo del colchón, porque lo he oído suspirar de satisfacción al acomodarse en mi cama. No obstante, todavía no tengo la certeza de que se haya dormido.

—Elsa...

No, no duerme. O bien es que habla en sueños. Sin embargo, su murmullo es el de una persona completamente despierta.

—Elsa...

Desearía estremecerme. Cómo me gustaría poder responderle. Su nombre ha pasado más veces por mi cabeza en dos semanas que cualquier otro pensamiento desde hace dos meses. Es una de las únicas certezas que tengo sobre él. Su nombre de pila. En cuanto a lo demás, me limito a imaginar qué aspecto puede tener.

Durante mis horas de soledad he tenido tiempo de clasificar mis sentidos. Al

principio partí de la base de que la vista era el más importante, pero, al estar aislada con tan solo el oído, me dije que oír constituía ya de por sí un estupendo recurso. En cuanto al gusto, decidí que podía ser secundario. Respecto del olfato, me di cuenta de que me gustaría conocer el olor de Thibault. En ese momento, el leve bip que tengo al lado se embolsó durante unos segundos, y acto seguido procedí de nuevo a mis ejercicios mentales. No obstante, siempre llego a la conclusión de que ninguno alcanza tan alto grado de eficacia como cuando Thibault está tendido junto a mí.

Y hoy más que nunca querría descubrir su rostro, el color de sus ojos, observar esas manos que me produjeron descargas eléctricas en los brazos la primera vez.

Querría olerlo, saber si lleva colonia, aprender a reconocer el olor de su piel. Querría tocar su cuerpo con toda la superficie del mío.

En cambio, dejo a un lado el sentido del gusto porque el sensor de pulso se embala en consecuencia cuando me demoro en él. Cada vez que me he imaginado besando a Thibault al recordar el recuerdo que tenía de sus labios en mi mejilla, he oído aparecer a la enfermera. A la cuarta vez en menos de medio día, el médico de servicio le dijo que dejase de interrumpirlo por esa pequeñez. Aunque recuerdo que habló de que comentaría a su colega, mi médico titular, que volviera a hacerme un escáner. No obstante, al ver el «menos X» en mi bloc, no tardó en cambiar de opinión, y dio orden a la enfermera de que olvidara lo que acababa de decirle.

Ese interludio me brindó un ápice de esperanza de poder demostrar al mundo que sigo activa. Lo que ocurre es que todos se remiten a los sensores de amplitud más débil, ninguno de los cuales hace patentes los signos de mi actividad cerebral. Y sin embargo... Sin embargo, ¡estoy viva!

Tengo ganas de gritarlo a los cuatro vientos.

¡Estoy viva!

—Elsa... ¿Cuándo piensas despertar?

La voz de Thibault hace que me entren ganas de llorar. Incluso puedo sentir que mis glándulas lagrimales tratan de activarse. Resulta demencial poder identificarlas en el cuerpo. Ciertamente, si cuando despierte declaro muy orgullosa que puedo situarlas, tampoco será una gran victoria, pero por ahora supone una auténtica delicia poder percibir, una vez más, partes de mi organismo. Sentir constituye tan solo una etapa en el camino del movimiento. Es una especie de credo que me he inventado. Mi cerebro es capaz de recibir información. Al presente desearía que pudiera enviarla.

También me gustaría poder dar una respuesta a Thibault. Y las dudas hacen que vuelva a hundirme. Sé que necesito tiempo para despertar, pero no dispongo de ese tiempo. El «menos X» de mi bloc tal vez no tarde en convertirse en «menos algo». Y aunque confío en que ese algo sea lo más extenso posible, me consta que no será infinito. Tomar una decisión de ese calibre forzosamente debe de carcomer a mis padres. No los he «visto» desde su entrevista con el médico, sé que se lo están pensando. Ahora bien, si estuviera en su lugar, si finalmente tuviera que decidirme por el sí, preferiría que la cosa no se prolongase.

—Quiero que despiertes.

Esas pocas palabras pronunciadas en el más dulce de los susurros me apartan de mis pensamientos negativos. Me siento dividida entre la ironía de pensar: «¡Pues anda que yo!» y un «Gracias...» henchido de emoción. Solo puedo limitarme a imaginar que digo una cosa o la otra. No obstante, mi cuerpo parece percibir mi deseo, porque me oigo suspirar. Hasta me parece sentir el diafragma subiendo y bajando en mi vientre. Un nuevo progreso. Solo con que Thibault pudiera quedarse permanentemente junto a mí...

Lo imagino acurrucado todas las horas del día y de la noche a mi lado, respirando, vibrando, presente como nunca. Rememoro sus labios en mi mejilla. Mi ritmo cardíaco se acelera un poco en el monitor, pero nada alarmante. Mis pensamientos se dirigen por sí solos hacia lo que me prohíbo desde hace tiempo, pero no puedo contenerme. El bip se acelera aún más y repito machaconamente a mi cerebro que lo controle. Al parecer funciona.

A partir de ese momento, mi imaginación empieza a desvariar. Seriamente.

Luego todo se paraliza.

Una sensación me sube por las piernas.

Tengo frío.

—Elsa. ¡Tienes que despertar y volver a poner algo de músculo en estos palillitos!

El tono burlón de Thibault me sorprende tanto como la sensación de frío. Pero ¿de qué está hablando?

—Acabo de permitirme mirarte las piernas. Espero que no te moleste. Me he limitado a subir la parte inferior de la sábana. Nada deshonesto por mi parte, solo veo desde los pies hasta las rodillas. Simplemente me preguntaba cómo serían.

Me entran ganas de reír. ¿Qué puede haber de interesante en mis piernas?

—He investigado un poco en qué consiste realmente el alpinismo. Y al leer sobre ello, ¡me he dicho que debías de ser una musculitos! Pues de eso nada, monada, ¡tendrás que ponerte manos a la obra cuando despiertes!

De nuevo quisiera reír hasta no poder más, responder a Thibault que me esforzaré cuanto él quiera y que por el momento nos importa un comino saber que mis pantorrillas parecen ramitas de árbol. Nos trae sin cuidado, ¿a que sí? ¡Tengo frío, Thibault! ¡Tengo frío! ¿Te das cuenta?

—Estoy enamorado de ti, Elsa.

Uno. Dos. Tres. ¡Biiiiiiiiiiiiiiip!

El sensor de pulso emite un potente sonido al tiempo que mi pecho se crispa. Los músculos del cuello se me tensan bruscamente y mi cabeza se echa ligeramente hacia atrás. Los hombros se me hunden. Mi pelvis retrocede. Se me corta el aliento. Y luego todo vuelve a la normalidad.

Siento picores por todo el cuerpo, como un regusto, o más bien debería decir como el eco de una sensación, de lo que acaba de ocurrirme. Durante un largo segundo he sido plenamente consciente de mi cuerpo. «Repítelo, Thibault, te lo

ruego. Quiero volver a ser yo.»

—Elsa... Yo... Creo que me has oído.

«¡Sí, te he oído, Thibault! ¡Ya lo creo que sí! ¡Incluso hace dos semanas que te oigo! Y me gustaría oírtelo repetir una y otra vez. Para despertar, para tranquilizarme, solo por el placer de saberlo.

»Saber que una persona en este planeta sigue creyendo en mí.»

Sin embargo, lo único que oigo es un sonoro roce de sábanas, al tiempo que percibo el peso de un cuerpo que abandona el colchón. Noto que desplazan el mío para dejarlo de nuevo en el centro de la cama. Luego Thibault vuelve a ponerse los zapatos y las prendas de abrigo. Me sé su ritual de memoria. El jersey, la chaqueta, la cremallera, la bufanda, los guantes, el gorro en el bolsillo y la mano alisando el cabello.

Su peso en el borde de la cama.

—Sé que me oyes, Elsa.

Sus labios contra mi mejilla.

El bip del sensor de pulso durante el contacto.

—Me lo demuestras todas las veces.

En ese momento percibo ruido de carreras por el pasillo, pero los pasos precipitados pasan de largo por delante de mi puerta sin detenerse. Lo cual parece devolver a Thibault a sus preparativos para partir.

—Hasta mañana...

Un nuevo beso y Thibault se va.

Mi cerebro ha almacenado más información que nunca. Y ahora, a trabajar.

Thibault

—¡Apártese!

Me apresuro a pegarme a la pared del pasillo, el tono apremiante del enfermero basta para hacerme comprender que no tiene tiempo de mostrarse amable. No sé lo que pasa, pero en la quinta planta reina gran agitación. Enfermeros y médicos corren de forma ciertamente organizada, aunque a mí me resulte bastante anárquica. Algo ha debido de pasar, pero en estos momentos me importa un bledo.

Mi mente se ha evadido. Anda por ahí, en alguna parte entre mi cuerpo y mi corazón. Jamás me había declarado en circunstancias semejantes. De todas formas, a ver quién es el guapo que se ha visto en una situación similar.

Cojo la escalera porque todos los ascensores están requisados para el caso urgente que parece suscitar el pánico entre la mitad de la planta. Cuando llego a la planta baja, también allí reina gran agitación. Salgo del edificio pegado a las paredes a fin de no estorbar a los batas blancas que se precipitan hacia el exterior. A unos treinta metros percibo a un tropel de sanitarios. Esa debe de ser la razón del pandemónium.

Me dirijo a mi coche, siempre con la mente aferrada al frágil cuerpo que ocupa la habitación 52 de la quinta planta. Ese cuerpo que habría querido estrechar entre mis brazos. Sin embargo, cuando he visto esas piernas tan delgadas y frágiles tras meses de inmovilidad, he reprimido mi deseo egoísta y me he limitado a sentarme de nuevo junto a ella antes de irme. Me habría aterrado romper algo.

Llego a mi casa veinte minutos más tarde sin haber sido realmente consciente del trayecto. Me acomodo en el sofá, con todos los sentidos dormidos. Mis gestos no son sino meros reflejos y hábitos. Una idea va calando en mí lentamente mientras doy sorbos a un vaso de zumo de pera.

Amo a alguien y ese alguien lo ha oído.

Lanzo un hondo suspiro y me muerdo el labio inferior para reprimir, en vano, una enorme sonrisa. Si alguien me pidiera que le explicase la situación, sin duda diagnosticaría que estoy loco. Alejo ese pensamiento diciéndome que si la hubiera conocido antes de que cayese en coma, a fin de cuentas la situación diferiría poco.

El timbre del teléfono me obliga a abandonar el sofá y mi sueño despierto.

—¿Diga? —contesto con un bostezo.

—¿Ya estás cansado a estas horas?

—Julien... ¿Qué pasa, es que ahora ni siquiera tengo derecho a bostezar?

—¡No cuando yo te llamo!

—Vale, ¿y para qué me llamas?

Mi mejor amigo se lanza a un breve cuestionario sabiamente preparado por su

esposa en relación con el bautizo de Clara. Que si me lo he pensado bien, que no debo olvidarme, lo que tengo que hacer durante la ceremonia, y toda la pesca.

—¡Tranquilo, me acuerdo de todo! ¿Qué intenta hacer Gaëlle? ¿Someterme a un último test de padrino? ¿No ha bastado con este fin de semana?

—Sí, sí, te ocupaste perfectamente de Clara. Gaëlle está muy satisfecha.

—¿Pues entonces?

—Verás, solo trato de liberarme un poco del estrés.

Ahí sí que me pilla desprevenido. ¿Mi mejor amigo estresado?

—¿Qué te pasa? —me apresuro a preguntarle.

—Nada, es solo que la organización del bautizo nos pone un poco de los nervios a los dos.

El tono de Julien me hace dudar.

—Julien... ¿Qué esperas de mí exactamente?

—¿Tienes un momento esta noche?

—¡Por supuesto que tengo un momento para ti! Pero a ver, ¿qué ocurre?

Las respuestas de Julien empiezan a inquietarme de verdad.

—¡Oh, nada grave, no te preocupes!

—Entonces, ¿a qué viene todo esto?

—Es solo que tengo algo que decirte. ¿Te parece que nos encontremos en el pub? O no, mejor en tu casa. ¿Te viene bien?

—¡Sí, perfecto! Pero ¿estás seguro de que va todo bien?

—Muy seguro. Hasta ahora.

Julien cuelga. Me quedo perplejo un momento y renuncio a la idea de volver a llamarlo para averiguar más. No tardará en presentarse en casa, así que bien puedo esperar un poco.

Echo una ojeada al piso. La verdad es que al volver hace un rato no he prestado demasiada atención, puesto que solo estaba concentrado a medias en lo que hacía, pero la sala está hecha un desastre.

Aprovecho la media hora que tardará Julien en llegar para poner un poco de orden, y acto seguido examino lo que puedo ofrecerle aparte del zumo de pera. Tras cinco minutos de búsqueda activa, la respuesta es evidente: nada. Tanto da, es mi mejor amigo, no me lo reprochará.

Suena el interfono. Abro a Julien y lo espero en el umbral de la puerta. Cuando llega, un minuto después, lo miro de hito en hito para tratar de comprender su repentina visita a mi casa. Me da un beso y se apresura a entrar, se descalza, se planta en la sala en dos zancadas y se derrumba en el sofá.

Le enseño la botella de zumo de pera sin decir ni pío. Responde con un gesto de la mano que por él está bien. Ninguno de los dos ha dicho una sola palabra desde el intercambio por interfono. Me instalo frente a él y lo escruto. Lo cual me hace reír, dado que por lo general ocurre al revés.

—¿De qué te ríes? —me pregunta.

—En los últimos tiempos eras más bien tú quien esperaba a que hablase. Ahora deberías decidirte a abrir la boca.

Julien asiente con la cabeza y veo una sonrisa asomar a sus labios. Después se incorpora, se aprieta la mano derecha con la izquierda, señal evidente de su desasosiego, y hace una profunda inspiración.

—Gaëlle está embarazada.

En una fracción de segundo, paso por multitud de estados. Feliz por mi amigo, celoso de él, contento por Clara, que tendrá un hermanito o hermanita, ansioso por mi pareja de amigos, que tendrán que bregar con un segundo hijo en casa, y entonces comprendo la necesidad de Julien de «liberarse del estrés», como me ha dicho por teléfono. Sin embargo, resumo todo eso en una breve frase.

—¡Pero eso es genial!

Julien clava la vista en mí y por fin veo iluminarse su rostro.

—¡Y que lo digas!

Me levanto para estrecharlo entre mis brazos. Percibo toda su emoción ante la idea de ser padre por segunda vez. Incluso observo que llora un poco, seguramente de alegría, de qué otra cosa iba a ser.

—¿Y tú qué tal, todo bien? —me pregunta mientras vuelve a sentarse en el sofá.

—¿Con una nueva pareja? ¡Pues claro!

—Oye, pero... Quiero decir...

Comprendo el leve malestar de Julien. Sabe que adoro a los niños. Todo el mundo lo sabe. Y sabe asimismo que el hecho de que no los tenga empieza a atormentarme.

—Todo va bien, Julien. No te sientas incómodo. Encontraré a la persona adecuada a su debido tiempo.

—¡Pero eso es un enorme progreso! —exclama sinceramente.

—Sí, lo sé. Bien, ¿me explicas por qué estabas tan estresado?

Prefiero desviar la conversación, no me apetece hablar de mi situación con Elsa.

—Pues la verdad, era eso precisamente lo que me angustiaba —confiesa.

—¿El qué?

—Tú.

—¿Yo?

—El hecho de anunciártelo.

Me habría deshecho en lágrimas si mis principios de virilidad no se impusieran con tanta fuerza en una situación como esta. Los dejé de lado la última vez que lloré en el pub, pero ahora me aferro a ellos.

—Julien... Te aseguro que puedes dejar de torturarte con eso. Por supuesto, estoy un poco celoso de la maravillosa familia que tienes, pero me considero preparado para fundar la mía propia, de manera que olvidémoslo, ¿vale?

Julien parece escrutar en mi rostro si no habré colado una mentira en alguna parte. Aparentemente no encuentra nada. Asiente con la cabeza y yo le sonrío divertido. Ambos nos echamos a reír, cuando de pronto mi teléfono suena de nuevo.

—Perdona, vuelvo en seguida —le digo entre carcajadas.

Descuelgo sin mirar la procedencia de la llamada, siempre sumido en la euforia de la noticia que acabo de recibir. Me pongo serio de repente al oír el ruido ambiental que se percibe tras la voz femenina. No llego a asociar con ello un lugar determinado, pero algo me dice que esta llamada no es anodina.

—¿Señor Gramont?

—Soy yo.

—Buenas noches. Le llamo del hospital de Rosalines.

Se me hiela la sangre. La voz de la enfermera desaparece tras una pantalla sonora que mi cerebro fabrica por su cuenta a fin de ocultar la información mientras busca las razones posibles de semejante llamada. La primera persona que me viene a la mente es Elsa, pero no veo por qué el hospital iba a ponerse en contacto conmigo en relación con ella.

—¿Oiga? ¿Señor Gramont? ¿Sigue ahí?

—Eh... Sí, discúlpeme. No he oído nada. ¿Puede repetir, por favor?

—Decía que me he puesto en contacto con usted porque no he conseguido comunicarme con la otra persona, la señora Gramont. Supongo que se trata de su madre, ¿no?

—Sí, así es. ¿Qué ocurre?

—Yo... Lamento infinito anunciarle esto por teléfono, pero... Su hermano ha fallecido. Se ha caído por la ventana de su habitación hace más o menos una hora. Hemos intentado reanimarlo, pero ha sido en vano. Todo el equipo está convencido de que se trata de un suicidio. Lo lamento muchísimo. Tendrían que pasarse por el hospital para resolver las cuestiones administrativas, y también para..., bueno, ya me entiende.

Si vuelve a decir una sola vez que lo lamenta, le cuelgo.

—¿Señor Gramont?

Me estoy hundiendo. Tengo un frío terrible. Aunque mi mente acaba de quedarse vacía, encuentro pese a todo la manera de responder.

—Estaré ahí dentro de media hora con la señora Gramont.

Cuelgo sin darle tiempo a decir nada. Me había alejado por costumbre, a fin de no molestar a Julien con la conversación telefónica. Finalmente, es él quien siento que se me acerca por la espalda.

—¿Thibault? ¿Qué pasa?

En un primer momento me quedo plantado frente a la ventana, pero después me vuelvo despacio. Mis principios de virilidad están a punto de saltar por los aires.

—Es Sylvain...

Julien comprende de inmediato. Sin embargo, no veo cómo es posible. O bien simplemente es que ha captado que había ocurrido algo importante.

—¿Hay que ir al hospital?

—Primero he de pasar a recoger a mi madre.

—¿Tan grave es?

Asiento con la cabeza, incapaz de pronunciar una sola palabra más. Julien se pone en movimiento a mi alrededor mientras que yo permanezco inmóvil, me lanza los zapatos y la chaqueta de astronauta. No sé cómo me las apaño para aterrizar en el asiento del copiloto de su coche. Tampoco sé cómo mi madre aterriza detrás. Ya no sé nada. Nada en absoluto. Solo soy consciente del dolor y de esa jodida barrera que uno trata de levantar a su alrededor.

Me dijo «hasta mañana».

Va a hacer una semana de eso.

He repasado nuestro último encuentro un número incalculable de veces para ver si me había equivocado, pero no. Estoy segura de que me dijo «hasta mañana». Al principio estaba bastante tranquila. Quizá simplemente tuviera otras cosas que hacer. Seguro que tenía otras cosas que hacer. Lo que no quita para que sintiera una punzada de celos.

Tuve un atisbo de esperanza durante la semana, cuando el picaporte de mi puerta chirrió, pero solo era un médico. No supe exactamente cuál, aunque me inclino bastante a creer que era mi interno. Me parece que hojeó mi bloc y garabateó algo en él. También se demoró ante todas mis pantallas como si las estudiara, y luego se marchó sin pronunciar una sola palabra. A decir verdad, ¿para qué iba a hablar?

Entonces experimenté nuevas emociones. Decepción, angustia pasajera. Miedo.

Estaba claro que esta última tenía que acabar sintiéndola. No obstante, habría preferido dejar que apareciera en último lugar. Sobre todo porque no es el tipo de miedo que me gusta experimentar.

En un glaciar, cuando llevaba los crampones en los pies y divisaba un puente de nieve o una grieta, siempre tenía algo de miedo. Pero era un miedo con la adrenalina controlada, como solía decir a Steve. Sabíamos que casi todo dependía únicamente de nosotros, de la manera en que los cruzáramos, de nuestra delicadeza y nuestra rapidez, de nuestra agilidad y nuestra inteligencia. Siempre existía una parte de suerte, claro está, pero, francamente, uno no practica alpinismo si no está dispuesto a correr riesgos a cada paso.

Lo que hoy experimento es un miedo que me devora desde el interior. No tengo el menor control sobre él, ninguna manera de sofocarlo debajo de otra emoción. Estoy a la expectativa, y esa expectativa resulta interminable.

Primero tuve miedo de que Thibault no volviera nunca. Lo que implicaba que mis ejercicios ya no serían tan eficaces, y por consiguiente ya no despertaría a tiempo. En medio de todo eso, tuve miedo de que le hubiera ocurrido algo. En pocas palabras, era seguro que mi organismo volvería a ponerse en funcionamiento en torno a esa química terrible.

Por fortuna, eso estimuló un poco todo lo demás. Estoy recuperando a marchas forzadas el sentido del tacto. Hasta me parece haber captado un tenue olor a jazmín en el momento en que la auxiliar de clínica me ha puesto dos gotas en el cuello, aunque no tenía manera de saber si era simplemente fruto de mi imaginación o si la

información era real. Una vez más, he optado por creer que era real. Puestos a morir, más vale tratar de almacenar la mayor cantidad de información posible, aunque esta se limite a percibir un aroma a jazmín. O a inventarlo.

Tengo la impresión de ser una bolsa en desorden. Una bolsa llena de un montón de cosas tan grotescas como naturales, pero que se enmarañan las unas en las otras. Ya no establezco realmente la diferencia entre las informaciones que me asaltan. Cada vez hay más. Es como si mi cerebro llegase al punto de saturación. Como si las zonas activas apenas midiesen unos nanómetros cuadrados y estas tres últimas semanas hubieran ocupado todo el espacio. Se apilan, se superponen. Temo que acaben por mezclarse. Por eso a diario me digo que tal vez haga menos de una semana que Thibault me dijo «hasta mañana», pero la radio de la mujer de la limpieza me confirma la fecha todas las noches.

Y no deja de ser curioso, pero tampoco mi hermana se pasó por aquí el miércoles. Tal vez tuviera exámenes. Tal vez su última visita la alteró demasiado. No tengo la menor esperanza de que esté ya con Steve. Él no forma parte en absoluto del pelotón que la sigue. Sencillamente, confío en que lo consiga. Steve se merece una bonita historia de amor, y ya sería hora de que ella viviese una de verdad.

También a mí me habría gustado tanto vivir una...

Tengo la impresión de que resulta esencial y al mismo tiempo ridículo pensar eso. ¿Cómo, en mi estado, puedo conceder una importancia tan capital a una historia de amor? Debería desear vivir para moverme, volver a un glaciar, ver a mi familia, conocer gente, descubrir el mundo, sonreír sin cesar y reír una y otra vez. Sé que son cosas que me importan. Enormemente, además. Sin embargo, también sé que el sentimiento del amor es el que pone color a todo ello.

Sonrío mentalmente. Podría aportar tanta información a mi hermana con mis historias de colores... Realmente le serviría para Bellas Artes. No le deseo que ocupe mi lugar para descubrir todo lo que he aprendido, pero me gustaría compartirlo con ella. No sé si después sería capaz de adaptarlo al mundo real a través de la pintura y los pinceles, pero valdría la pena intentarlo.

Ya está, ya empiezo a divagar. Tengo que dejar de pensar. Bueno, dejar de pensar en tantas cosas al mismo tiempo. En tantas personas. Eso me confunde.

Encontré la solución ayer, bueno..., lo que yo considero que era ayer. Ya había dado con ella hacía tiempo, pero no era consciente de hasta qué punto esa pequeña actividad me permitía olvidar todo lo demás. Hasta que no la apliqué no me di cuenta de en cuán gran medida aliviaba mi mente. Por lo tanto, la recupero ahora.

Quiero volver la cabeza y abrir los ojos.

Quiero volver la cabeza y abrir los ojos.

De vez en cuando se entromete un pensamiento fugaz. Un «quiero amar», que ahuyento de inmediato. Eso me arrastraría a una divagación demasiado nefasta.

Quiero volver la cabeza y abrir los ojos.

Aunque solo me ocurra medio segundo antes de que mi mente se apague de

manera definitiva, quiero volver la cabeza y abrir los ojos.

Thibault

El ruido de una puerta que se cierra en mi rellano me sobresalta. Abro los ojos con dificultad y espero a que mis pupilas se acostumbren a la oscuridad.

En un rincón de la estancia, el pequeño reloj electrónico indica las 2.44. Oigo el murmullo líquido de la nevera en la cocina, el zumbido de uno o dos coches abajo en la calle. Varios pilotos rojos brillan cerca de mí. Las farolas naranja de la ciudad proporcionan algo de luz a mi piso.

Si no tuviera esa maldita presión a la altura del estómago, diría que se trata de una noche normal, tranquila, en que me habría dormido en el sofá leyendo algo. Solo que sobre la mesa de la sala no hay ningún libro, tan solo el cadáver de una botella de zumo de pera, y que debe de hacer dos días que no he tomado una ducha. O quizá tres...

Aparto la vieja manta con los pies y me incorporo. La cabeza me da vueltas. También creo que hace veinticuatro horas que no como nada. ¿Cuánto tiempo llevo sentado en el sofá exactamente?

Más vale que no busque la respuesta.

El estómago se me cierra todavía más. No consigo averiguar si tengo hambre o no. En cualquier caso, sería juicioso que comiera algo.

Me levanto torpemente y me dirijo a la cocina. Mi nevera sigue bastante llena, pero los primeros víveres que saco, o no me interesan en absoluto o están caducados. Finalmente me decido por una hamburguesa y pasta. La comida del perfecto estudiante, pero, a casi las tres de la madrugada, es lo único que me apetece.

Pongo agua a hervir, preparo la pasta al lado. La sartén empieza a calentarse y echo el trozo de carne en ella. Llevo a cabo los últimos preparativos, es decir, sacar un plato, cubiertos y un escurridor, en la confusión más absoluta, y luego me dejo caer en una silla.

Lo he hecho todo en la oscuridad, con la débil luz de las farolas por toda iluminación. Ignoro cómo sería comer en semejante penumbra, pero sé que no me apetece intentar la experiencia. Me retrepo en la silla con el fin de acceder a la campana extractora. Tengo el brazo lo bastante largo para poder pulsar el pequeño interruptor. La luz amarillenta queda a mi espalda, pero proporciona la suficiente claridad para permitirme distinguir mi entorno. Con eso bastará.

Otra lucecita, blanca y parpadeante, atrae mi atención en la sala. Se trata de mi móvil. También lo he dejado de lado desde hace varios días, al igual que el teléfono fijo. Incluso me tomé la molestia de cambiar el enunciado del contestador de este último diciendo que si había algo realmente muy importante, debían dejar un mensaje

y ya lo escucharía. En caso contrario, la gente no tenía más que colgar. Recuerdo haber oído a mi madre un par de veces, que quería saber cómo estaba. Y también a Julien y Gaëlle. Ahora bien, pasado el primer día, nada de nada.

Con el móvil no hice lo mismo. No iba a enviar un mensaje al mundo entero para explicar mi situación. Debe de tener una treintena larga de notificaciones diversas. Entre los mensajes de voz y los de texto, me mantendré ocupado toda una mañana. Sé que entre los de mi madre y los de Julien habrá otros de miembros de la familia, y lo que es peor, me consta que hablarán de la comida de Navidad, que tendrá lugar dentro de unos días. También mi primo ha debido de intentar ponerse en contacto conmigo desde el sábado pasado.

A mi espalda, el agua rompe a hervir. Me levanto para echar la pasta, doy la vuelta a la hamburguesa, cuyo aroma ya me hace salivar, y tranquilizo mentalmente a mi estómago haciéndole comprender que la cosa no tardará. Resulta curioso ver hasta qué punto nuestros instintos primarios pueden hacer acto de presencia cuando uno menos se lo espera. Estoy deprimido por la muerte de mi hermano y el estómago me pide que le dé de comer. Podría parecer descabellado, pero no, es el ciclo natural de las cosas.

También fue lo que dijo la persona que enterró a mi hermano el sábado pasado. Todo es cíclico. Nacemos, vivimos, morimos. Se trata del ciclo vital, que para los demás prosigue hasta que desaparecen a su vez. En lo que a mí respecta, no sé cuándo empecé, pero lo cierto es que tengo la sensación de estar bloqueado en el centro de un círculo vicioso sin manera alguna de salir de él.

Sí, de hecho sé muy bien cuándo empecé. Empecé el jueves pasado, cuando llegué al hospital con mi madre y Julien. No tardó en resultar evidente que en efecto mi hermano se había suicidado y que no se trataba de un accidente. Había dejado varios indicios en su habitación, uno de los cuales me estaba personalmente destinado. Cuando éramos pequeños, decíamos que algún día seríamos pilotos de línea y que los dos volaríamos juntos. En el avión de papel depositado sobre su cama, figuraba escrito: «Hemos volado cada cual por su lado, solo que no hemos elegido la misma pista de aterrizaje.» Debajo había un *smiley*, y aunque la semejanza con la manera en que había puesto fin a su vida habría podido resultar turbadora, sé que mi hermano hablaba simplemente de nuestras opciones de vida.

A continuación todo se fue encadenando sin que realmente yo prestara atención. Los papeles, el entierro, mi jefe que me concede dos semanas de permiso, el bautizo de Clara, en el que todo el mundo me dejó tranquilo porque Gaëlle y Julien habían avisado a la mayoría de los reunidos... Conseguí esbozar una sonrisa cuando tuve a Clara en brazos en el momento de firmar en el enorme libro, y me largué justo después de la ceremonia. Fue al volver a casa cuando cambié el mensaje del contestador. Desde entonces no he tenido contacto con nadie.

El olor de la carne asada me devuelve a mi ser. Preparo el plato y lo deposito sobre la mesa. Me sorprende la voracidad con que devoro la comida. Vacío media

botella de agua y vuelvo a llenarla antes de regresar a la sala. No sé si es por el hecho de haber comido, o simplemente por haberme despertado a semejante hora, pero el caso es que tengo muchísimo sueño. Por primera vez en varios días, me desplomo en el sofá con verdadera intención de dormir. No tengo tiempo de contar hasta tres cuando ya las tinieblas me arrojan de nuevo.

Esta vez es el timbre de la puerta lo que me despierta. Una ojeada rápida al reloj. Son casi las once de la mañana. La sala está inundada de luz, y pese a todo dormía muy profundamente. El ruido estridente del timbre me hace sobresaltarme de nuevo y farfullo un confuso «¡Ya voy!» al tiempo que me libero de la manta.

El pequeño espejo detrás de la puerta de entrada debe de serme útil por primera vez en un año, pues me tomo tres segundos para tratar de domar mi cabello. Por lo demás, estoy vestido, con la misma ropa desde hace una eternidad, pero más vale eso que nada.

Abro la puerta con la firme intención de enviar a hacer puñetas a la persona que se encuentre detrás y reprimo mi exabrupto al ver a la abuelita que tengo por vecina.

—¡Ah, sí que está! —exclama—. No sabía si estaba de vacaciones, ¡porque su buzón está hasta arriba! Me he permitido recuperar lo que asomaba. Tenga. Por cierto... Debería tomar una ducha.

Me lanza un guiño y me quedo desconcertado hasta que vuelve a su piso. Entonces me doy cuenta de que es ella la que ha dado un portazo hacia las tres de la madrugada. Tiene una energía sorprendente para su edad. Y no pierde el tiempo con zalamerías.

Echo un vistazo a las cartas que me ha traído. Nada importante, de manera que las dejo en la sala. Dudo entre un café y una ducha, opto por el café primero, la higiene ya vendrá después. El hambre me saca del cuarto de baño, y me encuentro de nuevo rebuscando en la nevera. Mientras la comida se cocina tranquilamente, cojo la pila de correo y finjo examinarla con interés.

Estaba en lo cierto, no hay la menor urgencia. Incluso se trata de correspondencia completamente inútil. El tenue parpadeo blanco de mi móvil pasa por mi campo de visión en el momento en que llevo el correo a la entrada. Me digo que, a falta de abrir las cartas, mejor dar un paso más y examinar el móvil.

Leo con rapidez los mensajes escritos y respondo muy brevemente a Julien, a mi primo y a mi madre. No me apetece llamar a nadie. Luego viene la larga lista de mensajes de voz, y activo el altavoz para escucharlos todos, gritando «eliminar» de vez en cuando desde la cocina, donde estoy vigilando la comida. Debo de andar por el duodécimo cuando una voz nueva empieza su discurso.

—Hola, Thibault. Soy Rebecca. Seguro que me recuerdas, nos hemos visto dos veces en el hospital. Debe de extrañarte que tenga tu número, pero he acabado por hacerme con él a fuerza de preguntar al personal del hospital. Quería avisarte, y Alex y Steve están de acuerdo conmigo. Van a desconectar a Elsa. Está decidido. Su familia lo tiene previsto para dentro de cuatro días. No sé si quieres venir a despedirte

o algo así. Ahora ya tienes mi número, de manera que no dudes en llamar.

Mi cuerpo y mi mente se ponen en marcha a la velocidad del rayo. Corro al móvil para volver a escuchar el mensaje y me peleo con el teclado. Al cabo de un minuto consigo por fin averiguar de cuándo data la llamada. Rebecca se puso en contacto conmigo el lunes 16. De creer en lo que me muestra el móvil, estamos a 20. No necesito hacer grandes esfuerzos para comprender que «dentro de cuatro días» es hoy. Mi reloj personal deja de girar, y luego, poco a poco, todo se pone de nuevo en marcha en mi cabeza.

Apago el gas y corro a recoger mis cosas. Ni siquiera me entretengo en atarme los zapatos y ponerme la chaqueta. Cuando llego al coche, no recuerdo si he cerrado la puerta con llave. Lo único que tengo claro es que he sido el tío más imbécil sobre la faz de la tierra.

¿Cómo he podido olvidarlo? ¿Cómo he podido olvidar a Elsa?

Mientras conduzco, tomo conciencia de que no es que la haya olvidado, sino que he dejado de creer en ella. El suicidio de mi hermano me ha obligado a poner en tela de juicio cuanto pensaba sobre el hecho de que Elsa pudiera oírme. Ella era mi salvoconducto mientras mi hermano estaba ahí. A partir del momento en que nos dejó, tuve la impresión de que Elsa me dejaba también. Solo que en definitiva fui yo quien la abandonó. Menudo idiota...

Sé que puede oírme. Estoy seguro de ello.

Ahora bien, la pregunta que debo hacerme no es: «¿Cómo he podido ser tan estúpido para dejarla de lado?», sino: «¿Por qué tienen intención de desconectarla?»

Y es con esa pregunta en mente como me adentro en el pasillo de la quinta planta del hospital. Mi corazón y mi razón se preparan para los argumentos que sin duda voy a tener que esgrimir dentro de unos instantes.

Elsa

Tengo miedo.

Al menos, eso está claro. Estoy aterrorizada.

Por lo demás, no debo de ser la única que lo está. Hace largo rato que el médico y el interno han salido. Solo se han quedado para los preliminares, la parte médica. Me entran ganas de decir la parte eléctrica, porque, francamente, apagar todos los aparatos que me rodean hasta un niño de seis años habría podido hacerlo.

Ahora quedan tres personas conmigo. Hemos llegado a ser nueve, contándome a mí, en esta pequeña habitación. Digamos que estaba abarrotada. Steve, Rebecca y Alex han salido hace un momento. He creído entender que esperaban abajo. Tengo ganas de vomitar solo de pensar en ello. Mis amigos están esperando a que yo... Qué horror. En su lugar, ya habría devuelto el desayuno y habría querido poner el máximo de tierra posible de por medio. Ellos se han limitado a huir cinco pisos más abajo. Eso supone cierta distancia, pero no deja de seguir siendo el recinto del hospital.

Mis padres y mi hermana están aquí, y ellos también aguardan. Tengo ganas de decirles que se larguen con viento fresco. No quiero su amor, y menos aún su aflicción. No han creído en mí, lo cual resulta repugnante. Aunque tal vez tengan razón, en el fondo. ¿Qué sentido tiene una vida en que solo puedo recibir sin dar nada a cambio? Si he de pasar el resto de mis días únicamente oyendo y sintiendo, me pregunto si no es mejor...

La puerta se abre. Los pasos son rápidos, la respiración jadeante. Mis padres parecen sorprendidos, visto el ritmo de los sollozos, de manera que no es el médico que ha cambiado de opinión.

—Hola —dice mi madre con voz infinitamente triste—. Viene usted a...

—Mamá —la interrumpe mi hermana—, ¿a qué quieres que venga? Anda, ven, dejémoslo tranquilo dos minutos. Ya llevamos aquí hora y media, Elsa tampoco se irá de un momento a otro.

El tono de mi hermana, entre firmeza y dolor desmesurado, me anonada.

—¿Por qué hacen esto?

El corazón me da un brinco en el pecho, provocando una breve aceleración de mi pulso debilitado, a la que nadie presta atención.

Mi arco iris.

No he reconocido su paso ni su manera de respirar, y eso que sin el ruido del respirador la habitación está más bien silenciosa. Tal vez a mi cerebro empiece realmente a faltarle oxígeno, hace más de una hora que respiro por mí misma, o que lo intento, más bien. Mi cerebro sabe que resulta difícil, pero trato de mantener el

tipo. Sin embargo, ahora que he oído la voz de Thibault, es como si mi organismo quisiera aferrarse a una postrera esperanza.

Mi madre empieza a balbucear un simulacro de frase.

—¿Qué quiere decir con por qué...?

—¡Mamá, eres increíble! Por qué la desconectamos, ¿eh? ¡Eso es lo que quiere saber! ¿A que es eso? ¿No es eso lo que quieres saber?

La amargura de mi hermana resuena en toda la habitación. Creo que nunca ha estado de acuerdo con mis padres en el hecho de desconectarme.

—Sí, es lo que me gustaría saber —contesta al fin Thibault.

—¡Pregúntaselo a ellos! —escupe mi hermana antes de salir del cuarto.

—Pauline —la llama mi madre—. ¡Vuelve aquí! Menuda... Voy a buscarla.

—Déjala en paz —dice mi padre con un suspiro.

—No, voy a buscarla.

Cierra de un portazo. Imagino a mi padre y a Thibault, los dos en la habitación. En otras circunstancias, el encuentro habría podido ser muy interesante. Pero ahora, tengo a mi lado a dos almas tan perdidas la una como la otra.

Thibault se acerca a mí y me besa en la mejilla. Visualizo perfectamente cómo mi padre se pone tieso. No tiene la menor idea de quién es Thibault, y a decir verdad, tampoco puede decirse que yo lo sepa, pero ver a un desconocido besar a su hija no debe de dejarlo indiferente.

—Aún respiras... —me susurra Thibault al oído con alivio, antes de incorporarse—. ¿Entonces? —pregunta a mi padre sin apartar la mano de mi hombro.

—Ya no hay la menor esperanza —responde este en tono derrotista.

—Eso es porque ustedes lo han decidido así.

—¿Cree que ha sido una decisión fácil?

Mi padre empieza a enfurecerse. Me entran ganas de avisar a Thibault, pero no puedo hacer nada. De manera que me contento con escuchar. Después de todo, es lo que mejor sé hacer. Durante los breves instantes que me quedan.

—Resulta más fácil que creer en ella —replica Thibault—. ¡Nos está oyendo! ¡Sabe que estamos aquí! ¿Cómo pueden condenarla?

—Sí, ya lo sé —dice mi padre, bastante nervioso—. Todo eso de que la gente en coma nos oye. Sin embargo, debe rendirse a la evidencia: Elsa ha elegido dejarnos.

—¡No ha elegido nada en absoluto! ¿Qué quiere que elija en su estado?

Desearía poder decir a Thibault que en eso se equivoca. Sí que tomé la opción de intentarlo. El inconveniente es que no funcionó a tiempo.

—Pero ¿quién es usted, para empezar? —pregunta de pronto mi padre.

—Un amigo de Elsa.

Esa respuesta me la sé de memoria. No sé por qué, pero hoy me decepciona un poco.

—Pues no lo había visto nunca —prosigue mi padre—. ¿Forma parte de los que la acompañan a esos..., a esos glaciares?

Ha pronunciado la última palabra con tal repugnancia que sin duda ha debido de hacer una mueca al mismo tiempo.

—No. Pero eso qué más da. No pueden desconectarla. ¡No antes de que despierte!

—Elsa no se despertará.

—¿Y usted qué sabe? ¡Le digo que nos oye!

—¡Pues así son las cosas! ¡Y no tengo por qué escucharlo, cuando no es más que un supuesto amigo del que jamás he oído hablar y que ignora por lo que mi mujer y yo hemos tenido que pasar para llegar a esta decisión! ¡Quiero a mi hija! ¡Mi mujer y yo queremos a nuestra hija! ¿Con qué derecho se permite darme su opinión?

Mi padre ha acabado gritando. La voz de Thibault contrasta en volumen. Su respuesta es casi cuchicheada.

—Porque amo a su hija.

Sensación de calor y frío mezclados. Picores en los dedos. El sensor de pulso, único aparato al que sigo conectada, refleja la aceleración de los latidos de mi corazón. Oigo a Thibault volverse hacia mí.

—¿Elsa? ¡Elsa, sé que me oyes! ¿Lo ha visto? —le suelta a mi padre—. Ha reaccionado.

—No, es solo una desviación aleatoria. Sus médicos nos lo han explicado todo. Ahora déjela.

La cólera de mi padre se ha transformado en exasperación.

—Ni hablar —dice Thibault—. Yo no me muevo de aquí.

—Bah... Haga lo que quiera. Pero, oiga... ¿Qué está haciendo?

Esta vez discierno claramente inquietud en la voz de mi padre. Entonces reparo en un ruido que se ha vuelto bastante habitual, el de todos mis aparatos al ser toqueteados. El inconveniente es que ya no hay ninguno unido a mí. Comprendo que Thibault tiene intención de conectarlo todo de nuevo. Solo que no sabe poner un gotero o introducirme los tubos nasales.

—Lo que debería haber hecho usted mismo —dice Thibault, concentrado en mí.

—Pero está usted loco... ¡Deje eso! ¡Deje eso inmediatamente!

—Intente impedírmelo.

El tono de Thibault habría dejado helado a cualquiera. El arco iris se ha congelado en un instante en un azul-blanco digno del más sólido glaciar que conozca.

—Voy a buscar a los médicos.

Mi padre se aleja, la puerta se cierra. Estoy sola con Thibault.

Empuja las máquinas, busca los tubos. No obstante, creo que las enfermeras han hecho demasiado bien su trabajo. Ya no debe de quedar nada en la habitación aparte de mi respirador, demasiado pesado para desplazarlo, y del sensor de pulso, que pronunciará la decisión final. Noto una mano temblorosa en mi hombro.

—Elsa, te lo ruego. Sé que me oyes. Yo no sé nada del coma. Pero sé que estás ahí. Por favor...

La puerta de mi cuarto se abre con estrépito, pero el sonido me llega ahogado.

Oigo a mi padre. Creo que unos pasos se precipitan hacia mí. O más bien hacia Thibault, puesto que me doy cuenta de que lo arrancan de mi lado. Los ruidos son cada vez más apagados. Solo consigo identificar las voces en medio de un barullo ruidoso y, pese a todo, curiosamente silencioso. El médico, el interno, mi padre, mi madre y mi hermana histéricos. También Steve está aquí. Habla con alguien, incluso le grita.

Me siento ligera y pesada al mismo tiempo. Ya no sé dónde estoy. Todo se embrolla. Como siempre que todo se embrolla, me refugio en mi ejercicio.

Solo una vez.

Solo una vez antes de que todo se borre.

He anulado cuanto ocurría a mi alrededor. Estoy concentrado tan solo en ella. Mi cuerpo entero se rige por reflejos, o bien es que mi cerebro se ha aferrado literalmente a dos únicas tareas: tratar de liberarme de la presa de Steve y mirarla a ella.

Si deja de respirar, creo que también yo lo haré.

Ahora que he dejado de debatirme, solo se oyen gruñidos, respiraciones, murmullos. También algunos llantos. Tal vez el mío sea uno de ellos. Tanto da. Sin embargo, la totalidad de esos sonidos está ritmada por el bip lento, tremendamente lento del monitor.

La curva luminosa me hipnotiza. Paso de ella a Elsa, consciente de que, por primera vez, puedo oír su respiración sin artificios. Parece tan lenta, tan débil...

Con tanta gente rodeándome y vigilándome, no me atrevo a abrir la boca. Tengo ganas de decir tantas cosas a Elsa... Y al mismo tiempo, todo podría reducirse a unas cuantas palabras. Relajo los hombros de golpe, el apretón de Steve se afloja poco a poco.

—Tienes que dejar que se vaya, tío.

Mi cabeza se lanza hacia delante y los ojos se me anegan de lágrimas. Mi boca repite una y otra vez el nombre de Elsa sin pasar del murmullo, luego recupero la voz con una última brizna de esperanza.

—¡Elsa, demuéstreselo!

Noto que todas las miradas se vuelven hacia mí.

El bip sigue con su pulsación cada vez más lenta. Tengo los puños tan apretados que mis manos deben de estar completamente blancas. En mi mente, inicio una cuenta atrás. «Diez... Nueve... Elsa, despierta... Ocho... Siete... Va, sé que me oías... Seis... Reaccionaste cuando... Cinco... Cuatro...»

—¿Qué es lo que...?

La voz de la joven con la que ya he tenido ocasión de cruzarme me saca del recuento. Supongo que es la hermana de Elsa. Aunque no se parecen mucho, he detectado cierta semejanza en sus rasgos.

—Se diría que su ritmo cardíaco está aumentando...

Levanto la cabeza. Su hermana tiene razón, los números en la pantalla son más elevados que cuando he mirado antes. Vuelvo la vista hacia los médicos, a mi izquierda. A uno lo reconozco, fue el que me explicó lo de la asistencia electrónica de Elsa. Los dos parecen perplejos, pero creo ver un fulgor de esperanza en los ojos del interno. Su superior niega con la cabeza al tiempo que le cuchichea algo. El interno se vuelve hacia la familia.

—Aleatorio.

Es lo único que dice. No quiero volver a oír esa palabra en mi vida.

Solo una vez. Solo una vez.

El ejercicio acapara la menor parcela activa de mi cerebro.

Ya no oigo nada. Únicamente deseo una cosa.

Solo una vez.

Quiero volver la cabeza y abrir los ojos.

Mi corazón deja de latir en el momento en que el suyo acelera. Me hundo en esa mirada que solo pude ver una vez. Mis labios se entreabren en una inspiración común a cuantos se encuentran en la habitación. Todo permanece en suspenso.

Sé que las agujas de mi reloj siguen girando, pero la inmovilidad total de los que me rodean, incluido Steve, me produce la impresión de que el tiempo se ha detenido. Me siento un privilegiado, soy el único que se acerca a ella.

Vuelvo a cerrar los ojos. Había demasiada luz. Los abro lentamente otra vez y en ese momento él está delante de mí. No llegaré al extremo de decir que lo prefería como arco iris, porque mi cerebro aún no consigue interpretar todos los colores visibles. Solo sé que lo he conseguido, y sus palabras se hacen eco de mis pensamientos.

—Estás aquí.

Estoy aquí.



CLÉLIE AVIT nació en 1986 en Saint Etienne y creció en Auvernia. Estudió en Lyon y se graduó como profesora de fisicoquímica. También es profesora de danza. En 2015 ganó el Premio Nuevo Talento de la Fundación Bouygues Telecom con su primera novela, la presente *Sé que estás aquí*, que será traducida a una veintena de idiomas.